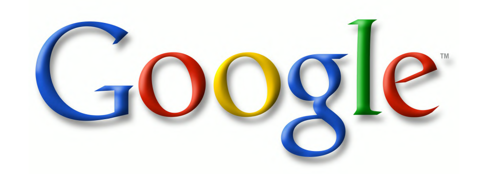




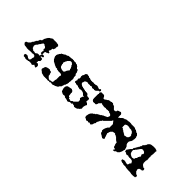


RETACITOS MILITARES

(RECUERDOS DE CUARTEL)



B. F. ALEMAN



RETACITOS MILITARES

(RECUERDOS DE CUARTEL)



BUENOS AIRES
LIBRERÍA BRÉDAHL
615 RIVADAVIA
1901.

AL SEÑOR CORONEL

Don ANGEL DE LEON

Al Sr. Coronel DON ANGEL DE LEON

Montevideo.

Mi querido Jefe y amigo:

Aún cuando hace más de un par de años que he ahorcado los hábitos, ha de permitirme Vd. el sencillo placer de llamarle «mi Jefe», como en aquellos buenos tiempos en que Vd. lo era de un selecto grupo de oficiales, en cuyas filas tenía el alto honor de formar haciendo la última hilera.

Encariñado con las memorias del viejo y querido «Regimiento de Artillería de Campaña», alojado en aquel antiguo cuartel de la calle Colonia, y que habíamos llegado á considerar como cosa propia, como hogar inviolable, me he decidido á dejar consignados algunos apuntes y anécdotas, de cuyo valor debe juzgarse solo por la sana intención que me ha inspirado, pues que mi bagaje literario

es nada envidiable y mi vuelo de escritor tan escaso, que bien puede medirse á la altura del de las aves de corral.

Poniéndome al amparo de su consoladora indulgencia, después de esta declaración, me permito ofrecerle estas páginas como un modesto homenaje de mi amistad hácia Vd., que ha sido mi primer jefe é iniciador en esa vida de mútuos afectos y comunes sacrificios en que se fijan las más puras condiciones del espíritu humano.

Allá van, pues, estas hojas dedicadas á Vd. y á visitar la memoria de los camaradas que amaron al viejo hogar, y que ignorantes de la versatilidad de las cosas humanas, lo creyeron propio, para llegar más tarde á la amarga evidencia de que ni aquel cuartel repleto de recuerdos nos pertenecía entonces, ni queda hoy del bizarro Regimiento más que lejanos ecos que van rebotando por todos los cuarteles de la República.

Soy, como siempre, su afectísimo amigo y S. S.

B. F. Aleman.

Santa Fé, Febrero de 1901.

Química aplicada á la guerra

Química aplicada á la guerra

Aquel cuartel viejo es de recuerdos inagotables, todos ellos agradables, suaves como una caricia, alegres como carcajadas infantiles. La gran familia que dormía bajo aquel techo, estaba unida toda ella por eslabones de cariño tan fuertes y nobles como el hierro, presidida por aquel jefe tan amigo, tan bueno, á veces algo violento, pero violencia que jamás pudo tomar carta de ciudadanía en su alma generosa, franca, leal.

Dentro de aquellas épocas que bien pudieran llamarse de fuerza, este jefe ha sido el más liberal, el más tolerante que haya habidó en el ejército, y sin duda alguna, el más querido de sus subalternos, tanto oficiales como tropa. El vacío que dejó al abandonar la jefatura del Regimiento se hizo sentir elocuentemente, y á más de un

oficial se le anegaron en lágrimas los ojos, aquella tarde tristísima que un decreto del Gobierno y una orden general del Estado Mayor, hizo formar la mitad del cuerpo frente á la plaza de Artola, y de allí marchó á la Villa de la Unión á fundar el Regimiento de Artillería Ligera, hoy disperso á los cuatro vientos de la República.

Nuestro Regimiento estaba bien conceptuado, su oficialidad escogida y de recomendables méritos. El compadraje imperante de la época no había podido hacer carne en nuestras filas, y los oficiales del Regimiento de Artillería de campaña, eran bien recibidos en todas partes, se desempeñaban correctamente en cualquier círculo social, y gozaban fama de hombres galantes, instruidos, y su vida privada era intachable.

Respirando en tan amable ambiente, natural era que nuestro Coronel estuviese orgulloso y se tomase empeño para hacer destacar más á su cuadro de oficiales, proporcionándoles la mayor suma de conocimientos posibles, y al efecto dispuso anexar á la clase de matemáticas que dictaba el ilustrado y muy querido profesor don Ricardo Camargo, una clase especial de química para cadetes y oficiales, la cual fué encomendada á un profesor no menos preparado que Camargo, cuyo nombre no hace al caso, pero que ha de estar bien

presente en la memoria de todos aquellos que asistieron á sus clases en el Regimiento, el cual profesor, á quien dimos en conocer simplemente por «el químico», cayó en desgracia entre sus alumnos.

Su exterior físico no atraía, ciertamente. ninguna simpatía, forzoso es confesarlo. Alto, delgado en extremo, parecía un organismo formado solo con huesos, de cara enjuta, perfiles afiladísimos y enorme nuez en la garganta, cuyas cuerdas vocales funcionaban con voces de característica acatarrada y con marcada acentuación española—tal era el profesor, retrato trazado en cuatro líneas, que nos había buscado el Coronel.

A un exterior nada simpático, se había unido en su perjuicio la circunstancia de que las horas de clase fijadas, eran precisamente las que correspondían á las de la licencia para los oficiales, y esto vino á duplicar la animosidad reinante contra «el químico», y casi sin pasarse la palabra hubo acuerdo tácito entre todos para hacerlo *saltar*, y comenzaron las hostilidades.

Las clases fueron concurridas por oficiales y cadetes, y nuestro «químico» se inició en el ejercicio de sus funciones mientras comenzaba á rugir á sus espaldas la tempestad entre aquella muchachada traviesa que dió principio al plan de ataque con pequeñas escaramuzas, engomándole el asiento

desde donde debía dictar la clase, ó polvoreándole con una buena ración de pica-pica el tafilete del sombrero, ó poniéndole una tachuela en la silla, ó pasándo unas pinceladas de goma á los cristales de sus lentes en cualquier descuido, etc.

Por supuesto que de todas estas hostilidades hubo alguna víctima propiciatoria que pagó con veinticuatro horas de arresto en banderas, y sin cama, que entonces no se andaban por las ramas en asuntos de *tipas*.

Quien con mayor valor supo arrostrar las iras profesorales, fué un cadete que era la mismisima piel del demonio, como quien dice, y hoy convertido en gallardo oficial: Juan Cruces Santos.

Los que le conozcan, y que no han de ser los menos, ya quedan enterados de lo divertido que estaría «el químico» puesto á merced de ese espíritu travieso, endemoniado.

A cada clase, despues de un pequeño exordio, á cerca de la química aplicada á la guerra, citas sobre Gailusac, fórmulas, etc., todo esto hablado con aquella vocesita que parecía salir de un zótano, empezaban los interrogatorios.

—Señor Juan Cruces Santos,—decía «el químico» encarándose con su discípulo,—vamos á tratar hoy sobre la pólvora... ¿Quiere decirme Vd. cuales son sus componentes?...

—Azufre, carbono y salitre—contestaba Cruces Santos con tonadita cantora de colegial.

—Muy bien; ahora me vá á decir de donde se obtienen esos productos; veamos, ¿de donde se saca el azufre?

—De las boticas...

—¡Oh! ¡que ignorancia!...—decía «el químico», haciendo grandes aspavientos,—y ¿el carbono?...

—De las carbonerías...

—¡Esto es inconcebible!...—repetía «el químico» mesándose los cabellos,—y ¿el salitre?...

—De... los saladeros...—respondía con calma imperturbable Cruces Santos, mientras que «el químico» comprendiendo el *chichoneo,* se ponía rojo de ira y daba la voz de «¡pase á banderas!» en tanto que estallaban las risas comprimidas largo rato en las bocas de sus alumnos...

Pero, «el químico», que perecía tener arranques enérgicos, se empecinó, y apenas fué puesto en libertad nuestro héroe Cruces Santos y se presentó á los pocos días en la clase, fué abordado incontinentemente por el furibundo profesor.

—Señor Juan Cruces Santos, supongo que ya habrá meditado sobre la lección anterior, —dijo el químico, medio en tono de zumba —y vamos á comenzar la clase, diciéndome Vd. de qué cuerpos se compone la pólvora?...

Cruces Santos, que esperaba este ensañamiento, se levantó como por resortes y asiéndose con ambas manos al pupitre é inclinando el cuerpo hácia adelante, gritó con voz rápida y sonora:

—¡De aceite, jabón y...!! (recomiendo la aplicación del tradicional frasco de sales, al instrumento nasal).

No hay porque referir el tumulto, el huracan de risas que se produjo en la clase y la consecuencia final, deplorable naturalmente para el cadete Cruces Santos.

Estos incidentes iban zocabando poco á poco al profesor y quitándole su yá escasa autoridad, y como para llegar á un fin todos los medios son buenos, según dijo, creo que un señor Maquiavelo ó Machiavello, el coronel se iba cargando con todos los cuentos que le llevaban del «químico», y esperabamos de un momento á otro que reventase la bomba y se lo llevara el diablo al pícaro dómine.

Una tarde después de *llamada,* se encontraba toda la oficialidad reunida alrededor de la mesa; era la hora de comer, y nuestro «químico» también tenía su asiento en la expresada; jamás se dió el caso de que pusiera oidos sordos al toque de «atención y media diana», que por la combinación de toques para el servicio interno, correspondía á «mesa de oficiales».

Presidía la mesa el tercer jefe, nuestro inolvidable y malogrado Coronel Pereyra y Rocha (en aquella época Sargento Mayor), esclavo de la disciplina, recto como una hoja de Toledo, y se servía el número uno del menú, una suculenta sopa.

El silencio era profundo, nadie levantaba los ojos del primer plato, que en todas las mesas parece que tuviera privilegio de candado. De pronto, apareció en el umbral de la puerta del comedor un oficial de elevada estatura, rubio, varonil, simpático; era el alferez Diaz Arnesto, que quitándose el kepis y saludando victoriosamente á la corporación de oficiales, quebrantó aquel religioso silencio que imponía el primer plato para exclamar alegremente:

—¡Albricias, muchachos!... el coronel acaba de decretar que lo va á echar á patadas al «químico»!... (textual).

Un «guarde arresto en su alojamiento» y un coro de carcajadas fué la respuesta á esta explosión, en tanto que al pobre «químico» que en ese momento se llevaba á la boca una cucharada de sopa, se le cayó de los dedos el metálico utensilio, con el salpicoteo de grasa y ruido consiguiente.

Casi al mismo tiempo, se presentaba un ordenanza de la mayoría, y acercándose con presteza al «químico», le decía:

—Lo llama el Coronel...

Tableau...

El recluta que llegare...



El recluta que llegare...

Así dice efectivamente el artículo primero del tradicional manual del Cabo y Sargento:

«El recluta que llegare á una compañia, será destinado á una escuadra, de cuyo cabo será enseñado á vestirse con propiedad y cuidar sus armas, etc.»

Cualquiera que lea esto, ha de pensar que no es necesario salir del Colegio de «Saint Cyr» para enseñar la ciencia de vestirse con propiedad á un recluta que más ó menos ya ha de saber que los pantalones se ponen por las piernas y la chaquetilla por las mangas; pero ha de saberse, que sin ser ciencia no deja de ser difícil y de algunos bemóles la enseñanza citada.

En nuestro cuartel, puedo decirlo con orgullo, cada cabo de escuadra era un correcto tailleur militar, que entallaba á las mara-

villas la chaquetilla más rebelde al cuerpo más distanciado de las bellezas plásticas, y á favor de tan buen maestro, los reclutas no tardaban en abandonar su apariencia de estantiguas sopladas por los fundillos, para tornarse airosos hijos de Marte.

El aprendizaje no dejaba de ser duro, porque el brigada Ovalle, que era el encargado del depósito de equipos y uniformes, al hacer la entrega de éstos á los noveles soldados, se complacía en largarlos convertidos en verdaderos adefesios, para mal de los pecados del cabo de escuadra que había de corregir á fuerza de ingenio y tijera los lapsus indumentarios.

Los primeros días de un recluta en el cuartel, son de verdadero tormento. Paga la *chapetonada* con crecidos intereses, y ni el derecho del pataleo le queda, pues las «leyes penales» le aterrorizan.

Desde que marcha al solemne cartabón, donde han de tomarle la talla, empieza el Calvario.

—Pélese los granfos (1), amigo—le dice el cabo.

—¿.......?

—Que se saque los caminantes pa medirlo... güeno, aura acomódese contra el palo... ya está... ¡pucha que había sido largo... el viaje! uno con noventa... ¡vicho

(1) Botines.

caniyudo el tero...! güeno, amigo, aura nos vamos pal depósito, quel brigada Ovalle lo vá largar jailaifon.—Güen día, brigada.. ahí le traigo este pichon de benteveo pa que lo emplume...

—¿Que talla?

—Uno noventa...

Con este dato se busca el uniforme apropiado, consistente en una bombacha que le llega al recluta hasta un poco más abajo de la rodilla, lo que hace exclamar al cabo acompañante:

—¡Pucha, que se han acortao los días...!

Y le toca el turno á la casaquilla, que resulta como para dar cabida á un bocoy de seiscientos litros.

—Está arrestao, amigo—le dice el cabo.

—¿Porque?... exclama azorado el recluta víctima.

—Arrestao... en la casaquilla...

El brigada Angel Ovalle observa y se ríe en silencio, disfrutando del espectáculo caricaturesco que ofrece aquel aprendiz de hijo de Marte que tiene á su vista, y en tanto busca un corbatin, un kepis y polí para completar la indumentaria del gallardo recluta, que sale del depósito dando tropezones, atolondrado, pero que de repente le asalta la visión de la disciplina y de la marcialidad militar... «la cabeza levantada, la barba recogida, el pecho fuera, la vista

dirigida á quince pasos de distancia, el cuerpo á plomo sobre las caderas sin hacer fuerza sobre las rodillas... el dedo meñique totocando la costura del pantalon...» y con toda esta grillera de recomendaciones en la cabeza... reacciona nuestro bisoño soldado y sigue la marcha estirado, rígido, solemne, como si estuviese armado todo su pellejo en una estaquita que le hace volver con medios giros de corte mecánico la cabeza semiperdida entre la copa del piramidal kepis.

La milicada al ver en marcha al guerrero implume, le abre cancha para saborear á gusto la golosina del titeo que se prepara. y ya las bocas se contraen en un ímpetu de risa que amenaza estallar á medida que se acerca el desventurado recluta sin abandonar ni por un instante su actitud de estátua articulada de la dignidad.

—¡Sacále lo desparejo...! dice uno entre dientes, mirando zocarronamente la casaquilla del héroe.

—Dicen por ahí, que se ha colao Juan Cuello al cuartel... exclama otro echando un malicioso vistazo sobre cuatro dedos de cuello que sobresalen del collarin.

—¡Lindo mozo!... dice un tercero—¡lastima grande que sea tan corto é genio!... observándole las bombachas á media pierna.

—¡Guarda, compañero!—no pise juerte... que se le dueblan los contrajuertes...

—Guapeton ha eser... pa tumbiar [1] y dar parte denfermo...

—Vea, amigo, se le ha refalao el corbatin... priéndaselo que se le vé... el cogote —y el infelíz recluta echa mano apresuradamente al cuello para cerciorarse de que solo ha sido una *agachada* y que el corbatin se le ha desprendido por otra parte...

Todo esto en medio de un coro de carcajadas chacotonas, y entre un fuego graneado de terminachos y titeos que ponen de manifiesto la riqueza epigramática de cuartel.

Durante esos ocho ó diez días preliminares de la vida militar, el recluta ha pasado por todos los tormentos imaginables, ha hecho su vía crucis, y en el transcurso de ese período angustioso habrá pensado suicidarse lo menos dos veces cada veinticuatro horas; habrá renegado de la muy noble carrera de las armas una docená de idem; reflecciónando acerca de la hermosura de la libertad, á cada gruñido de su cabo de escuadra; habrá deseado hallarse á cien codos bajo tierra unas quince veces mal contadas; ímpetus feroces, como de aplastar de un puñetazo al coronel ó al cabo de marras, le habrán acometido á cada instante, pero siempre habrá llegado á tiempo el recuerdo de

(1) Comer *tumba*: ración de carne cocida.



la disciplina para salvar la vida de ambos...

En fin, á los ocho días, todas estas funestas ideas y tenebrosos propósitos, se manifiestan en solo deseo, en una sola aspiración de venganza; quisiera el desdichado recluta que todas esas pellejerías que le asedian, todos los golpes que le descuelga ese brazo anónimo que se llama disciplina, quisiera que tomaran un cuerpo, que tomaran forma tangible, aunque fuera la de un muñeco, para desatar sobre él todo el huracan de sus iras, para asesinarle sin compasión, estrangularle, morderle, arañarle, escupirle, darle mil golpes, y á cada golpe, á cada mordizco, á cada arañazo, gritarle:

—¡Este por el raso que me plantaste por aquel botón de la polaina!... ¡este otro por el chisme del pañuelo que se me perdió y que me costó dos noches de calabozo!... este por el plumerazo que me pegó el sargento primero!... este otro porque sós muy trompeta!... este porque mañana entro de guardia!...

Y evolucionando suavemente al noveno día, desde estas demoledoras ideas hácia la realidad de la resignada vida militar que se vá infiltrando poco á poco en su espíritu, el recluta vá dejando de serlo, el cabo pierde sus perfiles de fiera indomesticable, las guardias se van haciendo más tolerables, la casaquilla más ajustada al talle, la bombacha más planchada y armadita, el kepis requin-

tado con cierta coquetería exclusivamente criolla y el aire más marcial, conquistador, con cierto empaque de veterano fogueado.. en algun asador.

El Capitán Fusileros

El Capitán Fusileros

No era este precisamente su apellido, el cual quiero callar por tres razones: la primera porque así me dá la gana, y... omito las otras dos por creer aquella de suficiente valor para quien se dignare leer.

Pues este, nuestro Capitán Fusileros, era un sujeto extravagante al extremo, y sus humoradas corrían de boca en boca con gran éxito, relatándose ciento y una vez sus excentricidades en medio de un coro de carcajadas al más alto diapason militar, que viene á ser algo así como echarse á reir panza arriba, y disimulen ustedes lo abultado de la expresión.

Las víctimas obligadas de sus locuras, eran ordinariamente tres: su perro Anibal, su asistente Jonfana y la tercera Compañía, que era la de su mando.

La primera de las víctimas, esto es, Anibal, era un perro de pelaje criollo, calaveron, buen mozo, contagiado de humos militares y que traía al retortero una buena media docena de perras jóvenes, y como tales, candorosas é incautas que habían perdido la chaveta ante los asedios amorosos de Anibal, un Juan Tenorio ante cuya mirada de efluvios misteriosos, naufragaba la castidad de la más pudibunda perra, poniendo en grave peligro la honra de la familia, y á buen seguro, que más de una matrona canina al estrechar entre sus patas á la cachorra querida, habrá pensado melancólicamente: «todo se ha salvado menos el honor...»

Estos devaneos amorosos, costábanle á Anibal muy caros las más de las veces, pues desobedeciendo las órdenes de su capitán, que le daba horas fijas de licencia como si se tratara de un individuo de tropa, se permitía faltar dos ó tres días entregado á tejemanejes que no es arriesgado sospechar y aparecía finalmente en el cuartel, sucio, revolcado, con cara de trasnochador y la lengua de fuera.

—¿Dónde has andado todo este tiempo? le interpelaba furioso el Capitán Fusileros.

—Guau, guau...

—¿No sabías que yo entraba de guardia ayer?...

—Guau...

—¡Te voy á tener un mes á cadena!...

—Guau, guau...

—¡Trompeta!... ¡safao!... ¡ya vas á ver que café te voy á servir!...

—Guau...

—¡Cabo de cuartel!... páselo al cepo de cabeza... y llamelo al oficial de semana... gruñía el Capitán Fusileros.

El pobre perro ya acostumbrado á los castigos disciplinarios, marchaba bon gré, mal gré, tras del cabo de cuartel que lo arrastraba del collar con dirección al cepo.

Al rato, el oficial de semana se presentaba al Capitán á recibir órdenes.

—Esta tarde,—le decía Fusileros,—antes de llamada hágalo castigar á mi perro con doscientos azotes en presencia de la compañía, formada y sin armas, por haber faltado á tres listas...

Dadas estas disposiciones, el oficial de semana, repartía á ocho cabos otras tantas varitas de membrillo y hacía formar la compañía según lo había indicado el Capitán.

Una vez formada, alineada, etc., hacía abrir las filas, se sacaba al reo del cepo y era conducido al centro del dormitorio.

Todo preparado, el oficial de semana, exclamaba solemnemente:

—¡Atención!...—Vá á ser castigado con doscientos azotes el perro Anibal por orden del Capitán de la compañía por haber fal-

tado á tres listas! ¡los cabos al frente!... empiece el castigo!...

Y mientras un soldado sujetaba al mísero can por las manos y cabeza y otro por las patas, los cabos concluían la tarea, zurrándo la badana de nuestro Lovelace canino, á quien no le sabrían á gloria los doscientos chirlos decretados por el Capitán á juzgar por sus lastimeros aullidos.

De ahí, pasaba otra vez al cepo, hasta que su amo en una explosión de generosidad y enternecimiento, olvidaba las ofensas, perdonaba al culpable, y una amnistía sin restricciones ponía fin á tan triste estado de cosas, hasta que una nueva reincidencia armaba otra vez el brazo vengador de los cabos.

La segunda víctima de sus humoradas era como lo hemos dicho su asistente Jonfana, una buena pasta de criollo, medio diablón y acostumbrado á las *viarazas* de su Capitán.

Al toque de fagina empezaba á vociferar Fusileros desde su cama:

—¡Jonfana!... ¡¡Jonfanaaa!!

—¡Ordene, Capitán!...

—Son las seis de la mañana: ¡despertáme inmediatamente!—y arrebujándose en las cobijas se volvía del otro lado y simulaba un ronquido.

Jonfana comenzaba á llamarlo en voz baja

y tirando suavemente de la punta de una sábana:

—¡Capitán!... ¡Capitán!... ¡son las seis! ¡ya han tocado fagina!...

Fusileros abría un ojo, se daba vuelta un poquito y mal humorado gruñía á su asistente:

—¡Llamáme más fuerte!... no seas bruto, ¿no ves que no me puedo recordar?...— y se tumbaba otra vez.

Jonfana reanudaba la delicada operación de despertar á su Capitán alzando más la voz:

—¡Capitán!... ¡son las seis!... ¡la compañía ya salió al ejercicio!... ¡Capitán!...

—¡No seas bestia!...—exclamaba incorporándose en el lecho el enfurecido Capitán —¿no te he dicho que me llamés fuerte?!... —y vuelta á tumbarse.

Entonces Jonfana se deslizaba por el espaldar de la cama, agarraba resueltamente de un pié á su Capitán y se lo sacudía con energía, mientras le gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Capitaaaan!... ¡Capitaaaan!...

En el acto, como por resortes, se levantaba Fusileros y un botín, un cepillo ó cualquier otro adminículo sólido volaba en dirección de Jonfana, quien prudentemente se había agachado, preparando una retirada honrosa.

Otra de sus monomanías era que cuando

él llamaba á su asistente, este debía tirar lo que tuviera entre manos y volar adonde estaba su oficial.

Un buen día, Jonfana estaba atareadísimo haciendo la limpieza de una preciosa palangana de cristal azul propiedad de su Capitán, y en la cual éste se miraba los ojos, como quien dice, por ser regalo de muy apreciable procedencia.

En lo mejor de su faena, oyó un enérgico:

—¡Jonfanaaa!...

Dió vuelta la cabeza y divisó como á treinta varas á su Capitán, próximo ya á estallar como un cartucho de dinamita. Se acordó en el acto de la advertencia «cuando fuera llamado» y... ¡plaf! soltó la palangana que con gran estruendo se hizo añicos sobre las piedras, y voló:

—¡Ordene Capitán!.,.—dijo, llevándose la mano al kepis y cuadrándose como *garrote*.

—¿Qué has hecho, grandísimo bellaco? ¿porqué me has roto la palangana?—rugió como una fiera el Capitán Fusileros.

--Como usted me ordenó—dijo humildemente Jonfana y sin bajar la mano del kepis—que cuando me llamase, había de soltar cualquier cosa que tuviera entre las manos...

Fusileros se rascó la mollera, quedóse pensativo mirando á su asistente y por fin calmándose le dijo:

—¿Sabés, ché, que tenés razón?.. el bruto soy yo solo, ahora mismo me vas á decir que soy muy bárbaro...

—Y como le voy á decir eso... Capitán... —decía confuso y medio tartamudeando el abnegado asistente.

—¡Decíme nomás pues, si yo te ordeno!..

—No puedo... Capitán—decía Jonfana sonriendo picarezcamente.

—Yo te ordeno, decíme que soy bárbaro... ¿no has oído?...

Y haciendo un gran esfuerzo, exclamaba el pobre Jonfana:

—¡Pucha qués bárbaro, Capitán!...

—Yo no te dije que dijeras ¡pucha! Bueno, ahora te vas á la prevención, y le decís al oficial de guardia que te pase al raso...

Con la compañía tenía genialidades bastante fuertes también.

A veces solía alinearla con una astilla de leña, y barriga que tenía la desgracia de sobresalir algo de la fila, sonaba como bombo recién templado.

Su preocupación constante era la alineación. En cierta oportunidad, su compañía hacía ejercicios en órden cerrado en la plaza de armas del cuartel.

El Capitán Fusileros la mandaba. La compañía marchaba en batalla y frente á ella, caminando de espaldas y cantándole el paso iba Fusileros, entusiasmado por la correcta alineación:

—¡Dos, dos, dos, dos, dos!... ¡Salga más la izquierda!... ¡Dos, dos. dos, dos!... ¡Guía al centro!... ¡Cambie el paso, Gutierrez!... ¡Dos, dos, dos, dos!...—y entusiasmándose más y más con el ritmo del canto, la espada tomada por la empuñadura con una mano y por la punta con la otra, moviéndola de arriba abajo, marcándo los compases, nuestro Capitán seguía marchando paso atrás, mientras la compañía avanzaba. De pronto... tropezó en algo y cayó... pero siguió cantando el paso... dos, dos, dos, dos, dos!... y como era de presumirse, la compañía continuó avanzando, pisoteó y puso á la última miseria á su Capitán, que desde el suelo insistía en su dos, dos, dos, dos!...

Cuando hubo pasado el torbellino, Fusileros se levantó, hecho una serpiente de cascabel y encarándose con el Sargento primero, agitando la espada como un energúmeno, le gritó:

—¡Sargento primero!... ¡Averígüeme enseguida porque se me ha venido encima la compañía!...

—Porque Vd. no mandó hacer «alto», Capitán,—contestó sosegadamente el sargento.

Era una razón de peso, y el damnificado hubo de apreciarlo así, á pesar de la ira que le dominaba.

Otro día tuvo que hacer honores fúnebres con su Compañía, y casi toda la mañana la

pasó haciendo ejercicio de fuego sin cartuchos.

Hacía miles advertencias, quería que llegado el momento de hacer las descargas se oyera un solo tiro, una descarga bien cerrada... prrrum... decía Fusileros, imitando del mejor modo posible los disparos.

A la hora fijada, la Compañía salió del cuartel y acudió al entierro; llegó al cecementerio, tomó la colocación debida y esperó la señal para hacer fuego.

Cuando esta se dió, el capitán Fusileros, recorrió con la mirada la primera. fila de su Compañía, como diciéndole: «ha llegado el momento».

—¡Preparen, armas!... mandó con voz fuerte el Capitán, y dejó pasar un pequeño espacio de tiempo.

—¡A-punten!...—á esta voz, Fusileros no pudo dominarse, y temiendo que la descarga fuera á salir mal, exclamó amenazadoramente:

—¡Mucho cuidado!...

A esta voz respondió un estallido atroz, ensordecedor como de cohetes... prumm... pum... pinn... pom... prumm...

La tropa que esperaba la voz de ¡fuego! con el dedo apoyado sobre el disparador, no bien algunos vieron mover los labios al Capitán, creyeron que era la voz esperada... y de ahí el desastre.

Fusileros se puso rojo de ira; mandó hechar al hombro y por cuartas marchó devorándose las cuadras que le separaban del cuartel, dirigiéndo en el trayecto miradas iracundas, llenas de santa indignación á su compañía, á las clases y á los oficiales.

Apenas llegado al cuartel, subió al dormitorio con su gente á traga escalones, y antes de mandar romper filas, llamó al oficial de semana y con voz tonante exclamó:

—¡Toda la compañía queda arrestada en la cuadra!... ¡Haga retirar!...

Pasado por las armas

Pasado por las armas

Cuando Fortunato Silva entró á servir como voluntario y firmando su correspondiente contrato por dos años, era un chinito buen mozo, alto, fornido, ojos traviesos, de genio alegre y con fama de guapo.

Todas estas buenas prendas estaban semiobscurecidas por su afición desmedida á subirse á la parra, y una vez arriba era hombre perdido.

Tenía *mala bebida;* ya sabemos que los extremos de nuestros paisanos cuando están *tomaos,* son por la amistad hasta el sacrificio ó por pelear hasta *dejar el cuero.*

A Fortunato Silva le cegaba una venda roja cuando tomaba una copa de más, y todo lo veía color de sangre; no conocía á nadie, ni respetaba nada en ese momento.

Así fué, que cuando oyó el oficial de

semana leer las leyes penales, acto que se practicaba todos los Sábados antes del toque de retreta, á nuestro hombre no le llegaba la camisa al cuerpo, y se arrepentía muy deveras de su malhadada idea que lo empujó á servir á la patria.

A su oído no llegaba más que un confuso murmullo, cuando el oficial de semana leía las referidas leyes penales, que terminaban por lo general con un sonoro «será pasado por las armas».

—¿Qué va á ser de mí?—pensaba Silva con aflicción.—Cualquier día me paso de la medida sin fijarme; meto una *loba bárbara* y después... como dice el oficial de semana: «uh, uh, uh... será pasado por las armas...» ¡Vea el diablo en la que me he metido!... ¿como me he venido á pisar tan fiero?...

Hizo, allá en sus adentros mil y un propósito de enmienda y los puso en conocimiento de sus camaradas, con quienes se enojaba si le hablaban de bebidas; llamaba mal compañero á aquel que le ofrecía un trago de caña, pero de repente, nuestro héroe olvidábase de sus firmes determinaciones y del siniestro «uh... uh... uh... uuh... será pasado por las armas...» del oficial de semana, y cuando acordaba, ya estaba gineteándose una mona descomunal que generalmente lo clavaba de cabeza en el cepo, al primer corcobo.

En una sola cosa se había puesto de acuerdo con su malsana debilidad, y esa era con las obligaciones del centinela; le retumbaba en los oídos como cañonazos y le hacía estremecer el pecho de coraje, aquel párrafo del Manual del Cabo y Sarjento que refiriéndose á los centinelas dice:

«...Si estando en la puerta de una plaza, viese venir alguna tropa armada ó pelotón de gente, llamará luego á su cabo, y á proporción de que se acercare, continuará su aviso; y en el caso de que el cabo no le haya oído, ó que la celeridad de los que se acercan no le haya dado tiempo para acudir, la misma centinela cerrará la barrera ó puerta, si la hubiere, mandará hacer alto á los que se aproximen, y si en desprecio de este aviso pasasen adelante, defenderá su puesto con fuego y bayoneta hasta perder la vida...»

Eso de «defender su puesto con fuego y bayoneta hasta perder la vida» le llegaba al alma y pensaba con fruición que su probada guapeza se tornaría heroícamente feroz mediante un regular *copeo* antes de entrar de centinela y su puesto sería disputado con toda bizarría, y segun el consabido Manual, «con fuego y bayoneta hasta perder la vida...»—¡aah tiigre...!—exclamaba entre dientes—pero de pronto le asaltaba el recuerdo del pícaro «uh... uh... uh... uuh... será pasado por las armas...»

Pero tantas veces vá el cántaro á la fuente, hasta que sucede lo que debe estar escrito, segun Mahoma.

Una noche se hallaba de centinela en la plaza de armas, conservando al par que el arma al brazo, un buen medio-burro(1) de caña paraguaya de veinticinco grados entre pecho y espalda, dispuesto nuestro hombre á «defender su puesto con fuego y bayoneta hasta perder la vida»—Dios sabe que ideas terribles, heróicas, hervirían en aquella cabeza caldeada por el alcohol, pero seguramente que Fortunato Silva no se creía en ese momento, de centinela en su confortable cuartel de la Capital; tal vez su imaginación le hubiese trasladado á la campaña agreste, próximo al feroz enemigo, y dispuesto á responder á cualquier agresión «con fuego y bayoneta hasta perder la vida...» que era su obsesión.

Nuestro héroe, no advirtió que el cabo de cuarto se acercaba á relevarlo...; cuando lo tuvo al lado y oyó que le ordenaban con voz rápida y fuerte, «entregue el puesto!» Silva dió un salto atrás, echóse el fusíl á la cara, sonó un tiro y el cabo rodó por el suelo...

---

(1) *Burro.* — Tripa de vaca cerrada por una punta y que se llena de líquido por la otra, la cual se presta admirablemente para los *contrabandos* de cuartel.



El sueño delirante por la defensa del puesto, lo había llevado demasiado léjos...

Se le detuvo, se le desarmó y fué sometido al Consejo de Guerra.

Su causa no era de las más complicadas y pronto fué fallada.

No había circunstancia atenuante alguna y tenía que ser «uh... uh... uuh... pasado por las armas...»

Con muy pocos preámbulos fué llamado el reo para leersele la parte dispositiva de la sentencia, que el secretario se encargó de leer en voz alta y clara, aunque á haberlo hecho en voz baja y confusa, hubiera sido igual, pues nuestro amigo Silva no entendía un rábano de toda aquella letanía jurídica, llena de términos extravagantes mechada de latinajos misteriosos. Solamente, cuando en el curso de la lectura, oía decir «*considerando...*», es que Silva ponía cara complaciente é inclinaba la cabeza, como agradeciendo aquella *consideración,* presumiendo sin duda, que aquello iba á concluir no tan mal como hubo de sospecharlo al día siguiente de haber defendido su puesto con «fuego y bayoneta», tan desastrosamente.

El secretario proseguía impertérrito.

—Considerando, que el delito cometido por el soldado Fulano de Tal, etc.

—Considerando, que el artículo cuantos del Código Militar, etc...



—Considerando, que las agresiones á mano armada contra los superiores gerárquicos, etc...

—Considerando, que la disciplina militar, el buen nombre del ejército, etc.

—Considerando, que el soldado Fulano de Tal ha procedido con premeditación, etc., etc...

—Por todos estos considerandos, fallo, condenando al soldado Fulano de Cual, á ser pasado por las armas! «uh... uh... uh... uuh...»

Esto último no lo dijo el impertérrito lector pero zumbó en los oídos del atolondrado Fortunato Silva, que lleno de estupor por el giro inesperado de la sentencia, miró al Secretario con los ojos muy abiertos, y luego, muy despacito, dejando caer una á una sus palabras, como si ellas fueran pasando sucesivamente por algún filtro filosófico, articuló casi chocotonamente:

—¡Pues vaya un modo de *considerar*...!—y se dejó caer nuevamente en su asiento.

El Carnaval de Velazquez

El Carnaval de Velazquez

También en nuestro viejo cuartel se festejaba con generosas espansiones el advenimiento anual de Momo, ese singular excéntrico de la alegría y de la risa que hace bailar á las bacantes, retozar á los sátiros mitológicos y enloquecer durante tres días consecutivos á la humanidad entera.

La severa disciplina, el rígido cumplimiento del deber, todos los enérgicos resortes de esa vida mecánica, de obediencia ciega, de «consideración y respeto hasta en los actos más familiares», como marcan las viejas ordenanzas, se aflojaban considerablemente, colándose por los intersticios de las ventanas y puertas del vetusto cuartel un *venticello* jugueton que cosquilleaba fuertemente entre el corraje militar y un deseo

inmoderado de saltar por todas las ordenanzas habidas y por haber, y que hacía considerar despreciativamente, á unos las temibles «bandera sin cama» y á otros mirar como un accidente sin importancia los recargos de guardia y cortejo inevitable de plantones, rasos, etc.

¡Oh! ¡gran Momo!... Los habitantes de cuartel adentro, los que están atados á la férrea disciplina, bien pueden despedirse de tí el miércoles de ceniza, con el saludo solemne de los gladiadores á los Césares!...

¿Quién que ciña espada al cinto y alguna que otra dorada trencilla en el Kepis ha de acordarse durante el fugaz reinado de Momo, que hay una lista llamada «Principal», y un «Escalafón» que marca las guardias, semana, etc. y un cuarto de Banderas, vengador é inexhorable, terriblemente inexhorable?... ¿Quién que ciña espada ha de detenerse á pensar en estas pequeñas miserias, mientras lazos multicolores de serpentinas le aprisionan y risas que suenan en un pentágrama musical hecho de hilos de perlas, viertan en sus oídos raudales armoniosos de voces femeninas?... ¡Necedad!...

Puede, pues, asegurarse fundándonos en estas razones, que el advenimiento de Momo, era un incubador de tipas que prosperaba admirablemente en nuestro cuartel.

Los oficiales de semana, no podían resignarse cristianamente á su mísera condición de secuestrados por el deber durante las ciento sesenta y ocho horas de su servicio, y despues del toque de retreta, desafiando con valerosa audacia los peligros de ese paso difícil, más que el de las Termópilas, burlaban la vigilancia del Capitán de cuartel y respiraban á pulmón lleno aquel aire libre con aroma de mil perfumes, cortado sin cesar por las rápidas serpentinas, que pendiendo de balcón á balcón, formaban techumbres abigarradas, fantásticas... aquel aire atronado por gritos alegres, carcajadas homéricas, músicas buenas, regulares y detestablemente malas... y siguiendo la inmensa y alegre caravana, sufriendo estoicamente empujones, codazos, pisotones; salpicados por una lluvia de *confetti* y mica, cada uno satisfecho de su hazaña se encaminaba apresurando el paso hácia el baile de que fueron avisados con dulces misterios y que temieron perder...

Voladas las cortas horas del regocijo, los brevísimos instantes de confidencias, suspiradas á la protectora sombra de un abanico, la realidad de la situación manifestada en forma de antipática mamá, que con voz soñolienta y malhumorada exclama: ¡Muchachas! ¡ya está amaneciendo! ¡que escándalo!... ¡vamonos prontito!...—arrancaba

bruscamente de sus dulces metafisicas al fugitivo y se decidia á emprender el retorno que era lo más comprometedor de la jornada; cada paso que lo acercaba á su cuartel era un sobresalto, y antes de decidirse á entrar, practicaba sinnúmero de estudios topográficos, calculando la posible ubicación del Capitán de cuartel para pasar evitando su odiosa presencia... hasta que en un momento dado, agazapándose, fundiéndose con su propia sombra se escurría á lo largo del cuerpo de guardia como una exhalación y terminaban los sobresaltos hasta el día siguiente.

Tampoco era cosa del otro juéves que al intentar una de estas audaces escursiones se tropezase á boca de jarro con los enormes bigotazos de nuestro segundo Jefe y que correspondiendo á esta sorpresa se apersonase al fugitivo la buena y cachacienta silueta del teniente Salcedo, quien con su jerga especial para trasmitir las órdenes de los jefes, le decía, poniéndole una mano en el hombro y considerando lastimosamente á la víctima:

—¡Mauro anda bravísimo con vos!... ¡dice que marchés á la jaula![1]...

Seguidamente de esta orden venían las exclamaciones de asombro, los pesámes y los titeos de los camaradas:

(1) á Bandera.

—¿Qué has comido?...

—¡Te la dieron seca!...

—¡Qué vaina... para una espada!...

—¡Vean que pálpite para un mártes de Carnaval!...

Pero el escarmiento no llegaba jamás á sentar sus reales en aquellas cabezas juveniles, llenas de generosas ideas, de desprecio por los sacrificios y de alegría franca y estrepitosa como los taponazos del champagne.

Las tipas se sucedían unas á otras sin solución de continuidad. El excéntrico Momo, el de los múltiples cascabeles, el epiléptico de la risa y de las cabriolas, era señor omnipotente durante los tres consabidos días; el cuarto de Banderas asemejabase al famoso «tonel de las Danaides» de socorrida cita, y daba albergue sin tregüa á los adoradores de ese Dios trapisondista que habían caído en pecado, faltando á las listas ó traspapelándose estando de servicio..................

....

....

Entre un grupo de buenos milicos viejos, existía cierta especie de asociación (y ahora viene el cuento) que se manifestaba infaliblemente durante los días de Carnaval, y que tolerados por el Jefe, salían á caballo en comparsa, muy bien puestos, y dirigidos por un antiguo sargento, quien era el en-

cargado de hacer guardar el orden y la compostura debida en las bulliciosas filas de las máscaras.

Estas se conducían con elogiable cordura, y á pesar del ambiente revoltoso, propio de Carnaval, nunca se dió el caso del más mínimo desórden y la comparsa tenía *banca* con los jefes.

Recorrían algunas calles del corso muy tiesos sobre sus bien enjaezados fletes, conservando las distancias como si formaran en una parada, correctamente alineados, y de cuando en cuando se aventuraban los más atrevidos á abrir la válvula del sprit que se desparramaba alegre como notas de Banda Lisa y los dicharachos más ó menos intencionados y graciosos se sucedían unos á otros, perfilándose en todos ellos su orígen de cuartel, que ni se preocupaban de ocultar, ni hubieran tenido habilidad para conseguirlo.

Las cosas nunca pasaban de ahí.

Al caer la tarde la comparsa rumbeaba á su cuartel, y á veces, se permitía alterar su itinerario haciendo un pequeño alto que se aprovechaba en darle un poco de juego al codo, con la bonachona adquiescencia del Sargento, que por no ser menos, también se le afirmaba con denuedo á cualquier medio frasco.

Fué en alguno de estos altos que á uno

de la comparsa se le fué el mencionado codo muy arriba, y olvidando la consigna, se evaporó, con gran alarma del Sargento-Jefe, que veía por este hecho seriamente amenazada la personería jurídica de la Sociedad.

Nuestro hombre, que no era otro que un soldado de apellido Velazquez perteneciente al 4º Escuadrón, se había escabullido dibujando eses bastante reñidos con la bella caligrafía y desatando el primer caballo de la comparsa que halló á mano enhorquetóse sobre él y se las prometió de almibar para ir á jaranear sin control y por su exclusiva cuenta y riesgo.

Pero, al diablo que nada bueno se le ocurre y que ya sabemos lo que suele hacer con el rabo cuando no tiene en que ocuparse, se le ocurrió esta vez, que Velazquez debía ir á darle algunas inocentes bromitas de Carnaval á su Coronel, y como Velazquez se hallaba predispuesto á la chacota, halló de perlas la idea del buen diablo pensando que se iba á divertir «una cosa bárbara» y que el Coronel no le conocería, naturalmente, pues para eso llevaba puesta una careta más fea que la cara de Isidoro Cambará, un semi-gorila que formaba en su mismo escuadrón.

Pero el bueno de Velazquez no advirtió que con el calor de la farra y otras yerbas se le había resbalado la careta y que la

llevaba colgada al cuello, dejando al descubierto su verdadera cara, cara rubicunda de borracho alegre, y seguía dando tumbos, guardando el equilibrio por milagro, y siempre con rumbo al Regimiento.

Para mal de sus pecados, el Coronel estaba en ese momento en la esquina del cuartel, frente á la puerta de la Mayoría y departiendo con algunos amigos, cuando vió llegar en tan deplorable estado á nuestro amigo Velazquez, quien desde lejos nomás, y bamboleándose sobre el caballo le pegó el grito, atiplando la voz:

—¡Aijuna! ¡Palanca! ¿cómo te vá?... ¿á que no me conocés?...

—¡Vean cómo viene este pícaro!—exclamó furioso el Coronel, que ese día no estaba muy animado de la mansedumbre evangélica que proclaman los libros sagrados.

—¡Oígale!... ¡Palanca viejo! ¡dejáme que te dé la mano!... ¿cómo te vá?... ¡jijijiji!... ¿á que no me conocés?...—seguía chillando Velazquez con su atiplada voz, mientras se bajaba con miles precauciones del caballo.

—¡Yo te voy á dar!... ¡pícaro borracho!... ¡entrá al cuartel ligerito!...

—¡Vos me confundís!... ¡yo soy un tropero viejo de Cerro Largo!... ¿á que no me conocés?... ¡jijijiji!...

—¡Qué soldado sinvergüenza!—murmuraba el Coronel, indignado por la insistencia

y las chanzas de Velazquez—¡Vaya para adentro Velazquez!...

—¡Jijijiji!... ¡diande via ser yo Velazquez!... ¡no me conoces!... ¡me has confundido!... ¡jijijiji!...

La paciencia dicen que se le concluye á cualquier santo, y á nuestro Coronel que no lo era, con mucha más razón hubo de acabársele, y abriendo de un empujón la puerta de la Mayoría, alcanzó á tomar un sable de esgrima.

No bien tuvo á tiro al porfiado borracho lo cruzó con un cintarazo de repetición, que sonó como cohete volador de doble estampido, mientras que Velazquez, encogiéndose, con la careta colgada al cuello y atiplando siempre la voz, seguía gritando:

—¡Jijijiji! ¡me estás confundiendo Palanca!... ¡me estás confundiendo!...

Resúmen:

Velazquez durmió en el cepo, la comparsa no salió más durante ese Carnaval y quedó un refrancito de cuartel, aplicable cuando *caía* alguno preso:

—¡Ché! ¿te confundió el Coronel?

Puntitos biográficos

Puntitos biográficos (1)

Como no todo se ha de volver cuentos en este librejo, y apasionado por los gratos recuerdos del antiguo cuartel cuya silueta será de contornos imborrables en la memoria de todos los que hemos pasado buenos y malos ratos bajo su techumbre anchurosa y desgarbada, quiero dejar apuntados los nombres de algunos compañeros que formaban parte del cuadro de oficiales de aquel entonces.

No es mi intento hacer biografía — no me alcanzan los dedos para organista —

(1) Este artículo está dedicado á mis compañeros de armas que actuaron desde el año 1896 en el Cuartel del Regimiento de Artillería de Campaña, bajo las órdenes del distinguido Jefe, Coronel D. Angel de León.

Es una espansión que se permite el autor, como diría Espronceda, y á quien no le concierna este artículo, ni quiera saber de vidas agenas, páselo por alto. — N. del A.

pero nada más sencillo que añadir á cada nombre, un rasgo típico, alguna genialidad característica, que por cierto abundaban entre aquellos buenos camaradas.

Así, pues, estos pequeños apuntes, apenas serán «puntitos biográficos» y queda debidamente justificado el epígrafe del artículo.

Y, al grano.

Nuestro jefe muy querido por oficiales y tropa, era el coronel don Angel de León—Parecía lo que no era.—Es decir su exterior severo, sus maneras poco suaves, distanciadas kilométricamente del atildamiento cortesano, acostumbradas al trato varonil y á la disciplina; su entrecejo siempre plegado, y como presagiando inminente tormenta, no respondía por cierto á sus cualidades netas, que eran las más hermosas. De una generosidad y franqueza que parece ser herencia de familia, cautivaba al instante, y se imponía agradablemente en el ánimo de su interlocutor.

El hombre severo, de entrecejo arrugado permanentemente, desaparecía en el acto para dar paso á una revelación de bondad exquisita, para poner de manifiesto un genuino carácter criollo, es decir: franqueza, lealtad, humorismo, generosidad, odio á la adulación, etc.

Con cariño acendrado se dedicaba al Re-

gimiento por entero, preocupándose de su adelanto material é intelectual con especial interés, y nunca ha gozado de mejor fama el cuerpo de Artillería de Campaña que cuando el coronel de León lo mandaba.

Era muy expansivo en sus conversaciones que por lo general adoptaban la forma narrativa, muy amena, pero fatalmente matizada de ternos que no podía evitar por más empeño que pusiera en ello. Le brotaban, como á Martin Fierro:

«**Las coplas de un manantial**».

Este era nuestro jefe, y puedo jurar, sin temor de caer en pecado, que no ha variado un ápice.

Nuestro segundo jefe, era el malogrado teniente coronel don Mauricio V. Delgado, minucioso administrador del Regimiento, inteligente, bien preparado para la ruda tarea, pero víctima de antigua dolencia que le roía las entrañas, agrió su carácter al extremo y era una sombra amenazante que los oficiales veían siempre delante de sí.

Le teníamos un miedo *bárbaro* á Mauro, abreviación de su nombre por la que era conocido en secreto entre la oficialidad—y para salir á la calle le cuerpeabamos de todos modos, porque á lo mejor de la fiesta, se nos aparecía, traído de sorpresa por su pasito menudo y rápido, retorciendo furiosamente su enorme bigote negro, y por cualquier fruslería fracasaba la licencia.

—¡Alferez!... ¿tiene la lista matriz de su compañía en el bolsillo?..

—No, señor... la he olvidado, decía la víctima, registrando las ropas apresuradamente.

O bien, si la tenía, la tomaba el comandante Delgado y se ponía á sumar pacienzudamente los largos y apretados casilleros, uno por uno.

—Aquí hay un error de suma, en lugar de ser 42 pares de polainas ha sumado Vd. 41. Hasta que no tenga bien en orden esta lista no puede salir del cuartel.

El tercer jefe era el infortunado Coronel don Juan José Pereyra y Rocha, en aquella época Sargento-Mayor; todo un modelo de corrección; esclavo de la disciplina; espíritu decidido, enérgico y emprendedor; inquebrantable en sus propósitos; con mucha ilustración. En fin, un genuino carácter militar. Su muerte, acaecida en lo mejor de su edad, fué un accidente de verdadero duelo para todo el ejército, que fundadamente veía en él toda una esperanza para la muy noble carrera de las armas.

Dentro de los lineamientos severos de su modo de ser, era un buen amigo y consejero de sus oficiales y tropa. A menudo, algo quisquilloso por las tendencias de su propio carácter. La *línea recta* era su preocupación, desviándose un punto de ella, se

mermaba mucho en sus simpatías. De ahí que entre nosotros le calificaramos con el sobrenombre de «pajarilla». ¡Quién se salvaba de motes en el cuartel!...

Como un rasgo típico, que contribuye á este perfil realmente militar, citaré esta anécdota de que yo fuí la víctima:

Necesitaba una licencia, no recuerdo con que fin, (y que seguramente tampoco importará á quíen me lea) que coincidía con la hora de «lista principal» ó «llamada» en que todos teníamos que estar presentes, y tomada la venia de mi Capitán de compañía, me diriji al Mayor Pereyra y le pedí «permiso para *faltar* á la llamada».

El Mayor me miró entre sonriente y severo, y asegurándose los quevedos que le cabalgaban á diario, me dijo solamente:

—Pero, alferez... ¿cómo quiere que su jefe le dé permiso para cometer una *falta?*...

No dije una palabra; giré sobre mis talones y me retiré humillado, aplastado por aquella lógica enteramente militar.

Si esa frase hubiera estado en los labios de un Moltke ó un Napoleón, fuera de duda que ya habría circulado por todas las memorias, máximas y anécdotas militares que circulan por el globo terráqueo.

Tenía un digno *pendant* el Mayor Pereyra y Rocha, y este era su Capitán ayudante, don Juan José Debali, y por afinidad de ideas, íntimos amigos.

En Debali también estaba encarnado el espíritu militar, lo tenía disuelto en la sangre, aunque en grado más tolerante que nuestro tercer jefe.

Adornado de toda clase de bellas prendas, no le costó gran trabajo al capitán Debali destacarse con fuertes perfiles entre los oficiales del ejército y captarse al propio tiempo las simpatías de la juventud montevideana. En un momento dado fué el organizador y fundador del Batallón Universitario y proclamado entusiastamente su jefe por los estudiantes.

Desde esa fecha ha actuado varias veces en el Ejército, desempeñándose siempre con honor, talento y patriotismo.

Viene en segundo turno de capitanes, don Rafael Cifuentes, capitán del 2º Escuadrón; muy querido por sus muchachos, de indiscutibles buenas cualidades, honrado, muy formal y de carácter tan extensamente bueno que le llamábamos cariñosamente (á espaldas se entiende) Rafaelote.

Antes de decretar un «pase á banderas» ó un «guarde arresto en su alojamiento», le hacía dar siete vueltas á la lengua, como dicen los chinos.

Sus debilidades eran tres, como los personajes del Espíritu Santo: un miedo cerval á las *tipas*, afición desmedida por la guitarra que sabía tocar primorosamente y

adoración sin igual por Julio Verne, Flamarion y Cª, de cuyos autores poseía algunas arrobas de papel impreso, y alguna que otra madrugada en que caían al cuartel reincidentes trasnochadores, solían ver en medio de la plaza de armas una figura blanca, sumida en muda contemplación de los astros, divagando plácidamente entre la Osa Mayor y los Siete Cabrillas. No había necesidad de preguntar quien era...

El Capitán del 3er Escuadrón, don Lúcas Rodriguez, era todo un militar, y de buena cepa. Bien plantado, arrogante figura, de espíritu selecto y cultísimo, educación esmerada, con mucha lectura buena en la cabeza y mucha fina observación de las cosas que lo rodeaban y del ambiente en que se desenvolvía, jugaba un brillante rol que jamás ha obscurecido. Hizo, también, un viajecito por la apolillada Europa, presenció grandes maniobras militares en Francia, y de yapa, le colgaron al pecho la cruz de la Legión de Honor, aún cuando no sabía hablar francés.

Esto no quiere decir nada; yo tampoco sé francés, y sin embargo no soy Chevalier de la Honorable Legión.

El Capitán don Gregorio Lamas, hermano del malogrado Sargento Mayor del Ejército Argentino, don Diego Lamas, cuyo fin trágico fué tan sentido por todos los orientales

sin excepción, que es condición de las almas nobles deponer todos los rencores ante la magestad de un cadáver, hizo poca vida en nuestro cuartel.

Apenas ascendido á alferez, fué pensionado por el Gobierno para cursar estudios de ingeniería militar en Europa, por haberse revelado estudiante aventajado y de las mayores aspiraciones.

Al cabo de algunos años volvió del Colegio de Aplicación de Fontainebleau, lleno de ciencia francesa, á juzgar por los extraños alamares de su dolman, el acordeonado kepis y su pantalón pierna de pollo.

Sin temor de equivocación, se puede asegurar, dejando aparte la broma, que es uno de los jefes bien preparados con que cuenta el ejército de la Nación.

El Teniente don Carlos Morador y Otero (hoy Teniente Coronel y una de las ilustraciones militares de actualidad), era Comandante del 1er Escuadrón y *cayó* al Regimiento rodeado de una aureola misteriosa presagio de la emancipación de ciertas pequeñas tiranías á que nos habíamos acostumbrado.

La llegada de Morador y Otero al Regimiento, fué algo así como una ley de divorcio caída de improviso en medio de un matrimonio que sintiese necesidad de algo que no se pudiera explicar.

Su carácter, su temperamento, su modo de proceder nos indicó una conducta completamente distinta de la que habíamos observado hasta entónces, fué la revelación de muchos derechos, no absorvidos por terceros, sinó ignorados, abandonados por nosotros mismos.

Tenía genialidades muy celebradas, humoradas que hacían época, y en breve tiempo se conquistó el cariño de todos los oficiales, y fué el libro infalible de nuestras consultas más serias.

Cuando se creía agredido en sus derechos, defendíase á capa y espada.

Entre muchos, citaré un ejemplo.

Cuando el Regimienio fué dividido y con una mitad se fundó el Regimiento de Artillería Ligera, en la Villa de la Unión, del que se nombró Jefe al muy digno y estimable coronel don Juan Bernassa y Jeréz, Morador también pasó á formar parte de la nueva corporación de oficiales.

Á los pocos días, el coronel Jeréz, que tenía la muy apreciable monomanía del orden y del efecto estético, dió una orden del cuerpo disponiendo que todos los oficiales que usasen barba, debían afeitarsela, permitiéndose solamente el uso del bigote y mosca.

Morador tenía una hermosa pera de diez centímetros de largo, que era su encanto.

Se resistió formalmente á tan inopinado rasuramiento, interpretándolo como un abuso.

El resultado fué, que pasó arrestado á su alojamiento renegando contra «diez mil legiones de frailes» que era en quien descargaba siempre sus iras.

El arresto continuaba, y Morador, firme en sus trece; no se afeitaba la pera del conflicto.

Por fin, el mismo coronel Jeréz fué á visitarlo en persona á su alojamiento. Con Morador habían sido oficiales subalternos juntos y cuando se hallaban á solas, franqueaban la distancia militar y se tuteaban republicanamente, como en sus mejores tiempos.

—¡Pero... que habías sido porfiado, Morador!... le decía el coronel—¿porqué no te afeítas la pera, y quedamos en paz?...

Morador, se dice que no contestó una sola palabra, y que estiró un papel sellado de 0.25 centesimos, que contenía nada menos que su solicitud de separación del cuerpo «por motivos de salud».

—¡No seas loco, hombre!... dijo el coronel—y le hizo la mar de reflexiones,—estás comprometiendo la disciplina del cuerpo... debes comprender bien que esta disposición no la he dado por mortificarte... eso sería ridículo... lo hago por fijar uniformidad en el Regimiento... afeítate la

pera, Carlos... le decía casi suplicante el coronel Jeréz.

Tan buena maña se dió el jefe, con tanta elocuencia y talento supo expresarse, que convenció á Morador, y después de no pocas vacilaciones, la discutida pera... cayó entre las despiadadas manos del coiffeur, para salvación de la disciplina.

El teniente Mir, fué mi primer Comandante de Escuadrón, hombre muy jóven y con muchas bellas aspiraciones, bien estimado por sus compañeros, pudo haber hecho brillante carrera, aún cuando en mi humilde opinión, no creo que tenga motivos para quejarse amargamente.

Un buen puñado de tenientes:

Ignacio E. Montero, excelente amigo, pero remolón para las guardias y para hacer semanas; la víspera del día que le tocaba servicio, empezaba á quejarse de una afección á la garganta que envolvía cuidadosamente con franelas encubridoras del fraude, y antes del toque de Asamblea, daba «parte de enfermo», con gran protesta del oficial que debía suplirlo.

Macedonio Heguerte, con su pecho inflado y la espalda hecha un arco, era un *rara avis* de la vida militar, por milagro lo veíamos en las *güascas,* es decir preso.

En cambio, Guzmán Taborda, siempre mal humorado y dado á todos los diablos, á pesar

del noble fondo de su carácter, no pasaba veinticuatro horas en libertad; «el de los juris», le llamábamos.

Casiano Icasuriaga, un pequeño cronómetro militar con cuerda suficiente para recibir la guardia «sin novedad» entregarla «sin novedad», recibir la semana «sin novedad» y entregarla «sin novedad».

Pero el camarada que poseía la mayor suma de afecto, tanto de la tropa como de los oficiales era sin duda alguna el teniente Miguel Salcedo, que también ha pagado el fatal tributo á la tierra.

A Salcedo todo le estaba disculpado y consentido—sus bromas no irritaban á nadie, ni ofendían nunca; tuteaba á todos, oficiales y soldados.—Tenía un carácter sui-generis, único que he conocido, para tratar á todo el mundo con una franqueza encantadora. Con su estatura imponente, dominaba; con su trato afectuoso, bromista y familiar, seducía.

Para comunicar las órdenes, (era ayudante) usaba de un diccionario militar que por cierto no era el de Almirante.

Si era una orden de arresto, por ejemplo, contra el teniente Icasuriaga, se le apersonaba y le decía:

—¡Ché, Casiano por orden de Palanca (Palanca era mote secreto que le había puesto al coronel por el delito de ser narigón,

signo de nobleza y energia, segun dicen) que pasés á las güascas!...

Si era orden para que la cuarta compañía saliera á hacer ejercicios de guerrilla á la plaza de Artola, se encaminaba hácia el teniente Mir y:

—¡Pepe! ordena Mauro que saqués tu compañía al campo de las maniobras...

Su compañero en la Plana Mayor era el teniente don José Zarazola, también fallecido, y cuyo carácter guardaba mucha semejanza con el de Salcedo.

El otro ayudante era el teniente don J. Baptista y Vedia, un noble amigo, de mucha ilustración y muy querido por todos, era el brazo derecho de Salcedo, y su única debilidad consistía en el exagerado amor que sentía por su persona; necesitaba para su servicio una tropa de servidores, igual por lo menos que la que dicen, tiene el Kaiser.

Desde temprano, se oía á menudo en el cuartel, el agudo grito de Baptista:

—¡Uno de la Banda!...—que se repetía diez, quince veces, hasta que se encontraba en su habitación con seis ú ocho muchachos; uno lustrándole las botas, otro cepillándole la blusa, otro llenando de agua las jarras, otro cosiendo dos botones á un chaleco, otro llevándole el mate... ¡una romería!...

De buenos recuerdos siempre será tam-

bién la simpática figura del teniente Antonio Simone García, un Quevedo militar con todas las agudezas y truhanerías del gracejo criollo, satirizando á cuanto vicho viviente hallaba á tiro con inimitable sprit y fina ironía. Excusado es hacer presente que ha formado con honor y gloria en varias solemnes tenidas de la inmortal Parva.

García hacía carpa con los alfereces Arturo Isasmendi y Mario Zufriategui, el primero de estos, *buen gaucho,* naturaleza apasionada, espíritu militar dominante y organizador, ídolo de los soldados, querido con sinceridad por sus camaradas.

Ha conservado y conservará tal vez mientras viva, su mote de cuartel: «el vasco Isasmendi».

El segundo, Mario Zufriategui, «lagarto verde», como le apellidabamos, porque, no estando aún resueltamente incorporado al Regimiento, vestía uniforme de infantería.

Era digno émulo de aquel «árbitro de las elegancias», del Petronio que se describe en la admirable novela neroniana *¿Quo Vadis?*

Irreprochable, ajustado exactamente al último figurin, ya vistiera de militar ó paisano, era un genuino heraldo de la moda.

Tenía, y aún la conserva, envidiable fama de ser «atropellador y mozo suertudo pa-l'amor».

¿Y nuestro Practicante, el capitán Caze-

nave? más alegre que un par de castañuelas y siempre tan dispuesto á la jarana como á recetar unas pinceladas de tintura de yodo al lucero del alba. Tenía un asistente de apellido Gaita, y más feo que Picio. Para llamarlo le decía:

—¡Venga Vd. acá, señor instrumento!...

O bien más lacónicamente, imitando las armonías (si es que la tiene) de la gaita y cerrando las manos al rededor de la boca:

—¡Tari, tarari, rariiii...!—y allá á lo lejos, lo veíamos venir casi volando al fiel Gaita.

Larga, muy larga sería la lista de todos los buenos camaradas con quienes hemos compartido el techo y las horas felices y tristes de aquel cuartel presidido por Santa Bárbara, inmaculada patrona de los Artilleros y ante cuya imágen nos hemos prosternado para asistir con recogimiento sublime al santo sacrificio de la misa, oficiada por el Capellán del ejército, mientras las bruñidas bayonetas inclinadas ante la sagrada forma, lanzaban destellas de fuego y la espesa nube de incienso se elevaba en espiral solemne hácia el cielo, unida á la plegaria conmovedora que entonaban quinientas bocas á la vez...

Cerraré, pues, estos breves apuntes, recordando con el afecto que se merecen á los queridos compañeros, alferez Antonio

Diaz Arnesto, que abandonó el cuartel y la carrera en un arrebato tal vez injusto y que no es del caso relatar, yendo á dar á Resistencia, capital del Chaco Austral (R. A.) donde en el año 1893, lo encontré desempeñando las funciones de Secretario del General don Antonio Dónovan que era el gobernador de esa zona, y de quien poseía toda la confianza.

El *indio* Fernández haciendo versos prodigiosos á favor de una inspiración netamente pampeana de metro originalísimo... y el teniente Delgado (Fodola) borroneando apresuradamente los originales para el próximo número de «El Artillero» y cuerpeándole á las guardias con este pretexto literario...

Barú, Muñoz, Olave, Davison, de los Santos, un grupo excelente, buenos por naturaleza é inclinación, amigos expontáneos, y sinceros, corazones abiertos á todos los agrados inefables de la verdadera amistad.

Todos ellos están diseminados; de los que *fuimos* antes, creo que no hay tres, reunidos en un mismo destino. Unos han dejado inconclusa su misión en la tierra, cayendo en mitad de la jornada; otros con más suerte siguen adelante, avanzan á «paso de vencedores» conquistando sus trencillas con honor y fortuna, y otros quedan lastimosamente rezagados en el camino, alcanzados por la ley fatal de las compensaciones...

NOTA

Prevengo que he dejado en el tintero á un regular lote de alfayates, porque de otro modo hubiera precisado unas doce ó quince páginas más, lo que probablemente fastidiaría á algun lector poco curioso de la vida ajena.

Garantías individuales

Garantías individuales

Había en otro tiempo en aquesta histórica ciudad de San Felipe y Santiago, un cierto cuartel, un cierto coronel y un cierto loro, el uno sombrío, el otro de genio diabólico y el último más charlatan que lengua de solterona.

Erase que se era, una época en que las levas de feliz memoria recorrían aquesta histórica ciudad de punta á punta, y como quien reune hacienda dispersa (perdonando ustedes el modo de señalar) iban haciendo sin ceremonia alguna, grupitos de aquellos trasnochadores ó retardados caminantes que merodeaban por las orillas y aún se atrevían á echar su cuarto á espadas en la trastienda á media luz del almacen de la esquina.

Los grupitos recogidos marchaban mal que mal y á regañadientes, pero sin levan-

tar mucho el diapasón de la protesta, pues teníase muy sabido que cualquier desafinación, solía corregirse con una menuda garúa de ramalazos que á veces convertíase en torrencial aguacero.

Cuando las levas estaban de buen humor, el trayecto se hacía en medio de la más franca jarana con los grupitos de futuros voluntarios y con algunos de ellos se cambiaban parrafitos parecidos:

—Con que vos habías sido mozo bien ¿no?... ¡vean qué lástima! vas á quedar tan fiero lo que te afaiten esa perita cantora... y te pasen una carpida por la piojosa... Me dijeron que estabas conchavao en lo de Lopez Bago y Cª....

—Ni yo l'e vendido pasteles pa que m'esté tutíando, ni á usté l'importa donde estao conchavao...

—¿No era en una fábrica de durmientes?...

—¡No sea zonzo, pues, y vaya á titear á su madrina!...

—¡Sujetá, ché!... no te refalés, que podés dar con lo más grueso del cuerpo en la vedera... veanlon si había tenido mal genio!... ¡que caráter pa vigilante!... lo que te aficiones á manejar la caña güeca y á morfar rancho no vas á ser tan safao, y si dispués seguís haciéndote el loco, la guardia é prevención cada veinticuatro horas, te vá sentar el juicio...

Y por el estilo seguía el chichoneo criollo hasta que llegaban al cuartel de su destino. y los imprudentes trasnochadores eran entregados al oficial de guardia.

Como dice el refrán que «entre col y col lechuga», así también algunas veces entre los voluntarios (sic) recogidos por el singular sistema de remonta del ejército citado, caía mezclado algún extranjero, abundando especialmente en este número los finchados súbditos del Dr. Moraes, de este lado de aquí, es decir de Río Grande á tierra Oriental adentro, y diarias eran las denuncias de la prensa sobre tal ó cual sujeto brasileño, italiano, español, etc., que estaba prestando servicio contra su voluntad en tal ó cual cuerpo de línea.

En atención á estas denuncias, y para evitar confusiones, los cónsules empezaron á expedir certificados ó papeletas á los súbditos de sus respectivas naciones, creyendo que así quedaría todo en paz, pero sucedió que el remedio no fué mejor que la enfermedad, y las cosas siguieron como al principio.

El Coronel aquel, de génio diabólico, á la par de sus colegas, seguía despachando levas y engrosando las filas del batallón habitante de aquel cuartel sombrio de que hablamos al principio, y todas las mañanas entre mate y mate y pedirle la pata á su favorito loro, huésped jubilado de la Mayo-

ría, se entregaba á la tarea de inspeccionar los nuevos *voluntarios*.

El timbre se dejaba oir estridente, y un ordenanza se apresuraba á trepar la escalerita que conducía á la Mayoría y presentarse ante el jefe.

—Al comandante de la guardia—decía aquel brevemente.

Y el comandante de cuartel aparecía, ojeroso, el kepis arrugado, arrastrándole la espada y próximo á manifestarse en sus labios un bostezo de á cuarta, detalles que acusaban una noche pasada militarmente á conciencia.

—¿Ordene, Coronel?

—Traigame las altas que vinieron anoche; ¿cuantas son?...

—Son cuatro... dos criollos, un brasilero y un italiano...

—Bueno, hágalos subir á la Mayoría...

Y Pedrito, el loro jubilado, monologaba en tanto, y silbaba el «vicho feo, vicho feo» primorosamente; llamaba á su amo á gritos fuertísimos: «ché coronel», «ché coronel»; ó bien se entretenía consigo mismo aleteando, colgándose del pico al alambre circular que le servía de recreo, y pidiéndose con tono mimoso «la patita, Pedro»... «la patita para el lorito»... «¡á que te corto!... ¡á que te cortooo!»...

Al poco rato se presentó uno de los vo-

luntarios, un chino como de 28 á 30 años, pelo negro, grueso, cerdudo, ojos grandes y saltones y una porción de detalles filiatorios que poco le importará al lector conocer, por lo cual le dispensamos de ellos. Vestía andrajos, y se veía claramente en el tipo al vago de oficio.

—¿Cómo te llamas?

—Jesús Fuentes, señor,—respondió el pseudo voluntario sin levantar la vista del suelo y haciendo girar entre ambas manos un sombrero color barriga de rata.

—¿Sos oriental?...

—Sí... señor—dijo titubeando.

—¿En que te ocupás?

—Aura, no hay trabajo, señor, pero antes era carrero é la playa.

—Está bueno,—dijo el Coronel,—ya que no tenés ocupación y sos oriental, vas á servir al Gobierno... ¡Capitán!... hágalo dar de alta en la primera. Es buena talla.

—«A la primera»... «á la primera»...—repetía alegremente el loro.

El criollo salió medio tropezando como si estuviera *mamao*, alzando los hombros, quebrando la cadera, y al pasar junto á su compañero que esperaba el turno, le dijo casi al oído:

—No le digás que sos oriental, porque te vá mandar pa la compañía... yo me pisé...

Y entró en la Mayoría quien había escuchado tan saludable advertencia.

Era un indiecito como de veinte años, buena estatura, piernas medio *cambuetas*, labios gruesos, ojos grandes negros y pelocerda.

—¿Cómo te llamás?—interrogó el Coronel.

—Tristan Moraira, señor.

—¿Qué edad tenés?

—Vainte años.

—¿En qué trabajás?

—Soy compositor de caballos.

—¡Ah! bueno, ¿y qué nación sos?...

—Soy... taliano, señor,—dijo casi tartamudeando.

El Coronel lo miró fijamente y le preguntó con flema:

—Italiano ¿no?... ¿y de que departamento?...

—De... de... allicito nomás, señor, .. de... Tacuarembó...—dijo tartamudeando siempre el amigo Moreira.

El Coronel dió vuelta la cabeza, y

—¡Capitán! un alta para la tercera—á tiempo que el loro gritaba loco de contento:

—«A la tercera... á la tercera»...

Marchó el *taliano* de Tacuarembó, y entró otro veramente de la intangibile Roma.

Casi los mismos interrogatorios.

—¿Qué nación sos?...

—Io sono italiani... vedetti il mio passaporte.

—Bueno, bueno; mostrame la papeleta, el pasaporte no tiène valor ninguno...

—Ecco la mia papeleta... chi la é prenduto in questa mesima setimana...

Y estiraba el documento consular.

El Coronel lo tomó, lo leyó y... ris, ras, rasgólo en cuatro pedazos y al canasto...

—¡Oh! ¡Madonna!—gimoteaba el voluntario, mientras el loro gritaba:

—«¡Bravo, Coronel! ¡rompéle la papeleta!»—y el jefe mandaba otra alta para la cuarta compañía con el acompañamiento indispensable de Pedrito:

—«A la cuarta... á la cuarta»...

Entró el último voluntario, con aspecto solemne, doctoral. Entró tomando la palabra.

—Isto é uma arbitrariedade sou brasileiro é queixaréme ou ministro Gonçalvez de Guimaraes Retumba Barboza... nao fico uma hora maís na cidade sim mea reclaçao...

No bien concluyó su discursito de protesta, el loro comenzó á canturrear el estribillo de su predilección: «Pedile la papeleta... pedile la papeleta»...

—¡Cállate Pedro!—gruñó el coronel—¡loro maldito!... conque vos sos brasilero?... y que documento tenés?...

—A papeleta do cónsul do Brasil—dijo con énfasis, estirando el consabido papelito que el coronel se encargó de tomar, leerlo con atención y como de costumbre... ris, rás y al canasto con gran algazara del loro, protestas diplomáticas del voluntario, y órdenes del coronel para entregar el alta nueva, mientras recibía de manos del ordenanza el mate número cuarenta y seis de la mañana.

Interin, los diarios arreciaron en sus campañas contra las levas y las denuncias de extranjeros obligados al servicio de las armas menudearon, observándose siempre más numerosas las relativas á ciudadanos brasileños, á tal punto que obligaron á su ministro á intervenir directamente, resolviendo no obstante, antes de hacer alguna gestión diplomática, visitar á ciertos jefes de cuerpos y pedirles amistosamente explicaciones.

Le tocó el primer turno de las visitas á nuestro héroe motivo de este cuento.

Se preparó convenientemente para cerciorar al señor Ministro de que no había tales ciudadanos brasileños sirviendo en el batallón de su mando, y esperó tranquilamente en la Mayoría, acompañado de su fiel «Pedrito», la visita anunciada.

Esta llegó sin más acompañamiento, que el del comandante de la guardia, que lo condujo á presencia del coronel.

Se cambiaron las ceremoniosas salutacio-

nes de estilo, tomaron asiento y comenzó la conferencia.

El ministro, reclamaba, haciéndose eco de las denuncias de los diarios; el coronel negaba terminantemente, y «Pedrito» seguía desde su arco con atención toda aquella escena. Empezaba ya á murmurar y á colgarse del pico haciendo ejercicios prodigiosos, blondinescos; seguramente el acento portugués del ministro le llamó la atención, y cediendo á su inveterada costumbre, entonó su estribillo: «Pedile la papeleta... pedile la papeleta»... que cada vez iba en crescendo.

El coronel al principio. no se dió cuenta de lo que pasaba; la fuerza de la costumbre debilita la memoria en ciertos casos, pero nuestro ministro lo notó en el acto, no haciendo tampoco hincapié, hasta que los gritos del pícaro loro fueron tales que necesariamente tenían que llamar la atención de ambos conferenciantes.

El coronel se revolvió furioso hácia el loro y lo quiso fulminar con una mirada iracunda.

Pero, Pedrito, erre que erre, «pedile la papeleta... pedile la papeleta»... insistía á grito herido.

En ese momento, el ministro, para dar más fuerza á su argumentación, sacaba del bolsillo de su levita un recorte de diario

que contenía una denuncia, y lo estiraba al coronel.

Aquí el alboroto del loro, llegó á su grado máximo, y aleteando fuerte, erizando las plumas, cambió de estribillo, chillando entusiasmado:

—«¡Rompéle la papeleta!... rompéle la papeleta!...»

El ministro *no volvía en sí* de su asombro, ante la verbosidad reveladora del loro, y el coronel, dado á todos los diablos, olvidando cumplimientos, etiqueta, etc., se levantó lleno de ira, tomó de sobre el escritorio una pila de libros «Estados diarios», «semanales», etc., y lo arrojó con violencia sobre el loro, exclamando indignado:

—¡Reventá!... ¡trompeta!... ¡canalla!...

El ministro juzgó oportuno dar por terminada la conferencia, y se despidió haciendo mil cortesías, mientras que el coronel se deshacía en escusas, y el loro medio perniquebrado y arrastrando un ala, gritaba con insistencia:

—«¡Mandálo á la cuarta!... ¡mandálo á la cuarta!...»

Y aquí termina este verídico cuento, sucedido en aquesta histórica ciudad de San Felipe y Santiago, en un cierto cuartel que albergaba á cierto coronel y cierto loro, el primero sombrío, el otro de génio diabólico y el último más charlatan que lengua de solterona...

Revista de semana

Revista de semana

Así como el «Sábado» es el día crítico de la semana para los infatigables prosélitos de Mercurio, también lo es, y no menos para los abnegados hijos de Marte.

El Sábado en nuestro cuartel era el día de liquidación general; es decir, veinticuatro horas de movimiento contínuo, de sobresaltos incesantes, atormentados los oficiales de semana saliente por la visión fría y desconsoladora del cuarto de banderas en cuyo frontis podrían adivinarse las célebres palabras de César al pasar el Rubicon: «¡Cúmplase el destino!». — *Alea jacta est.*

Todo el mecanismo del cuartel se precipitaba en un juego de resortes casi vertiginoso.

Desde el depósito de uniformes á cargo del viejo Sargento Angel Ovalle, hasta el último rincón de la Banda Lisa y aún hasta

el fondo del más humilde tacho en que codimentaba sus redoblantes el ranchero Schinca, sentíase la influencia de una corriente nerviosa que recién se venía á apagar con las últimas notas del toque de silencio, que algunos veteranos oían con gesto resignado desde la ventanilla del calabozo donde los había volteado el pial de la semana.

Comenzaba la série de operaciones por la reforma de los escalafones de servicio, seguida de una escrupulosa inspección de las tablillas de prisiones, cuyo alcance tasaba salomónicamente el capitán de la compañía, y venía enseguida el árduo problema de cotejar con paciencia mahometana las listas matriz, por estatura y estado semanal, mientras que las cuatro escuadras, formadas en ala, se revistaban con minuciosidad abrumadora por cada uno de sus cabos, generalmente entregados á un humor de perros y mezclando en sus interminables rezongos la amenaza de los tres consabidos ramalazos que marca el Código.

Concluida la revista de armamento y correajes, se procedía á una inspección preliminar de vestuario, camas, etc., y con esto empezaban los más raros controles y se practicaban los más sorprendentes descubrimientos; cada baul de soldado, cuya capacidad no era mayor de medio metro cúbico, aparecía atestado de una variedad enciclo-

pédica indescriptible: al lado de la botellita de aguardiente y tiza para limpiar la botonadura, descansaba el corbatín reglamentario y una cajita de color indefinible conteniendo ocho botones para polainas, un barbijo de charol en decadencia, media caja de betún «Gallo», dos medallitas de la Vírgen con la cara lustrosa de puro antigua, un paquete de agujas, tres alfileres de gancho uno de ellos adornado de palomita arco-iris, medio peine de guampa amarilla, el retrato de un paisano con gran chiripá y facón de á metro en la cintura, un pedazo de espejo, dos carreteles de hilo negro, unos papelitos mugrientos con décimas escritas á la tinta violeta, el cabo de una rasqueta, tientos y piolas viejas, cuatro páginas de Martín Fierro, un desarmador de remington y en fin... la mar.

Concluida esta revista preliminar, cada uno esperaba en su puesto con nerviosidad no disimulada el toque del clarín de órdenes.

El soldado espiaba en los ojos de su cabo de escuadra cualquier síntoma precursor de calabozo en ciernes. El sargento primero temblaba como vara verde observando el mal gesto del oficial de semana, y este hacía apresuradamente un exámen de conciencia, calculando las delincuencias posibles durante la semana transcurrida y mirando con recelo á su Capitán como para medir la magnitud de la tipa *ad portas*.

A la hora fijada se oía la voz del Ayudante de servicio:

—¡Clarín de ordenes!... ¡toque relevo de semana!...

Las estridentes notas metálicas se hacían oír, y á su eco se sentía palpitar por todos los ámbitos del cuartel una extraña fiebre de actividad, un recrudecimiento de laboriosidad en las cuadras, en la plaza de armas, en las baterías, ruidos de armas, carreras en los dormitorios y los gritos del Sargento de semana:

—¡Vivo!... ¡vivo!... ¡abajo las camas!... ¡muévase Salvador Cáceres!... ¡siempre es el último!... ¡Cabo Rodriguez, apure su escuadra!... ¡á formar con armas!... ¡cuartelero permita sacar las armas!...

Y entre aquella baraunda de voces, de protestas, de ruídos de pasos ligeros, golpear de culatas sobre el suelo, se destacaba la voz del oficial de semana:

—¡Al hombro!... ¡ar!... ¡derecha!.. ¡deré!... ¡paso redoblado!... ¡mar!...—y la Compañía bajaba á la plaza de armas apresuradamente golpeando los peldaños de la escalera con la acerada vaina del sable-bayoneta, produciendo un repiqueteo metálico de mil demonios con el acompañamiento obligado del taconeo de doscientas botas...

Yá están reunidas las cuatro compañías y la Banda Lisa. La plaza de armas tapi-

zada de colchones extendidos en correcta alineación, y sobre ellos, los uniformes, las prendas de vestuario reglamentarias, polies, kepis, ponchos patrias, mudas de ropa blanca, correajes lustrosos como charol, hevillas y botones deslumbrantes á fuerza de tiza y aguardiente; y luego las cajas de guerra brillantes como soles, y los clarines luciendo su roja trenza de forrajeras con gruesas borlas, que tonifican y comunican alegría á ese cuadro de vigorosas tintas, digno de la paleta maestra de Pierre Loti, el Detaille de la literatura francesa...

Y entre las filas de soldados, ya inmóviles, descansando sobre sus armas, se pasean lentamente los oficiales de semana entrante y saliente, observando con la mayor atención todo el equipo y vestuario de cada veterano, recontando su munición, inspeccionándolo todo, desde la botonadura de las polainas hasta el último resorte del fusil.

Y entre tanto el Capitán vá tomando nota, formulando un feróz capítulo de cargos contra el oficial de semana saliente, que convencido ya de la suerte que ha de caberle, se abandona lánguidamente, con toda filosofía á su traidora estrella...

Se oye el toque de «retirada». Cada compañía á su dormitorio. Luego un ayudante que trasmite ordenes que no deben ser muy alegres á algún oficial de servicio saliente;

un sargento que oye la voz de arresto, cuatro oficiales que se despiden del mundo por siete días y... hasta el Sábado que viene!...

Dianas

Dianas

La *campanilla eléctrica* del cuartel acababa de hacerse oir con un largo redoble de tambor, rematado en un paliqueo prodigioso sobre el parche...

Algunas caras soñolientas, con los pliegues de la almohada marcados sobre las mejillas, aparecen por la cabecera de las tarimas, caras malhumoradas, bostezantes, y amenazando caer de nuevo sobre el jergón... pero el cabo de cuartel ha golpeado fuertemente con su vara sobre las tablas de las mesas y ha dejado oír su voz brutal y mandona:

—¡Vamos!... ¡arriba!... ¡han tocao indicación de diana!... ¡vivo!... ¡moverse!...

Y casi al mismo tiempo, ha estallado la banda lisa en una tempestad de notas alegres, rápidas vibrantes, sonoras, trémulas á veces, emocionadas, cual si se sintieran do-

loridas al quebrantar el solemne silencio de la madrugada, obscura é impregnada aún de los misterios de la diosa noche...

¡Qué encanto tienen esas armonías de músicas heróicas, cuya instrumentación redúcese tan solo á la estrepitosa caja de guerra y al brillante y marcial clarín!...

Hay en las dianas giros poéticos para todos los temperamentos, desde la nota suave, arrulladora, que se mece, que acaricia, que besa la frente con el beso fresco y dulce de la estrella matinal y que cierra los ojos en el espasmo delicioso del último sueñito de la mañana, hasta la nota épica, guerrera, triunfal, con rumores de cargas de caballería, choque de armas, gritos de victoria, que levantando de su lecho al soldado, como si fuese elevado por un resorte misterioso, le hace tomar instintivamente sus armas, y casi le hace prorrumpir en entusiasta—¡Viva la patria!...

Tal es la diana de Palleja, la diana del triunfo y tantas otras, que son gritos guerreros, combinaciones de armonías que parece fueran tomadas al pié de los cañones humeantes, á la sombra de pabellones de armas ensangrentadas y banderas en girones.

Al oir el toque de diana, en esa hora de brumas y quietud absoluta, cuando el benefactor sueño ha dejado cumplida su misión, el espíritu más despreocupado y misántropo,

ha de sentirse sinó conmovido, al menos poseído de una emoción extraña, á la que es imposible pueda sustraerse nada humano; emoción, que ha de palpitar con mayor intensidad cuando espirantes las últimas notas del himno matutino, llegan á poblar el aire los primeros acordes del toque de oración, grave, solemne, de verdadero sabor místico, que convida por un breve instante á la meditación de las cosas pasadas, y afluyen á la memoria el recuerdo de la infancia al lado de la madre inolvidable, bajo el techo de aquel hogar ya tan distante, é inadvertidamente, sin poderlo remediar ni sospecharlo, los ojos se llenan de lágrimas, el pecho se espande en un suspiro lleno de ternura y los labios trémulos, balbucean plegarias aprendidas en el regazo materno...

. . . .

El toque de oración de la lista de tarde, es también hondamente sujestivo, pero de índole distinta: tal vez oíamos con mayor fervor, animados de un sentimiento más varonil, más militar los melancólicos y suaves acordes de la oración (sacada de la opera *Marta)* de la Lista Principal, en tanto que el Regimiento, formado en el centro de la plaza de armas y con estas al hombro veía descender lentamente el pabellón nacional, que caía ondulando junto con la última nota de la melodiosa plegaria entonada por aque-

lla banda de música bajo la dirección de nuestro sin igual maestro «Chiccilo», cariñoso alías con que era y es conocido el entónces músico mayor, de nuestro Regimiento, capitán don Francisco Spinelli, el maestro que ha formado las más rumbosas bandas militares en la República, y con las cuales ha salido victorioso en más de un torneo sinfónico internacional.

Con orgullo lo dejo consignado.

Pero á pesar de toda la maestría y elegancia, buen gusto, arte y selecto personal de que se componía la banda de música que dirigía «Chiccilo», siempre he preferido á la bizarra banda lisa de tambores y cornetas al mando de su sarjento Vicente Ortíz, que era un clarín con más floreos y recortes en la embocadura del instrumento, que remiendos en una capa de estudiante.

De una marcialidad que encantaba, el cuerpo de esa banda era seleccionado cuidadosamente y electrizaba oyéndola en conjunto ó por partes, que las tenía insuperables, como ser, el cabo Martinez, un redoblante maravilloso; su caja de guerra templada por él y puestos en juego los palillos por aquellas vigorosas muñecas, era un torbellino.

El formidable Luís Fronis haciendo oír aquellos toques de «Atención», cuyas notas ágiles y fuertes parecía que iban abriendo boquetes en las paredes «para hacerse paso,

y los silencios colombianos» que entonaba á las diez p. m., el clarín Pereyra en las calladas noches estivales, haciendo un derroche de notas poéticas, quejumbrosas, sostenidas á un extremo inconcebible, y luego, casi seguidamente el primer —¡c-e-n-t-i-n-e-laaa... a-l-e-r-taaa!... — lejano, sollozante, animado de una tristísima tonada de payador, que nuestros criollos se esfuerzan en hacer lo más aflictiva posible... Y en resúmen, toda esa banda de música guerrera, era incomparable al desgranar en un pentágrama clásicamente nacional, criollo puro, un raudal de notas agudas, enérgicas, á los que pareciera mezclarse el olor acre del humo de la pólvora de combate: notas llenas de ardor bélico, de entusiasmo y de armonías imitativas desde el clásico toque de rancho hasta el alarmante de retreta que se inicia en los consabidos versos:

Vamos, vamos, vamos,
Vamos á formar
Quel cabo de fagina
Nos puede reventar...

Y... basta de músicas por hoy, que es hora de irse con la idem á otra parte..

Milicadas

Milicadas

Dificilmente se hallará mayor proporción de travesura y fino ingenio para desarrollarla, que bajo el pellejo de un soldado, verdadera hormiga para esa labor paciente de urdir combinaciones de cumplicado aparato y que á veces, tienen por objetivo, alcanzar tan solo á fumar un cigarro *de arriba,* por el puro gusto de hacerle una gozadita al compañero...

Pero en lo que efectivamente rivalizan nuestros criollos de cuartel adentro, es en el dificil arte de violar las severas disposiciones que prohiben juegos de azar, introducción de bebidas, etc., y que en el viejo cuartel de Artillería se hacían observar con rigor extremo. — Pero como dice el paisano Laguna, «que el diablo sabe por diablo, pero que más sabe por viejo», así también

nuestros viejos milicos más saben por veteranos y bien curtidos que por predisposición á los teje-manejes de entretelones, y más dificil era tomarles en falta que hallarle dos pelos á una rana.

Esto quiere decir, que á pesar de todas las amenazas inquisitoriales y decretos prohibitivos, cada soldado hacía modestamente de su capa un sayo en lo que se refería á ciertas leyes opresoras, como por ejemplo aquella que prohibía la entrada de licores al cuartel, y que para vigilar su estricto cumplimiento, funcionaba sin cesar día y noche, un *sargento de puerta*.

Sin embargo, la caña, ese brebaje nacionalizado en el consumo criollo de las últimas estivas sociales, entraba libremente en el cuartel, cubierto de los más variados y audaces disfraces.—Ora le introducía algun asistente dentro de una sandía que se había calado previamente... ó bien se llenaba el *burro* de que hemos hablado en otro lugar, y se metía dentro del papel que envolvía un kilo de yerba y pasaba por tal, ó la misma tripa contrabandista se echaba dentro de una pavita cebadora y esta se llenaba de leche, y hasta hubo alguno más atrevido que pedía permiso para salir á pescar todas las tardes, y al regreso, volvía al cuartel con su caña al hombro y de cuando en cuando con algún pejerrey sin escamas de puro manoseado.

Se le registraba en la puerta de la guardia, y á veces solía protestar con desgano:

—¡Si no traigo más que la caña!... y tocaba la de pescar; pero ocurrió que con visible frecuencia se gineteó algunas monas y emprendida la pesquisa del caso, pudo averiguarse que la caña de pescar, era hueca, y que cuando el astuto sportman volvía de su escursión, la traía llena de la de veinticinco grados... y no mentía al decir:

—¡Si no traigo más que la caña!...

Veteranos de más agallas, llevan la caña hasta dentro del cañon de su fusil... que es el colmo!...

Para satisfacer la viciosa necesidad del juego, la inventiva del soldado raya en lo inconcebible.

Suprimido y perseguido á sangre y fuego el tradicional librito de las cuarentas hojas, se echa mano de todo recurso, hasta de los inocentes transeuntes que aciertan á pasar frente al cuartel.

En el nuestro se jugaba al «siete y medio» dando valor de carta á cada persona: así, el hombre valía *cuatro,* la mujer *siete* (¡vean que injusticia!... ¡recontra!!...) los chicos varones *dos,* las niñas *uno* y los negros cualquiera fuera su sexo ó edad valían *medio;*—con esto ya estaba armado el juego y las grandes trenzadas.

A menudo se oía sottovoce diálogos trun-

cos que se iniciaban en grupos de milicos que sentados en los bancos del cuerpo de guardia parecían estar atentos solo á su servicio:

—¡Otra más, y planto!...

—¡Oigale el duro... y se duebla!... hice rial con aquel morenito bichoco...

—¡Ah... negro troyudo!... no haberte quebrao una pata al doblar por Colonia!... Vean si es suerte!...

—¡Pasá, mi alma, qu'estoy plantao en sais y medio!...—dice otro viendo una flotante pollera de percal floreado.

—¡Loco lindo, aquel del pantalón bombilla!... fijate que basa... cuatro... y dos del muchacho de los pasteles, son sais, y uno de la china Bertolina, siete... y... hay no más planté hasta que las velas no ardan...

También, y por variar, se juega á los *carros,* apostando si vienen de *á fuera* ó de *á dentro;* y á las personas, si primero pasa mujer, hombre ó muchacho ó si viene del Centro ó si viene de la Unión, y tendría tarea para mucho rato si me propusiera citar todas las tracamundanas de que se valen nuestros sufridos y bravos soldados para despuntar su vicio dominante, desde el ingenioso tubo de papel donde se introduce una mosca sin alas, y que luego de agitado se apuesta por que extremo saldrá el mu-

tilado volátil, hasta las carreras de hormigas, originales, de indiscutible invención cuartelera, y que absorben y llenan de emociones, como en un hipódromo al sportman pur sang, á los traviesos espectadores é iniciadores de este singularisimo turf.

Todos estos pequeños defectillos, que no pasan de insignificantes venialidades, son el contrapeso á tantas y tan bellas cualidades que adornan á nuestros soldados, abnegados en el cumplimiento de su deber, resistentes, heróicos á la fatiga, valientes como las armas, orgullosos de su misión, obedientes, subordinados, pulcros, pero... decididamente aficionados á cantarle una misa á Baco, con más ó menos frecuencia, é inclinados porfiadamente á tironear la lejendaria oreja de una zota... todo lo cual, casi viene á constituir un atributo, pues conocida es la sentencia de antaño:

«Donde hay militares, hay mujeres, vino y juego».

Asistentes

Asistentes

El gremio es abundante, selecto, y de matices tan variadisimos, que se podría catalogar por grupos independientes.

Tenemos desde el specimen que aparece á diario en las zarzuelitas españolas, y que indefectiblemente ha de ser andalúz (no se concibe un asistente catalán ni un aguador que no sea gallego) y por ende rondador de maritornes, camorrero, decidor, ocurrente, travieso, inquieto como una ardilla y dispuesto en todo tiempo á servir de salvador pararrayos á su *tiniente,* hasta el asistente intensamente afectuoso de que nos habla Amicis, puro corazón, encadenado por una rara pasión militar á su oficial, de quien no se atreve á separarse, aún cuando allá á lo lejos le espera una viejecita de quien es único apoyo y última esperanza, la ma-

dre anciana y venerable, tal vez próxima á cerrar los ojos para siempre.

....

Yo he tenido un regular surtido de asistentes: buenos, malos, afectuosos, inconsecuentes, peleadores, serviciales, negros, indios, blancos, etc., y de cada uno conservo algún buen recuerdo.

Mi primer acólito militar, fué un soldado del 4º Escuadrón, Juan Rodriguez, rubio como barbita de choclo, petizón, tartamudo á ratos, honrado hasta para soñar, servicial é infatigable en el cumplimiento de su laboriosa misión; — solamente podía reprocharsele un poco de pesadéz en el desempeño de sus obligaciones, y otro, no poco, de afición al sabroso jugo de uva, pero, ¿qué hay de completo y perfecto en este mundo?....

Exceptuando estos dos puntos, Juancito, diminutivo por el cual lo conocían en el cuartel, era una personalidad intachable, de raros méritos y un economista de *primissimo cartello.*

Atestiguaban estas elogiables prendas, mis uniformes, siempre primorosamente cuidados, cepillados con rigor y ostentando botonadura luciente. Parecía ropa recién salida de la sastrería militar.

La espada brillaba al sol como un ascua y Juancito se esmeraba en acariciarla y

bruñirla durante una buena media hora, con polvo de ladrillo y badana, operación que ejecutaba con verdadero amor.

En las épocas de miseria, que á veces solía ser calamitosa, Juancito daba desarrollo amplio á su ciencia económica y jamás tuve que llegar al lamentable caso de suprimir por la escacés del medio circulante, el sabroso matecito de café á la diana cuando estaba de semana, ni nunca me faltó en el bolsillo el atadito de cigarrillos «Fraternidad». — Esto habla muy alto en favor de las virtudes administrativas de Juancito, que con justa razón, era para mí, el fénix de los asistentes.

También era hombre de aceptar y apechugar con cualquiera responsabilidad, de esas que por lo general son á precio de porrazo — y recuerdo una de sus tantas abnegaciones.

Estabamos ya instalados en el cuartel de la Villa de la Unión, y habíamos observado que los días sábados á eso de las once y media ó doce de la noche, pasaban frente al cuartel algunas tropas de carros cargados con verduras y frutas, que se encaminaban hácia la ciudad para tomar buena colocación en las acostumbradas ferias domingueras que se tendían pintorescamente á lo largo de la calle 18 de Julio; los citados carros iban tirados por jamelgos tan

acostumbrados al viaje en cuestión, y se tenían estos tan sabido el camino, que los carreros ataban las riendas al soporte del farol y se echaban á dormir llenos de santa confianza dentro del carro, mientras este seguía su marcha sin tropiezo ni dificultad alguna.

Este «sin cuidado» patriarcal, me tentó una noche (la ocasión hace al ladrón) y llamándo á Juancito, lo aleccioné bien:

— Te subís por detrás del carro, y despacio, poquito á poco vas tanteando donde hay fruta, y conforme la encuentres, tiras al suelo la que puedas, y luego la recojes....

Durante algunas noches tuvimos buena fruta, duraznos, peras, uvas, melones, etc., sin que nos costara más trabajo que el de esperar pacienzudamente el desfile de algún carro y hacer encaramar en este á nuestro baqueano.

Una noche vimos acercarse una chata llena de espléndidas sandías, é inmediatamente trasmitimos el aviso á Juancito. Este no tardó en treparse cautelosamente al carro y comenzó apurado á tirar sandías á la calle.

Le contemplabamos con placer.

Hallábase en mitad de la tarea y disfrutabamos de la perspectiva que ofrecían seis ó siete rollizas encurbitáceas desparramadas y á nuestra disposición, cuando oímos un

sordo gruñido, rumor como de lucha y alcanzamos á divisar un bulto que daba un peligroso salto mortal desde el carro al pavimento, seguido en la rápida trayectoria por un diluvio de enérgicos *¡Archidente! ¡Madonna!* etc., y rematado con un sonoro ¡plaff! que denunciaba golpe en blando....

—No contemos más con Juancito—dije poniéndome triste y dirigiendo una melancólica mirada á las sandías.

—¿Qué te ha pasado?....—le preguntaron otros con interés á esta víctima expiatoria que despues de un instante, se incorporó con dificultad y se nos apareció medio derrengado, pero con una fruta debajo de cada brazo.

—¡Que había de ser, teniente!.... que.... ¡si al diablo se le ocurre!.... estaba agarrando las sándias y tirando pa la calle, cuando tantié una muy grande y pesadota. le metí los dedos por dos caladuras que tenía juntitas y comencé á cinchar.... pero, ¡di ande!.... no aflojaba. Cuando de repente me fijo que había sido la cabeza del tano lo que tenía agarrao y con el apuro.... yo me quise largar al suelo, pero el gringo no me dió tiempo, se recordó bravo como un toro y me fajó un planazo por los matambres con tantas ganas que cuasi se despaleta....! ¡chá, que mano pesada!....

Desde entonces no quise poner más á

prueba la abnegación de Juancito y los chacareros de Maroñas dejaron de ser víctimas de nuestras depredaciones.

Juancito también era hombre de ingenio.

Yo he tenido (advierto que aún puedo hablar en presente de indicativo) la debilidad de ser aficionado entre muchas cosas, á tres especialmente, á saber: al cocktail, á las buenas mozas y á los caballos de mérito (1); Juancito me había observado hacer el cocktail, y en cierto día que nos hallabamos acampados en la Unión cerca de la Plaza de Toros, se me ocurrió invitar á algunos camaradas con un buen gin, pero eran muchos y había que hacer dos ó tres porciones de dicha bebida.

Quise evitarme tanto trabajo, llamé á Juancito y le dije:

—Vas á hacernos el cocktail.... ¿ya sabes, no?....

—Si, señor, pero la cotelera es muy chica para todos....

—Bueno, hacé como te parezca mejor—le dije—la cuestión es que tengamos cocktail—y seguí atendiendo á mis visitas.

Como al cuarto de hora, y cuando ni nos acordábamos de la consabida bebida, lo ví venir á mi asistente montado en una mula

(1) No ofenderse por el entrevero; cualquiera es dueño de tener inclinaciones y afectos por cosas, entre sí distanciadas á kilómetros.



abona de la ambulancia, al trote largo y trayendo una damajuana.

Llegó á la carpa, se bajó de su sudorosa cabalgadura y haciendo respetuosamente la venia, me presentó la damajuana:

—¡Ahí está el cotel, teniente....!

—¿Qué decís?.... le pregunté asombrado.

—Que ahí, en la damajuana está el cotel.... como eran muchos y en la cotelera no cabía, é echao un güevo de avestruz en la damajuana, medio litro de caña y medio de agua, un cuarto de kilo de azúcar y dos vasos de bittera.... y después pa batirlo i hecho trotiar la mula hasta la estación....

Porsupuesto que desde entonces á esta fecha Juan Rodriguez no ha vuelto á hacer un cocktail por mi orden.

Despues he tenido otros asistentes de distintas cataduras, pero ninguno como Juancito; todos ellos serviciales, honrados, habilidosos, verdaderos intendentes—administradores de los bienes de su oficial, en beneficio de cuyos intereses se consagran con encomiable ahinco, defendiendo como leones desde una cebadura de yerba hasta los centavos que pretendiera sisar la planchadora, lo que no obsta para que de cuando en cuando aparezca también algún administrador infiel, capáz de dejar á su administrado poco menos que en el airoso traje que llevaba aquella pareja del Paraiso que

perdió un buen conçhavo por una manzana....

Muchos otros retratos de asistentes al vivo podría presentar, desde el indio Ayala que de puro calavera á penas ponía los pies en el alojamiento de su oficial y que cuando éste lo tenía á tiro, sacaba tres palmos de espada y enderezaba hecho una fiera hácia su servidor, el que paraba el golpe cuadrándose en firme, sin pestañear, pronunciando estas mágicas palabras dichas ligerito y llevando la mano derecha al kepis:

— «Manda decir la señorita Elena....» — lo cual era suficiente para que su iracundo jefe envainara el acero y le interrogara lleno de ansiedad:

—¿Qué dice, ché, que dice la señorita Elena....?—hasta el alegre, chacotón y ocurrente, José Diaz agachándose quebrando el cuerpo para recojer un pucho de cigarro negro al mismo tiempo que le daba la voz de:

—¡Preso por dormir en la vía pública!.... —pero el desfile sería interminable y tememos cansar el tema y la buena voluntad del lector.

Un resucitado

Un resucitado

Solano Fleitas ha sido y aún es el soldado más popular que haya habido en cuartel alguno por sus truhanerías, por sus chuscadas, por ser un escribiente de méritos inapreciables y por los respetables peludos con que solía obsequiar á su traqueteada humanidad cuando se sentía con telarañas en la garganta, y que segun él, sucedía cada veinticuatro horas cortas.

Solano Fleitas era argentino; por más señas entrerriano puro, y en la época á que me refiero, contaría el héroe, de treinta y ocho á cuarenta primaveras con los deterioros consiguientes á tan regular *tranqueo* de años, sin que por ello se notara en su fisonomía sensibles estragos, ni cansancio por la agitada vida que llevaba.

Solano era bastante aindiado, pelo y bi-

gote cerda, de estatura uno y cincuenta, (poco más que la de perro sentado) fornido, de agilidad felina, ojos negros-verdosos é inquietos, manos velludas y una infinidad de secundarios datos de que me permito hacer gracia al que leyere, considerando suficiente retratado al amigo Fleitas con esos cuatro rasgos.

Era oficialmente, el escribiente del 4.º Escuadrón, pero en realidad lo era de todo el Regimiento y todos los oficiales.

Las vísperas de entrega de semana y fin de mes, eran días en que Fleitas hacía su agosto, pues las listas matrices, idem por estatura, estados semanales, etc., que debían presentar cada oficial, eran hechas infaliblemente por aquella pluma habilidosa que no descansaba un solo instante en esos momentos de tropeles, y pasábase las noches en claro, rayando enormes pliegos de papel, llenándolos de apretadas casillas que á renglón seguido eran cubiertas con su preciosa y correcta letra inglesa de perfiles admirables.

Durante esos días, Solano andaba lleno de dinero, porque sus servicios eran remunerados con liberalidad ajustada á las circunstancias económicas de cada bolsillo, y concluidas todas las tareas, solicitaba licencia, que sus favorecedores tenían buen cuidado de conseguirle; *ipso-facto*, Solano hacía

rumbo á la primera borrachería (según designado chileno á la trastienda de almacén de bebidas) que le aconsejaba su leal instinto de bebedor, mandaba formar en batalla tantas copas de caña como listas había rayado y escrito, y «á esta quiero, á esta no quiero» Solano se las daba vuelta una por una sin meterse á averiguar cantidad ni capacidad, ni hablar una palabra y luego enderezaba á su cuartel, por supuesto, trenzado como látigo de cochero con una mona de las más cabezonas é inaguantables.

Por fortuna y corroborando la vieja afirmación que «los borrachos tienen un Dios á parte», jamás le proporcionó á Fleitas consecuencias graves su intemperancia, hasta cierto día, en que parece ser que el referido señor Dios olvidóse de sus protegidos, ó bien se hallaría de mal talante y poco propicio á llevar del brazo á cualquier ebrio majadero.

Ocurrió ese día fatal, que Fleitas, como de costumbre había reducido á caña de veinticinco grados los vintenes honradamente conquistados á fuerza de pluma las dos noches anteriores, y quiso su mala estrella, que aquella vez le pasara lo que á Martín Fierro cuando se lamenta:

" Como nunca en la ocasión
por peliar me dió la tranca"
....



y se trabó en lucha con un carrerito, su compinche en los buenos momentos, resultando de la contienda con un hachazo en la *criolla* y varios chichones y averías de segundo orden.

Conducido que fué al cuartel, se le dió de baja inmediatamente para el Hospital de Caridad, en calidad de preso, siendo recibido en una de las salas destinadas á tropa y asignándole la cama número 24.

Próximo á su lecho tenía, de vecino á un soldado enfermo de pulmonía y que según todos los síntomas, parecía estar preparando el equipaje para el otro mundo — Solano lo miró como diciendo:

—Bueno, amigo; hasta la vuelta... y se puso tranquilamente en manos de las hermanas de caridad y del galeno correspondiente.

Pasados dos ó tres días de asistencia, Fleitas se sintió muy aliviado, la herida casi cicatrizada, y con vivos deseos de abandonar cama y hospital.

Pidió que lo dieran de alta y que lo dejaran ir á su cuartel, teniendo entonces el desconsuelo de saber que estaba en calidad de preso.

Mal resignado quedó Solano, pero no se consideró vencido en su propósito de aspirar el aire fresco y vivificante de la libertad. Aquella misma noche fallecía su colega el de la pulmonía, y después de meditar

el partido que debía adoptar para salir airoso, se resolvió á efectuar una suplantación de persona con ayuda de vecino.

Consultó con un camarada convaleciente, y como nunca falta quien se preste para una travesura, encontró la ayuda requerida, y en un descuido de enfermeros el difunto pasó á la cama número 24 y Solano ocupó la recien desalojada.

A los pocos momentos se pasó revista de enfermos y hallóse muerto al número 24.

Se dió aviso á la administración del Hospital, consultóse el libro de entradas y se vió que el número 24, correspondía á Solano Fleitas, soldado del Regimiento de Artillería...

En el acto se notició por teléfono la muerte de este soldado á su Jefe, y á poco se corrió la voz por todo el cuartel, cuya noticia levantó un coro de lamentos entre tropa y oficiales.

—¡Pobre Solano! *¡quién había de decir!...* exclamaba un milico amigo.

—La última vez que lo vide andaba medio quemao de una tacuara regularona y me convidó pa dír á un baile de la orilla .. ¡si pensaría estirar las patas tan fiero! .. decía otro.

—Vea amigo lo qu' es la vida!... —reflecionaba sentenciosamente un tercero —hace tres días nomas que andaba morfando (1)

(1) Comiendo. (Argot de tropa).



rancho como si juera á vivir cien años, y ahí lo tiene aura con los güesos duros y mirando p'arriba...

El duelo por la muerte de Solano Fleitas se hizo extenso, y no hubo tampoco oficial alguno del Regimiento que no lamentara profundamente el suceso, pues á parte del indudable afecto que había por Solano, se perdía con él, á un colaborador de mérito.

Finalmente, como sucede con todas las cosas de este ingrato mundo, al poco tiempo ya nadie se acordaba de Solano Fleitas dándosele por archi-almorzado en fraternal banquete de gusanos.

Imagínese, pues, la sorpresa que causaría la noticia que una buena tarde como á la oración, llevó el sargento de guardia, pálido como un muerto, con el pelo erizado y los ojos saliéndoseles de las orbitas, al oficial de servicio:

—¡Alferez!... ahí está... el... soldado Fle...i...tas!...

—¿Que dice?...

—Que ahí... está... Fle...i...tas; ha resucitao... yo no... sé... pero es el... mismo—decía balbuciente el sargento.

—¡Oh! no embrome sargento!... Vd. está viendo visiones...—y diciendo salió á ver al aparecido... y efectivamente, con admiración imposible de describir se halló de manos á boca con el *difunto* Fleitas; era el

mismo, no se podía dudar; traía su misma cara bronceada, sus mismos bigotes cerdosos sus mismas manos velludas y hasta la misma mona acostumbrada que lo llevaba en ancas al cuartel...

—Pero... y vos no te habías muerto?...

—¡Diande! mi alferez...—y con la lengua medio estropajosa explicó mal que mal el *truc* del hospital, y como después de estar sano fué dado de alta, y que cansado ya de haber paseado cuatro días venía á presentarse á su compañía...

Hubo el consiguiente alboroto en el cuartel, jarana y risas por la hazaña, y á pesar de ser buen candidato al cepo nuestro conocido Solano, fué amparado por generosa amnistía, y este cuento verídico de su resurrección rodó, rodó por el cuartel, hasta que en mal hilvanados renglones lo recogí sobre estas cuartillas, inmaculadas, inocentes de pecado.

Solano Fleitas, es un nostálgico del cuartel, fuera de ese ambiente moriría deveras.

Varias veces ha tenido la baja, pero nunca se ha resuelto á usarla, y hoy sigue en el Batallón de Cazadores N.º 2, como siempre, rayando estados semanales, listas matrices y por estatura, cosechando vintenes y gineteándose periódicamente la mona de su mejor andar.

Los Quita-pesares

Los quita-pesares

A favor de la excelente armonía, sin hache, que había entre la corporación de oficiales del viejo Regimiento, reinaba de continuo un ambiente de buen humor y sprit inalterable, llevando la vanguardia en este estado de cosas, un selecto grupo de *causeurs* representado por el capitán Cazenave, teniente Simone García. alfereces Eustaquio Fernandez (el indio), Salcedo, Abella y otros más.

No se crea que en este «otros más» pretendo involucrarme modestamente, pues en la fecha á que quiero referirme, el que suscribe militaba tranquilamente en las filas de tropa y tomaba parte activa en los grandes manteos, que encabezados por Juan Cruces y Santos, se celebraban en el alojamiento especial de los distinguidos cuando

algún incanto llegaba flamante voluntario de la carrera de las armas, y se le hacía jurar la bandera con todo el aparato que requiere su interesante argumento, como dicen los avisos de zarzuelas nuevas, por el gran maestro de ceremonias vestido de uniforme estrafalario é indicador del momento oportuno para descerrajar sobre la víctima el primer almohadazo y los subsiguientes que eran abundantes, aunque de desgraciadas consecuencias, pues que, por lo general, los feroces tiradores amanecían en las baterías, montados sobre los viejos cañones Kreinner ó al raso sobre la pared de la gran pileta del fondo de la plaza de armas.

Y, adelante con los faroles.

Las contrariedades que podían acarrear los sinsabores del servicio, las intolerables noches de guardia en riguroso invierno, la frecuente visita al cuarto de banderas y los continuos «guarde arresto en su alojamiento» que por aquel entónces era pan de cada día, tenían su buen contrapeso en aquella corriente alegre que jamás mermaba, y que era sostenida porfiadamente, con intereses de competidores entre aquel grupo victorio del *spleen*.

Pareceme oírlo al travieso y chistoso teniente García, darle el pésame á alguno de los confinados en banderas, aconsejarle el

dulce placer de la venganza y rematar cómicamente el exordio con cualquier *parrafeada* en fabla macarrónica que poco ni mucho tendría que ver con el preso ni con el nuncio, pero que allí iva, por el estilo... «*y sacando el pistolete que á la sazón llevaba oculto debajo del talabarte, descerrajóle sobre el hercúleo pecho de su contrincante, dejándole frío y exámine sobre el marmóreo pavimento....*» recitado de corrido, ligerito y con gran juego de erres y estrangulamiento de jotas.... con todo lo cual, si bien el preso no conquistaba su libertad, ni sacaba nada mejor en limpio, le quedaba el consuelo de haberse reído cinco minutos.

Y el indio Fernandez, cantándole al alferez José de los Santos versos epigramáticos, dignos del estro del cura Bibolini, á propósito de sus piernas que por lo torcidas le valieron á su dueño en el cuartel el apodo de 90, y que no solo podía pasar entre ellas un par de perros peleando, sinó también un coupé de dos asientos, y Dios me perdone esta murmuración, que lo que es por parte de de los Santos tengo asegurada la absolución apoyado en la sincera y generosa amistad que siempre me ha profesado este viejo compañero.

También si la amistad no sirviera, ni siquiera para estas indiscreciones, no sé para que podría servir...

Abella era otro de los ocurrentes más agradables y oportunos, á cuyo lado pasaban las horas volando, en pleno regocijo de espíritu.

Entre varias de sus ocurrencias, la que se asoma á la punta de la pluma, es una de que hizo víctima al malogrado teniente Victor Lozano Muñoz, muerto por la explosión de una granada en momentos que la cargaba, en el año 1886, y hallándose en la acción del Quebracho.

Muñoz, no era muy baqueano para estas cosas de pluma, como él decía, y teniendo que ofrecer un ramo de flores cierto día, ignoro á quien, pero que era con motivo de un cumpleaños, recurrió á la ciencia del alferez Abella que disfrutaba fama de ser uno de los más bachilleres, y rogó le redactara la esquela de remisión.

Abella que estaba de humor ese día, le pidió una de sus tarjetas de visita, que decía:

VICTOR LOZANO MUÑOZ
Oficial de Artillería

La observó un rato, y luego encarándose con Muñoz, le dijo muy seriamente:

—Si quieres, te hago la tarjeta en verso... es lo que se usa ahora...

—¡Eso es, hermano!... ¡eso es!... metele en verso nomas...! — contestó su camarada entusiasmado.

Y sobre el *pucho*, al decir del paisano, Abella encabezó la tarjeta con dos únicos versos y se la presentó muy grave al obsequiante del ramo, quien, (Muñoz, no el ramo) no cabía en sí de admiración ante la portentosa inspiración del vate marciano que tenía frente á sus ojos.

Ni era tampoco para menos: con solo dos versos y la inscripción natural de la tarjeta, había salido una redondilla más esbelta que una palmera (*pardon*) y expresiva que más no se podía pedir.

Ella decía, y juzguese:

Salud y felicidad
le desea en este día
Victor Lozano Muñoz
Oficial de Artillería.

Pronto circuló el cuarteto de boca en boca con los comentarios chacotones presumibles, y se díce que desde esa fecha, nunca volvió Muñoz á pedir ayuda agena para salir de sus compromisos sociales.

Del cachaciento Miguel Salcedo y del nervioso y alegre capitán Cazenave circulan infinidad de humoradas á cual más interesante, lo mismo que del capitán Brown, hoy convertido en diplomático de esperanzas para el país, y resultarían escasas cien páginas más si pretendiera hacer un detalle siquiera aproximado del *sprit* que se ha derrochado generosamente entre aquellos

cuatro paredones que prestaban abrigo al Regimiento 1º de Artillería de Campaña. Suprimo, pues, relatos de tal índole que á la larga, también vendría á gastar el tema y la paciencia del esforzado lector.

Como un simple recuerdo de aquellas felices épocas, que tanto me place evòcar he perpetrado este artículo, dejando consignados los nombres de algunos compañeros de armas, como homenaje de mi invariable y vieja amistad.

Unica aspiración que me ha movido á cometer los renglones en cuestión.

Conste.

Nota Trágica



El Capitan General Don MÁXIMO SANTOS, ex-presidente de la República O. del Uruguay.

Retrato tomado á los doce días de haber sido herido por el alferez Gregorio Ortiz, en la noche del 17 de Agosto de 1886, á la entrada del teatro *Cibils*.

Nota Trágica

Después de tanta prosa ligera y con pretensiones de chistosa, mal cierra la série un punto final sangriento, pero como el hecho que paso á recordar está algo ligado con la historia del entónces Regimiento 1° de Artillería por haber sido parte espectadora y actora en el trágico suceso un destacamento del expresado cuerpo, me he decidido á relatar en breves renglones, lo que bien podría llamarse el desenlace inicial comprendido dentro del atentado del alferez Gregorio Ortiz, y el final de la vida del General don Máximo Santos, personalidad que ha cruzado la esfera política del país como un meteoro, deslumbrando á su paso y arrollándolo todo con ruidoso empuje, para yacer más tarde en la fría obscuridad, en el silencio y en el olvido.—

Y al grano, pues mi pretensión está muy distante de juzgar á tan complicado personaje, ni mucho menos internarme en el dificilísimo laberinto de la historia política.

Por aquella época, y aún hasta hace pocos años acostumbraba el Estado Mayor General del Ejército pòner á disposición de la Gefatura Política de la Capital las fuerzas del cuerpo de la guarnición que estuviera de *reten* con el objeto de que prestaran servicio en los teatros donde hubiese función, ayudando á la policía y aun á los bomberos en caso necesario. — Felizmente, esta ridícula custumbre ya está definitivamente abolida, y el soldado ya no hace ni de polizonte de ocasión, ni de bombero en seco, exhibiéndose al propio tiempo en los teatros, como número del programa.

La noche del 17 de Agosto de 1886, se hallaba de reten el Regimiento 1° de Artillería y en cumplimiento de la órden General del día, á eso de las siete de la noche, se formó el cuerpo en la plaza de armas del cuartel, el Ayudante dividió las fuerzas que debían ir á cada teatro y poniéndolas á órdenes de sus respectivos oficiales, marcharon á su destino.

La tropa que iba al teatro Cibils, era compuesta de unos diez y ocho hombres, al mando del alferez Ricardo J. Martinez— (quien hace años ha dejado de pertenecer

al Regimiento, y hasta creo que tambien al ejército). — Una vez que llegó al teatro puso la tropa á órdenes del comisario de servicio y cada uno fué á su puesto.

Aquella noche estaba llamada á hacer época en la temporada artística del año, pues tenía lugar el beneficio de la popular y aplaudida diva Eva Tetrazzini y la opera anunciada era la bella partitura de Ponchielli «La Gioconda».

Se decía, que esa noche el General Santos llevaba un espléndido regalo para la artista.

La sala de Cibils estaba brillante como un ascua y de bote en bote, presentando un mágico golpe de vista que convidaba á engolfar el pensamiento en aquel mar de alegría, de vida y de luz, bien ageno á la tragedia inmediata.

En la puerta del teatro quedaba ya muy poco público, notándose la presencia de un soldado del regimiento y de un cabo del mismo, llamado Arturo N. Gard.

Eran las 8.25 cuando se sintió el rodar de un coche arrastrado por soberbios puros, y entre los pocos concurrentes que había en el *foyer* del teatro Cibils se pasó rápidamente la palabra: « ahí está el coche del Presidente ».

Efectivamente, era el coche del General Santos, y en el pescante, en vez de lacayo

venía sentado un sargento de órdenes, negro, grandote, muy feo y *getón*, armado de pistola y sable de caballería.

El General Santos estaba acompañado tan solo de dos de sus hijas, señoritas Teresa (hoy esposa del doctor Bosch) y María; conforme se paró el coche frente á la puerta central del teatro, el General adelantó su busto arrogante, echó pié á tierra y dió un paso en la vereda en momentos que cambiaba un saludo con el senador don Tulio Freyre.

En ese mismo instante se oyó una detonación y se vió vacilar al General Santos á tal punto, que á no haber sido por el soldado que se hallaba en la puerta y que corrió á sostenerlo, hubiera caído en la vereda.

Describir la confusión que se produjo, sería tarea vana; nadie atinaba á una medida.—El General Santos, con el rostro bañado en sangre, pero dueño de si mismo ya, y con toda entereza, dió órden para ser conducido nuevamente á su casa, y en tanto el criminal á favor del tumulto *in crescendo*, se dió á una precipitada fuga por Ituzaingó hácia Piedras creyendo segura su salvación, pues el sargento de órdenes del general, al darse cuenta del hecho, se tiró al suelo desde el pescante del coche, pero con tan mala fortuna que cayó enredado en el sable, y

á no haber sido por el cabo Gard, Gregorio Ortiz hubiera podido escapar, pues se decía que tenía caballos listos para la huida.

Ortiz, creyó sin duda que con la caída del ordenanza, ya no tenía perseguidor, pero se engañó, pues en el acto se puso en su persecucion aquel cabo Gard de que hago mención, corriéndolo machete en mano.

Cuando Ortiz se dió cuenta de esto, iba por Piedras en dirección á Treinta y Tres y á mitad de la cuadra se dió vuelta y le hizo un disparo de rewolver á Gard quien se hechó á tierra, para hacer creer al fugitivo que había dado en el blanco, pero enseguida se levantó y continuó su persecución con más bríos hasta que al doblar Ortiz por Treinta y Tres y viéndose perdido, acorralado, pues Gard lo iba alcanzando y á más se había incorporado á la persecución, un guardia civil, dió vuelta el rewolver desesperadamente y se disparó un tiro en la sien derecha, cayendo muerto en el acto.

Cuando todo estaba consumado, llegó el ordenanza del general que por fin había conseguido desenredarse del sable y cometió la hazaña de sacar su pistola y disparar los dos tiros sobre el cadáver del alferez Ortiz.

Nunca se ha podido penetrar definitiva-



GREGORIO S. ORTIZ, autor del atentado contra el Capitan General y Presidente de la República, Don Máximo Santos, en la noche del 17 de Agosto de 1886, á la entrada del teatro *Cibils*.

Fotografía tomada al día siguiente del suicidio de Ortiz.

mente el misterio de este atentado; nunca se ha sabido si Ortiz lo cometió obedeciendo á una venganza personal ó á un extravio pasionista, como el que armó el brazo del matador del infortunado presidente Idiarte Borda.

Luego que el General Santos estuvo aliviado, hizo una visita á nuestro Regimiento con el expreso objeto de conocer al cabo Gard y al soldado que lo sostuvo al recibir el balazo de Ortiz.

Al cabo Gard le obsequió con cien pesos oro y á más ordenó fuera ascendido á Sargento 1°, cosa que se efectuó el mismo día y al soldado le hizo un regalo de dinero.

A los pocos días tambien, se leyó en la Orden General, el ascenso del alferez Ricardo J. Martinez á Teniente 2°.

A partir de la fecha del atentado, la estrella del general Santos empezó á eclipsarse visiblemente.

Se produjo su gira á Europa en busca de salud y después de un gran viaje volvió á bordo del «Matteo Bruzzo» siendo rechazado del país por el decreto de destierro, decreto que reforzó el general Tajes, entónces presidente de la república, con el desarme y disolución del famoso Batallón 5° de Cazadores, acto que realizó nuestro regimiento. — Enseguida el general

Santos se radicó en Buenos Aires y al poco tiempo, viajando en un tren, el teniente Luis Cámpora, de filiación política blanco, y expulsado hácia tiempo de nuestro regimiento por conspirador, le dió una bofetada.

Tambien estuvo el general Santos embarcado en empresas comerciales que fracasaron y en el mes de Mayo de 1889, la muerte sorprendió á este famoso gobernante, lastimosamente olvidado de sus amigos, de los cuales solo uno le acompañó en el destierro y hasta el último momento.

Despues de fallecido se revocó el decreto de destierro y sus restos fueron embarcados con destino á Montevideo, y en su magnífico palacio de mármol de la calle Cuareim esquina 18 de Julio, estuvo su cadáver cuatro días de cuerpo presente, vestido con un soberbio uniforme de Capitan General.

Desde el primer momento formé parte de la guardia de honor de oficiales, (yo era alferez recien ascendido en fecha 14 de Febrero de ese año) conjuntamente con el teniente Mir y alfereces Barú, Montero y algunos otros que no recuerdo y pude enterarme de una burla sangrienta intentada anónimamente y que consistía en un retrato del cadáver de Gregorio Ortiz, que bajo el disfráz de una cubierta de pésame se

pretendió hacer llegar á manos de la señora viuda del general Santos, pero felizmente, el general Belen receptor de toda la correspondencia análoga se encargó de interceptar.

Al cuarto día, fué enterrado en el cementerio Central el benemérito de la pátria, gran ciudadano y Capitan General don Máximo Santos, con todos los honores correspondientes á su alto rango.

Después que terminó la ceremonia, que se apagó el estruendo de la fusilería, que cesó de tronar el cañon y las bandas lisas abandonaron el acorde solemne y magestuoso de las marchas regulares, para batir las marchas granaderas, arrolladoras y entusiastas, no quedaba de aquel hombre temible y estraño más que un montón de despojos, honrados por los homenajes militares póstumos y regados por las lágrimas de sus deudos más próximos.

¡Sic transit gloria...!

INDICE

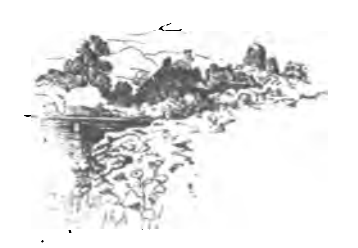


LA ESTANCIA DE SANTA ROSA

Mme L. BECK-BERNARD

La Estancia de Santa Rosa

Novela de Costumbres Argentinas



BUENOS AIRES

BIBLIOTECA SELECTA AMERICANA
Calle Demaria 4468

1914

AL LECTOR



El presente libro reune los encantos de las obras de ficción, al interés intenso y provechoso de los escritos que nos recuerdan momentos pasados, pero inolvidables, de nuestra historia social y política y son como documentos vivos de lo que hicieron, pensaron, sintieron y sufrieron nuestros antepasados y de cómo prepararon el actual estado de cosas.

¿Es ésta, pues, una novela? ¿Es un documento histórico?

El discreto lector lo dirá después de recorrer sus páginas.

No es nuestro ánimo hacer un juicio crítico de la obra, pero sí diremos que las escenas de la vida argentina que aquí se describen reflejan impresiones, perfectamente definidas, del ambiente social de la época.

El relato de la conmovedora leyenda que constituye el fondo del argumento reune tantas circunstancias de verosimilitud y de vida palpitante, que bien podría ser el reflejo de alguno de esos dramas sombríos y pasionales que se desarrollaban otrora en el escenario incomparable de las pampas argentinas.

La novela se refiere á uno de los períodos más culminantes de la historia argentina: al comprendido entre los años 1860 y 1870, es decir, á aquellos en que se inició la actual organización de la República Argentina, recién salida de las grandes convulsiones producidas por el derrocamiento de Rosas y por las luchas entre Buenos Aires y las Provincias, encarnadas en dos hombres geniales: Mitre y Urquiza.

Aquí se verá cómo se desarrollaba entonces la vida íntima en nuestras campañas; aquí se sentirá cómo las

grandes luchas políticas repercutían en la vida retirada de los hogares.

Creemos, también, que agradará recordar añejas costumbres criollas que van desapareciendo ante el cosmopolitismo invasor, y que nuestra sociedad actual gustará recordar las costumbres patriarcales de nuestros abuelos.

Y ahora, — refiriéndonos á nuestra Bibloteca, — ¿podemos esperar que nos seguirá asistiendo el favor del público en esta nuestra tentativa de publicar las obras de autores nacionales, americanos ó extranjeros que representen lo más interesante de lo que se ha escrito, ó que se escriba, en nuestro continente ó acerca de él?

Así lo esperamos. Por de pronto, nos dá ánimo este antecedente: que nunca, entre nosotros, ha caído en el vacío una iniciativa verdaderamente inspirada en un ideal de progreso y de ilustración sana y elevada.

Y esta nuestra iniciativa no tiene otro ideal.

Los Editores.

LA ESTANCIA DE SANTA ROSA



I

Vivía, algunos años ha, en Londres, un inglés llamado sir Henry Williams, que permaneció célibe, para poder dedicarse á la vida de estudios y de viajes que amaba. Era bueno, original, instruído y poseía esa salud de hierro que es ingénita en los hijos de la rubia Albión.

Después de haber recorrido la Europa en todas direcciones, deseó visitar el Oriente, y comenzó por Egipto, donde tuvo decepciones. En el Cairo se le aconsejó arreglarse con un

drogmann, por ser la manera más segura y más cómoda, según se le decía, de viajar por aquellos parajes. Entendióse, pues, sir Henry, con un personaje, el cual, mediante una formidable suma de guineas, se encargó de hacerle viajar durante un año por todo el Oriente.

Varios camellos cargados de toda clase de mercaderías y una regia escolta de árabes mandados por un *scheik,* se pusieron á las órdenes de sir Henry. Un cocinero italiano, un marmitón alemán, domésticos ingleses y franceses, unos *mokres* árabes, completaban la caravana. Hacíase alto dos veces al día. Se descargaba de los camellos todo lo necesario para establecer el campamento: y al apearse sir Henry se encontraba, como por ensalmo, con una tienda, cuyos diversos compartimentos eran: un saloncito, una alcoba y un gabinete de *toilette,* adornados con tapices, almohadones y cortinados, con sus correspondientes mesas, sillas de brazos y divanes. Los hornillos para la cocina y las provisiones de todo género, transportados por los camellos, se desempaquetaban en el desierto y

un *maitre d'hotel*, con su servilleta bajo el brazo, invitaba gravemente á sir Henry á desayunos y almuerzos servidos con todas las formas del ceremonial debido. Al cabo de unos días de esta vida, comenzó nuestro viajero á envidiar profunda y sinceramente á los árabes de su escolta, cuya pitanza consistía en galletas de maíz mal amasadas y cocidas en hoyos excavados en la arena. En Egipto, sir Henry hizo, sobre la pata de la esfinge, un desayuno de "terrine de foie gras" y vino champagne, que absorbió con el sentimiento de quedar debiendo excusas á los manes de todos los Ramses y de todos los Tolomeos habidos y por haber.

Tebas, Balbec, Palmira, donde siempre se sintió molestado por el mismo *confort*, perdieron á sus ojos todo el encanto de las ruinas, toda la poesía de los grandes recuerdos. Sir Henry volvió á su hogar profundamente persuadido de que, para viajar agradablemente, es menester confundirse por completo con el color local del país mismo, y renunciar á toda tradición extraña.

Comunicó un día sus pesares y sus decepciones á uno de sus amigos, teniente de fragata de la marina real.

—Yo conozco un país — le contestó éste — en el cual no le fastiadará á usted el exceso de *confort*, y en el que hallará la vida primitiva con todas sus privaciones y todos sus peligros, pero también con toda su grandeza melancólica y su poesía salvaje. Parta usted para el Brasil, costee la América hasta la embocadura del Río de la Plata; remonte este río inmenso un centenar de leguas, é intérnese por las Pampas, sin límites, que se extienden al Noroeste, hasta los pies de las Cordilleras. Garantízole que hallará usted, en cuanto á la vida primitiva y salvaje, todo lo que pueda desear.

Días después de esta conversación, sir Henry partía "solo", por ser su *valet de chambre* un personaje delicado que necesitaba mucho más *confort* que su amo. Sir Henry, no obstante su gran deseo de llegar, quiso disfrutar de las estaciones de la ruta. Volvió á ver Lisboa, la entrada majestuosa del Tajo, las almenas del castillo morisco de Belem, verdadera página

de poesía árabe que se alza entre el azul del cielo y el azul de las olas. En Tenerife, el tiempo magnífico le permitió ver desde la base á la cima, una de las más majestuosas montañas del mundo, con la frente entre nieves y los pies en un verdor admirable. San Vicente y sus picos abruptos pareciéronle una escoria de color rojo incandescente lanzada por un volcán al seno de un mar de esmeralda. Vió los esplendores admirables de la Bahía de Río, y, por fin, después de 33 días de navegación, se encontró en la desembocadura de un río inmenso, ancho cerca de cien leguas. Visitó Montevideo, de aire oriental, como la República de la que es capital; luego, surcando el río hasta donde tiene aún 40 leguas de ancho, el vapor que llevaba á sir Henry entró en el puerto de Buenos Aires. Esta hermosa y grande ciudad pareció á nuestro viajero demasiado europea. Sus teatros, sus suntuosos edificios, el lujo de los tocados, de los carruajes, los palacios italianos de las avenidas, las espléndidas "villas" de las afueras de la ciudad, todo le recordaba aquéllo que ya ha-

bía visto en otras partes. Nada admiró, excepto la belleza poco común de las damas porteñas.

Las personas á quienes había sido dirigido sir Henry aconsejáronle, para satisfacer mejor sus gustos de aventuras, que no remontara el río sobre los grandes *steamers* del Paraguay, sino que eligiera las goletas genovesas que hacen la navegación del río. Embarcóse, pues, en el pequeño barco á velas, la *Joven Baldomera*, capitán don Gaetano Peretti. Halló una tripulación compuesta de esos bravos marinos italianos que dejan su hermosa patria para ir á ganarse, al cabo de diez ó quince años de ruda labor en el continente americano, el derecho de descansar en su vejez: gente excelente, alegres como niños, sobrios, honrados, valientes, y que se conquistan fácilmente con una palabra benévola ó con una muestra de simpatía.

La *Joven Baldomera*, hermosa goleta recién pintada, limpia y coqueta, balanceábase graciosamente sobre sus anclas. Estaba en la rada exterior cuando sir Henry se embarcó hacia las tres postmeridianas. Don Gaetano le

recibió sobre el puente é instaló su exiguo equipaje en la única cabina del navío. Había cerca del palo mayor una pequeña cocina en la que se freía, en una cacerola de acero, muy aseada, la carbonada criolla, mezcla de carne de vaca y de carnero, aderezada con arroz, tomates y especias. Cuartos de carne se oreaban suspendidos en la proa. Por el lado de popa, en una especie de armario, don Gaetano mostró á sir Henry unas damajuanas de vino carlón, naranjas, pastas alimenticias de Génova, pasas y nueces de Mendoza, sabrosas legumbres y manzanas de Montevideo, ajíes rojos como el coral, tomates, aceitunas, y esas miles pequeñas hierbas odoríferas que aromatizan la cocina de las gentes del mediodía. El tiempo era perfectamente tranquilo. El Río de la Plata, inmenso como el mar, confundía sus líneas con las del horizonte. Don Gaetano esperaba el viento, que en esos parajes suele soplar por lo común hacia la tarde, para levantar anclas y tratar de llegar á una de las cuatro embocaduras del Paraná. A eso de las cinco, levantóse, en efecto, la brisa,

pero con una violencia tal, que el capitán juzgó prudente no partir. El río, trabajado por un viento suroeste, hinchábase en olas enormes que se estrellaban con furia contra las costas cuyos contornos distinguíanse apenas en el horizonte. La goleta bailaba sobre sus anclas y parecía, en medio de la tormenta, como una hoja de árbol hecha juguete del huracán; pero, con sus mástiles calados, sus velas arriadas, su capitán con el ojo en la brújula y sus marineros listos para la maniobra, la *Joven Baldomera* estaba lejos de hacer un papel desairado. Sin embargo, el huracán no aflojaba. Aun cuando el sol no se había puesto todavía, espesas tinieblas envolvían el vasto estuario; un solo punto permanecía claro en el cielo y difundía una luz pálida que permitía ver los objetos como al través de un velo gris. Las nubes semejaban inmensos bloques profundamente agrietados de cuyas hendiduras salieran imponentes llamas. El silbido del viento, el ruido incesante del trueno, el choque sordo de las olas, formaban una de esas armonías salvajes y grandiosas que únicamente

la naturaleza sabe componer. De vez en cuando se distinguían entre el oleaje y el cielo algunos puntos blancos que se balanceaban y que tan pronto se les veía en alto como se ocultaban á la vista del observador: eran pequeñas embarcaciones sorprendidas por el huracán que intentaban, como pobres avecillas espantadas, ganar el puerto ó refugiarse en alguna ensenada entre las islas. El capitán Peretti las señaló con el dedo á sir Henry.

—Con semejante tiempo, dijo, y con viento suroeste, la vecindad de la costa es peligrosa; es preferible quedar al largo. Tenemos tres buenas anclas, y, aunque bailemos un poco, no creo que corramos el menor peligro.

De repente se apaciguó el viento por algunos segundos, las olas se movían sin levantarse, agitándose bajo una presión invisible, un relámpago tan ancho como el río iluminó todo el contorno con una luz azulada, unos estallidos espantosos se hicieron oir, y el rayo, semejante á cascadas de fuego precipitadas desde la bóveda del cielo, cayó sobre cinco ó seis puntos á la vez. Casi en el mismo instante, un

fortísimo viento barrió las nubes y las llevó lejos, con una especie de furia; el azul del firmamento volvió á aparecer puro y brillante, y sin que hubiese arco iris, el horizonte, las islas, la goleta, aparecieron como bañados en los colores del prisma. Este mágico cambio repentino, fenómeno que no es nada raro en tales parajes, asombró á sir Henry.

Una hora después, la *Joven Baldomera* levaba anclas y á todo trapo se deslizaba gallardamente sobre las olas apaciguadas. Por la noche se sosegó el viento y se detuvieron cerca de una isla, en la embocadura del Paraná de las Palmas. La luna salió despejada, transformando el inmenso río en un espejo plateado, en el que los esplendores del firmamento se reflejaban con deleitable brillo. La atmósfera era tan límpida que se distinguían á lo lejos los menores objetos. La isla cerca de la cual hallábase detenida la goleta, presentaba un aspecto de un encanto extraño. La crubaza un pequeño arroyo, cuyas aguas tranquilas desaparecían de trecho en trecho bajo unas bóveda de lianas y de flores. Sauces,

mangles, azaleas, inmensos cactus, bambús, naranjos silvestres, diseminados por grupos ó reunidos en frondosas arboledas, disminuían con su sombra la claridad que inundaba la isla. Acá y acullá, un rayo de luna, penetrando por entre el follaje, daba un resplandor misterioso á algunas plantas de flores purpúreas ó violetas, que la brisa agitaba dulcemente. Los marineros, envueltos en sus mantas, dormían sobre el puente del barco. Sir Henry bajó al bote acompañado por el capitán don Gaetano y comenzaron á orillar las costas encantadoras de las pequeñas islas. El silencio era solemne: solo se oía á lo lejos el eco del rumor cadencioso de los remos cortando el agua tranquila. Sir Henry, muy apasionado por las flores, vió algunos ejemplares magníficos y acercando el bote á la tierra, aprestábase á hacer amplia cosecha.

—¿Tiene usted su revólver? preguntóle Gaetano.

—Sí, pero, ¿á qué viene la pregunta? ¿Teme usted á los piratas costeros? dijo sonriendo sir Henry.

—Eso no, pero sí á los jaguares.

Por la noche, en tiempos claros como éste, acechan en las matas los grandes dorados del Paraná que la luz atrae á flor de agua ó que vienen á depositar sus huevos en las hierbas flotantes de la orilla.

Aun no había concluído de hablar don Gaetano cuando un enorme cuerpo negro, pasando como una sombra por encima de sus cabezas, dió al bote tan fuerte sacudida que lo hizo peligrar, sumergiéndose luego en la onda á pocos pasos de allí.

—¡Tire! gritó Gaetano.

Sir Henry apuntó con destreza y sangre fría. En el mismo momento, un ruido ronco y estridente se hizo oir. El animal, herido en el pulmón, teñía el agua alrededor suyo y se revolvía con las convulsiones de la agonía. Veíase sobrenadar ya su ancho pecho blanco, ya su magnífico pelaje amarillo picado de manchas negras. Sus ojos, que habían brillado como ascuas, se apagaron poco á poco.

—¡Pronto, pronto! Tratemos de mantenerlo á flote antes que se hunda, dijo Gaetano, y echando mano á un lazo, lo arrojó, con la maestría de un

gaucho, al jaguar agonizante; luego, acercando la embarcación á la orilla, la amarró y saltó á tierra con la punta del lazo en la mano.

—Dos hombres no bastarían, dijo, para levantar este enorme animal: nuestro bote habría zozobrado por la magnitud de sus esfuerzos; vamos á sacarlo á tierra y mañana, antes de que salga el sol, enviaré á algunos de mis marineros para quitarle la piel.

Este incidente, que había turbado por algunos instantes el silencio y la solemnidad de aquella noche hermosa, encantó al aventurero sir Henry y le pareció que inauguraba felizmente su viaje en un país primitivo. La navegación llevábase á cabo de la manera más agradable. Cuando el viento era favorable, aprovechábanlo para bogar; luego, en las cercanías de alguna isla hermosa, echaban el ancla esperando el momento favorable para hacerse nuevamente á la vela. El viajero no se cansaba de admirar el río inmenso que se deslizaba majestuoso entre sus verdes orillas. Las islas en las cuales hacían etapa, ofrecían á sir Henry el placer del paseo, de la pesca y de

la caza. Tenía afición á las colecciones y al momento el puente de la goleta fué transformado en una especie de museo, donde no se veían más que animales empajados, aves y pajaritos suspendidos con ganchitos, mariposas y escarabajos clavados en el mástil con fuertes alfileres. Don Gaetano tenía orden de embalar cuidadosamento todo el botín y, de regreso á Buenos Aires, enviárselo al cónsul, para que lo remitiera á Inglaterra.

Pasaron, así, quince días. Por fin ancló la goleta frente al Rosario, mercado principal de la Confederación y la ciudad más importante de la provincia de Santa Fe. Allí, sir Henry se despidió de don Gaetano y de la tripulación.

El consul, compatriota suyo, á quien expuso sus ideas de viaje y su deseo de iniciarse en la vida salvaje del campo ó desierto argentino, proporcionóle una carta de recomendación para don Esteban González, de Santa Rosa, cuya hospitalidad había oído ponderar, y que pasaba por uno de los más ricos estancieros del país.



II

La estancia de Santa Rosa, que tenía por amo y señor á don Esteban González, se consideraba, con justa razón, como una de las más hermosas del campo. Construída en tiempo de los virreyes, distinguíase por su solidéz y vastas proporciones. El cuerpo principal del edificio era de ese estilo oriental que los andaluces aprendieron de los moros, el cual trasladaron, sin ninguna alteración, á la provincia de Santa Fe. Las piezas de la casa estaban dispuestas alrededor de un patio, cuyo

centro hallábase ocupado por un aljibe que coronaba un brocal ornado por una arcada morisca de hierro labrado. Una magnífica *veranda* cubierta de parra proporcionaba una sombra fresca y deliciosa á la ancha crujía, sobre la que se abrían las puertas de los departamentos principales. En cada ángulo del patio levantábase una enorme ánfora de barro cocido, llamada *tinajera*, y destinada á refrescar el agua durante los calores estivales. A este primer patio seguía un segundo, luego un tercero. Grupos de naranjos y palmeras, entremezclados con limones y laureles, ocupaban el centro y los costados. En el fondo, en una rinconada, hallábanse las dependencias de la casa, cocina, habitaciones para la servidumbre, etc.

La estancia de Santa Rosa, que se hallaba en despoblado, se construyó en condiciones de poder resistir un ataque. Sus pocas ventanas exteriores estaban defendidas por sólidos barrotes de hierro. Los muros de los patios, muy elevados y gruesos, tenían revestimiento de ladrillos. Sobre la puerta de entrada, una sola pieza, llamada

altillo, tenía la forma de un cubo en albañilería con un mirador ó balcón desde el cual se podía ver muy lejos. El techo llano del altillo formaba terraza. En tiempos de disturbios, emplazábase allí un cañón: no era, á decir verdad, más que un caño viejo de estufa montado sobre dos ruedas de carreta; pero esa máquina inofensiva presentaba á lo lejos un aspecto formidable, y su perfil amenazador, que se destacaba sobre el azul inalterable del cielo, había alejado más de una vez á los merodeadores poco amantes de la metralla. Don Esteban, por lo demás, empeñábase en ser hombre precavido. Exponía con orgullo en su aposento unas cuantas viejas carabinas españolas, con culata de ébano, incrustado de plata, que sus antepasados habían llevado de Andalucía; eran, á la verdad, pesadas é incómodas maquinarias, apropiadas, á lo sumo, para la parada. Los peones, que los contemplaban con la repugnancia instintiva de las gentes del país para las armas de fuego, no tenían confianza más que en sus cuchillos y en sus lazos y, con la boleadora en la mano, considerában-

se suficientemente protegidos contra todo ataque de los indígenas.

En el costado norte del segundo patio, elevábase una pequeña capilla dedicada á Santa Rosa á la que un padre misionero franciscano iba un día al mes á decir misa. Era un viejo edificio de ladrillos que el tiempo había bruñido. Un pórtico, entre dos pilares, acababa en un arquitrabe, encima del cual había una hornacina ocupada por una estátua de Santa Rosa de Lima, patrona de la América del Sud. Esta estatua, hecha en el Perú, era de madera, pintada al óleo y recargada de ornamentos dorados. La corona de rosas, flores que no faltan nunca en aquellos hermosos climas, era renovada cada día por las mujeres de la estancia. Por encima de la estatua elevábase una torrecilla de la que pendía una campana, á la que el sol y la lluvia habían dado un hermoso tinte verde-gris.

Al exterior, la estancia estaba rodeada por muchos corrales, en los que se encierran por la noche los animales que hay que cuidar especialmente, como los caballos finos, los bueyes de

tiro, las vacas lecheras con sus terneros. Un corral más pequeño contenía las mulas, desagradables compañeras que es menester dejar solas. Allí cerca, y á la sombra de un gigantesco ombú, veíanse varios pequeños ranchos de adobe y paja, en los que se alojaba el personal numerosísimo de la estancia. Una casita más grande y más hermosa que las demás servía de habitación á Demetrio, el mayordomo ó jefe de la cuadrilla de capataces encargados del cuidado de la hacienda.

Referíanse por aquellos parajes cosas extrañas acerca de la estancia de Santa Rosa; don Esteban habíala heredado de sus tíos, dos ancianos célibes á quienes las agitaciones políticas de los tiempos de Rosas habían forzado á ausentarse y á permanecer unos diez años en la provincia de Corrientes. En cuanto se dispusieron á volver para sus pagos, ambos murieron, uno de apoplegía, y el otro de rápida enfermedad. Don Estéban, que era hijo de una hermana de ellos, fué su único heredero y recordaba haber oído decir á su madre que sus tíos eran riquísimos y poseedores de sumas conside-

rables en oro y plata que enterraron momentos antes de su partida. Una vajilla maciza y alhajas de familia habían sido unidas á la plata acuñada; mas los dos ancianos no habían confiado su secreto á nadie, y lo habían llevado consigo á la tumba. Don Esteban hizo practicar todas las rebuscas imaginables, las cuales resultaron infructuosas.

La leyenda de los tesoros escondidos en Santa Rosa ocupaba á menudo la imaginación de las gentes de la comarca. Más de un puestero había pasado la noche escarbando la tierra en algún rincón solitario, siempre con la esperanza de descubrir las riquezas tan codiciadas, y más de una buena mujer rezaba novenas con la misma intención. Es digno de notarse que la gente pobre nómada, contemplativa y perezosa, estaba toda más ó menos preocupada por la idea de descubrir tesoros, manera cómoda de procurarse las riquezas que los hombres activos é industriosos hallan en los inventos de su genio y en la fuerza de sus brazos. En cuanto á don Esteban, rico por de pronto y en camino de

llegar á serlo cada vez más, había renunciado en absoluto á descubrir la herencia de sus tíos y hasta prohibió á su gente el hablar de ella. Sin embargo acontecía que los jóvenes peones que jugaban á las cartas y no tenían nunca un medio, solían exclamar con frecuencia: "¡Si tuviéramos los tesoros de Santa Rosa!"

Cierto día una mujer indígena llamada Carmen, que formaba parte de la servidumbre de la estancia, oyó esta exclamación y quiso saber lo que significaba. Escuchó en un silencio severo y recogido y luego se golpeó misteriosamente la frente como para hacer entrar en ella el relato que acababa de oir.

He aquí el motivo por el que esta india entrara al servicio de don Esteban. Quince años antes del día á que se refiere esta historia, en una calurosa tarde del verano sudamericano, una gran agitación reinaba en la estancia de Santa Rosa. Doña Isabel Valdivia, mujer de don Esteban González, iba á ser madre. La vieja mulata Eusebia, que había sido nodriza de doña Isabel, acudió para auxiliar á su joven ama

con todos los remedios usuales en el país. Arrancó de cada ángulo del techo de juncos de una vieja construcción cuatro puñados de rastrojo, correspondientes á los cuatro puntos cardinales, y los quemó haciendo la señal de la cruz. Puso en la cabeza de la parturienta un sombrero de uno de los peones de la estancia, bautizado bajo la advocación de San Juan Nepomuceno, procedimiento infalible para alcanzar el amparo de ese santo en la situación crítica en que se encontraba doña Isabel. Eusebia no olvidó nada: desprendiendo de una imagen de San Ramón, en hábitos monacales, el cordón de la orden de San Francisco que ceñía la pequeña estatua, le rodeó al talle de su ama; luego llamó á cuatro negras de las más robustas y las mandó envolver á doña Isabel en una ancha frazada y mecerla fuertemente. Gracias á tan sencillas recetas, y ayudando también un poco la naturaleza, vinieron al mundo dos encantadoras niñitas. Según la costumbre, atravesólas Eusebia las orejas con una aguja enhebrada con un hilo de seda encarnada é introdujo por el orificio un

pequeño zarcillo de oro. Una cuna con pieles de oveja esperaba á las dos niñitas. Antes de depositarlas en ella, se volvió Eusebia hacia doña Isabel y quedó sorprendida de la extraña palidez difundida sobre los hermosos rasgos de la joven madre: no obstante, sin dejar descubrir sus temores, acercóse á ella y preguntóla qué nombres había que poner á las recién nacidas. Doña Isabel se incorporó con fatiga:

—Mercedes y Dolores, dijo con voz apagada.

Siguió aún con la mirada á Eusebia que hacía sobre la frente de las niñas la señal de la cruz con agua bendita y las bautizaba en el nombre de la Santísima Trinidad; luego, totalmente acongojada por aquel esfuerzo, cayó sobre las almohadas. Eusebia se abalanzó á ella y la tomó en sus brazos. La joven señora inclinó la cabeza como se dobla la planta delicada á impulsos del viento, y expiró...

—¡Ha muerto, ha muerto! gritó Eusebia, y dejándose arrebatar por su dolor con la violencia propia de su raza, llenó el aire de gritos desgarradores.



Las cuatro negras, sentadas en el suelo cerca de ella, sollozaban de un modo lastimero.

—Ha muerto, repetía Eusebia, ¡y no hay nodriza para estas criaturas!

En aquel momento se oyó el ruido sordo del galope de varios caballos, que cesó á la puerta de la estancia. Eusebia se puso de pié.

—Es don Esteban, exclamó; reconozco el relincho de *Corazón*.

Casi en el mismo instante un hombre joven aún, de fisonomía noble y severa y que llevaba con aplomo, unido á graciosa elegancia, el traje de los gauchos, entró en la alcoba. De una mirada lo comprendió todo. Se descubrió, se arrodilló cerca del lecho de doña Isabel, besó sus manos heladas, luego, levantándose y mojando sus dedos en el vaso del agua bendita, hizo sobre los despojos de la joven madre la señal de la cruz. Su dolor era muy grande, pero concentrado y lleno de una sombría resignación.

Eusebia no osaba hablarle. Esperó el momento en que don Esteban levantara los ojos, para señalarle con el dedo la pequeña cuna cubierta de blancos lienzos.

—Duermen, dijo.

—¡Dos! exclamó don Esteban, y levantando el cortinado, contempló con ternura recogida las dos cabecitas de cabellos rizados que descansaban sobre la misma almohada.

—¿Bautizadas? preguntó él con voz insegura.

—Sí, señor; Mercedes y Dolores.

—Misericordia y Dolor. Es justamente eso, y volvió á arrodillarse cerca del lecho de doña Isabel.

Las negras la amortajaron de blanco y adornáronla por última vez con camelias y jazmines del Cabo. Al través de los trémulos reflejos de los cirios, la frente joven y tranquila de doña Isabel parecía la de un ángel dormido. Don Esteban seguía con la mirada los fúnebres aprestos. Las pequeñuelas empezaron á llorar.

—Santa María! gritó Eusebia, he ahí esas criaturas que lloran, y no tenemos nodriza.

Don Estéban se golpeó la frente.

—Conozco una, dijo. Voy por ella.

Y apareció instantes después con una mujer indígena de estatúra colosal; era de tinte bronceado, con dien-

tes blanquísimos; sus cabellos caían rígidos como crines, sus manos y sus pies eran pequeños. Sus rasgos habrían sido bastante hermosos, sin la expresión de fijeza dura y salvaje que los desfiguraba. Una manta de lana envolvíala como sayo. Una especie de chal que pendía de su cuello y que formaba saco detrás de la espalda, sostenía á un niño de seis á ocho meses que dormía reclinando la cabeza sobre el hombro de su madre. Otro chico de dos á tres años prendíase á sus ropas. A la entrada del aposento se detuvo. Miró curiosamente la amplia pieza con el piso alfombrado, el cielo raso cruzado por tirantes esculpidos, los viejos sillones de cuero de Córdoba, los cuadros religiosos de la antigua escuela española que adornaban las blancas paredes; luego, cuando sus ojos llegaron á los despojos de doña Isabel, una especie de estupor embotado se difundió sobre sus rasgos.

—Venga Carmen, díjola don Esteban.

La viuda dió algunos pasos y arrodillándose con el respeto que los hijos del desierto tienen á los muertos,

quedó sobrecogida, murmurando en una lengua desconocida algunas palabras breves, guturales, parecidas á lúgubre canto.

Al ponerse en pie, vió á las dos niñitas que Eusebia acababa de levantar de la cuna. Los rasgos duros de Carmen se suavizaron con una cariñosa sonrisa.

—¡Hermosuras de mi alma! exclamó en mal español, ¡qué bonitas son! ¿Podría yo criarlas?

Eusebia puso á las dos pequeñuelas sobre sus rodillas y muy pronto, sosegadas y dormidas, volvió á colocarlas en su pequeño lecho.

Mientras tanto los dos chicos de Carmen, dos encantadores muchachos, consideraban con aire asombrado los objetos que los rodeaban. Don Estéban, absorto en su dolor, no se había fijado en ellos. Eusebia los miraba con esa especie de desdén que los mulatos tienen por los indios. Era buena, sin embargo, y sobreponiéndose á su dolor dejó el aposento en el que dormía el último sueño aquella que había amado cual si hubiese sido hija suya propia é indicó á Carmen por señas

que la siguiera hacia las dependencias de la estancia. Allí instaló á la nodriza en un pequeño rancho; después le proporcionó un cuero de potro, sacó de la cocina un trozo de charque y un tarro de mazamorra. Puso todo delante de Carmen y se apresuró á volver allá donde su corazón la llamaba.

Halló á don Estéban contemplando á las pequeñuelas.

—¡Qué gracia de Dios, señor, dijo Eusebia, es para nosotros esta mujer que nos llega tan á tiempo para alimentar á nuestras nenas!

—Es verdad, Eusebia. Estaba yo en Santa Fe cuando se llevaron allá los prisioneros de guerra y el general Echagüe, que es muy amigo mío, me regaló á esta mujer y sus hijos.

—¡Caramba! señor, qué hermoso obsequio os hizo, aunque, á decir verdad, esta mujer me da miedo.

—No importa, Eusebia, hay que tratarla bien, para que críe de buena gana á las nenas. No parece tener más de veinte años; es fuerte, bien parecida: si se le guardan consideraciones, nos cobrará afecto y no pensará ya en volver al desierto. Es india abipona, y

su marido, á quien mataron en la última guerra, era cacique.

Estos datos no destruyeron las prevenciones intuitivas que inspiraban á Eusebia todos los indios en general y Carmen en particular; pero en el interés de las niñitas de doña Isabel, resolvió violentarse y dominar su aversión á la nodriza.

"El hombre es polvo, y al polvo ha de volver". Estas palabras se cumplieron al día siguiente en doña Isabel. Durante la noche, un peón había ido á encargar un ataúd á Corondá, pequeña población cercana á la estancia, el que se remitió por la mañana. Era de madera de algarrobo, revestido de terciopelo negro y forrado con raso blanco. Depositóse en él el cuerpo de la joven señora, la cual fué devuelta así á la tierra. Sobre la cruz que señalaba su tumba, provisional hasta que tuviera artístico mausoleo, leíanse estas palabras: "Doña Isabel Valdivia de González; diecisiete años. *De Profundis.*

Fiel, Eusebia, á lo que había prometido á don Estéban, demostró alguna benevolencia hacia Carmen. Esta per-

maneció tal como se la había visto desde el principio, soberbia, salvaje, callada, no teniendo más dulzura en la voz ó en la mirada que para las dos niñitas, cuyo rápido crecimiento favorecían los prodigios de la naturaleza en aquellos climas.

González hizo bautizar á Carmen y á sus dos hijos, que eran los más hermosos muchachos que se habían visto jamás. La india parecía haber perdido todo pensamiento de volver al desierto. Aprovechaba, sin embargo, algunas ausencias de don Estéban para desaparecer de la estancia. La primera vez que Eusebia notó su falta al anochecer, envió en su busca á todos los criados de la casa. Los peones se lanzaron al galope en todas direcciones, explorando sobre el terreno los rincones que pudieran servirla de refugio ó escondrijo y volvieron dos días después sin Carmen. En vano se preguntó á José y á Manuel; ni caricias ni amenazas pudieron vencer la impasibilidad de los dos muchachos, quienes ó no sabían nada, ó bien estaban resueltos á callar. A la alborada del tercer día, un capataz que pasaba por delante del

rancho de Carmen, cuya puerta estaba abierta, vió á la india tranquilamente dormida en su estera. Advirtió de ello á Eusebia, la cual interrogó severamente á la nodriza no bien despertó; pero ésta fué impenetrable. Habíase notado que un hermoso y rápido alazán había desaparecido al mismo tiempo que ella. Los vestidos destrozados de la viuda y sus manos lastimadas testimoniaban una carrera á través de las malezas. Todos estos indicios, comentados en su presencia, no le arrancaron ninguna confesión. Poco á poco, viendo que Carmen volvía fielmente á la casa después de esas cortas ausencias, se dejó de recelar de tan singulares paseos.

Don Esteban tenía las costumbres grandes y generosas de los españoles de antigua cepa. Trataba muy bien á la viuda del cacique y á sus muchachos. Envió á estos á la escuela de Corondá, donde aprendieron en poco tiempo todo lo que sabía el maestro—leer, escribir y contar. Cuidadosos y hasta elegantes en el vestir, acompañaban á todas partes á don Esteban, y revelaban ambos, José, sobre todo, un

carácter expansivo y agradable. Carmen, en cambio, estaba siempre triste y altanera; la viuda parecía desaprobar tácitamente la especie de intimidad afectuosa entremezclada de respeto que unía á José y á Manuel á don Estéban, y en cuanto á Eusebia, que nunca había amado excesivamente á los hijos de Carmen, denunciaba con aires desdeñosos y palabras de doble sentido su hostilidad sorda contra la madre. El solo lazo de unión que ligaba bien que mal estos elementos tan opuestos, eran Mercedes y Dolores, á quienes la vieja mulata se había habituado á considerar como seres de una naturaleza superior.

Semejantes á las lianas florecidas que crecían alrededor de los cactus de largas puntas y de las mimosas espinosas, ellas envolvían en una red de gracias afectuosas y de inocentes picardías á Eusebia y á Carmen. Eusebia entregábase completamente al encanto; Carmen, más independiente, manteníase siempre en reserva, recibiendo las caricias sin devolverlas y, en sus días de mal humor, mirando á Mercedes y á Dolores con el aire de un tigre

hembra constreñido á amamantar á dos corderos. Aquellos ímpetus de odio reconcentrado no escapaban al ojo avizor de Eusebia, que se propuso estar alerta. En cuanto á don Esteban se preocupaba poco de estas animosidades femeninas; él sabía que Eusebia, á pesar de su carácter brusco y dominante, tenía una fidelidad y una abnegación á toda prueba. En lo referente al manejo general de la casa, tenía ella, en realidad, una superioridad incontrastable. Cuando los peones iban á la cocina en busca de su ración de carne y de arroz y percibían desde lejos, en el fondo del tercer patio, la alta talla de Eusebia, su rostro bronceado y severo encuadrado en los pliegues del pañuelo rebozo, aceleraban el paso maquinalmente y se abstenían de chancearse, según costumbre, en tono socarrón, con la cocinera Ramona, negra de las más motudas, por su larga cabellera ó la blancura de su cutis. Los dichos alegres y las bromas se interrumpían entonces y nadie se ocupaba de más que de ponerse lo más pronto posible fuera de las miradas de la *intrépida vieja.*

En la vida simple y monótona del

desierto, los días pasaban rápidos como las flechas de los indios. Quince años transcurrieron; Mercedes y Dolores habían llegado á ser las jóvenes más hermosas de la comarca. Habían heredado de su madre los cabellos y los ojos de un negro azabache, los rasgos finos y los dientes nacarinos, y ese tinte de un blanco mate con reflejos dorados peculiar de las andaluzas. También poseían ambas un espíritu dulce y conciliador, una ternura llena de sumisión y de respeto para su padre; en lo que á religión atañe tenían la resignación profunda que el fatalismo musulman parece haber infundido en el genio de las razas españolas. Sus ocupaciones eran las propias de los ricos del país. Siendo niñas habían aprendido de su padre á escribir y á contar. Eusebia las había enseñado, á más de la lectura y del rezo, el arte de tejer con aguja esos hermosos encajes, verdaderas maravillas de habilidad y de paciencia de las mujeres criollas. Eran apasionadas por las flores y los pájaros. En el alféizar de sus ventanas había macetas de barro con toda clase de plantas cultivadas

con gran cuidado; la rosa purpúrea de Banks y el odorífero jazmín de Chile enredábanse alrededor de los pilares de la veranda, de los cuales pendían ramas de árboles cogidas en la floresta, cargadas de fragantes orquídeas. José y Manuel, que conocían sus gustos favoritos, no daban un paseo sin traerles alguna linda planta ó algún nuevo prisionero de brillante plumaje, destinado á la gran jaula de bambú que ellos mismos habían fabricado.

Un día volvieron con dos gacelas de la pampa, de ojos negros ribeteados de largas pestañas, con patas tan finas que parecían casi incapaces de soportar el peso de su cuerpo. Tan preciosos animales fueron substraídos á la madre cuando todavía mamaban. Mercedes y Dolores las alimentaron con pan y leche hasta el día en que pudieron comer hierbas. Los pobres animalitos se aficionaron á ellas; las seguían á todas partes como cachorritos. Cuando las dos hermanas bordaban bajo la veranda, rodeadas de flores, con las gacelas á sus pies, con lianas flotantes encima de su cabeza, habría si-

do difícil para un artista ó para un poeta el soñar un cuadro más conmovedor.

A Mercedes, por haber venido al mundo la primera, llamábanla la *mayor;* era algo más crecida que su hermana. Esta diferencia de talla era la sola que las distinguía, pues en lo demás su parecido era perfecto. Mercedes tenía, también, más iniciativa y resolución; ella dominaba, en realidad, á Dolores, cuya obediencia era instintiva y cordial, tanta era la dulzura y la gracia insinuante que ponía su hermana en apoderarse de su alma y de su pensamiento.

Cuando aparecieron por primera vez en el baile del gobernador de Santa Fe, produjeron gran sensación, aún en aquel país en que la hermosura no es cosa rara. Vestidas de tafetán rosa, con la cabellera adornada con jazmines del Cabo y hermosas perlas que pertenecieron á su madre doña Isabel, estaban encantadoras. Algunos días después, había recibido don Esteban muchas proposiciones de enlace para sus hijas, las cuales rehusó pretextando su extremada juventud;

mas unos ó dos meses después llegaron á la estancia Santa Rosa dos jóvenes hijos de un catalán amigo de don Estéban. Eran, como lo son de ordinario los catalanes, hermosos hombres, de ojos azules y cabellos castaños. Eusebia los declaró *buenos mozos* y don Estéban los trató con marcada consideración. Las dos hermanas parecieron dispensarles escasa atención. Durante su permanencia en la estancia dieron, sin embargo, lugar á una escena bastante significativa para atraer las miradas de Mercedes, más observadora que Dolores.

Cierto día se hallaba don Esteban con sus huéspedes en el segundo patio, hablando de una vuelta que proyectaba dar hasta un puesto que poseía no muy lejos de su casa. José y Manuel estaban ocupados en ensillar para ellos mismos los hermosos caballos con las ricas monturas regalo de don Esteban cuando éste se volvió hacia ellos y les dijo:

—Preparen caballos para estos caballeros y para mí.

Al oirlo José hizo un gesto despreciativo y altanero; y llamando á un

chicuelo que se revolcaba en la tierra:

—Cipriano, le dijo, vé al corral y dí que traigan caballos para estos forasteros, y también á *Corazón* que yo mismo ensillaré para don Esteban.

El dueño de la estancia no se enteró del incidente que no pasó desapercibido para su hija mayor, y dirigiéndose nuevamente á José:

—Nos acompañarán ustedes, le dijo.

José lanzó una mirada penetrante y significativa á su joven hermano.

—Disculpe, señor, replicó: hay hierra en lo de Romero, y hemos prometido ir.

Y saltando ambos á caballo, desaparecieron al momento.



III

Mientras tanto sir Henry Williams estaba en camino hacia la estancia de Santa Rosa.

Desde el Rosario á Santa Fe, una galera sacudía de muerte cada semana á los cinco ó seis desgraciados que no temían confiarse á ese medio de locomoción. Sir Henry prefirió viajar solo, á caballo, con un baqueano llamado Pastor Quiroga, que le había procurado el cónsul. Era un mocetón trigueño, con aire melancólico y algo feroz. Vestía una blusa de género azul bor-

dada, anchos pantalones blancos con puntillas y un chiripá. Su cinturón de cuero cincelado estaba adornado con botones formados por monedas y por un facón asegurado al dorso. Llevaba el poncho recogido sobre un hombro.

Guapamente plantado sobre las caderas, dotado de esa elegancia propia de los gauchos, el baqueano tenía muy buena presencia. Prometió al cónsul cuidar á las mil maravillas al *señor inglés.* Este pagó la mitad del precio convenido; la otra mitad debía quedar hasta la vuelta en manos del representante de su majestad británica. Para completar sus preparativos, sir Henry compró un recado al que añadió lazo y bolas, armas cuyo manejo se proponía aprender. Sus alforjas contenían además dos excelentes revólvers.

El baqueano temía las armas de fuego, como todo hijo del país. Con su facón, su lazo, su boleadora, decía él, podía ir hasta el fin del mundo. Verdad es que era uno de esos geógrafos que colocan la Europa al lado de la República Oriental del Uruguay

y los Estados Unidos de la América del Norte algo más arriba. Preguntó á sir Henry si quería comprar una tropilla de caballos que volvería á vender en seguida, ó bien si prefería viajar siguiendo los puestos que el correo tenía escalonados en el camino del Rosario á Santa Fe. Sir Henry se decidió por recorrer este trayecto, y partieron.

A una pequeña distancia del Rosario, las quintas se hacían ya raras y el desierto, en toda su solemnidad, se extendía hasta donde alcanzaba la vista. De trecho en trecho se elevaban ombúes gigantescos, matorrales de enormes cactus, de áloes, de juncos, entremezclados con cardos, mimosas y algarrobos. De vez en cuando, una línea de un verde esfumado señalaba uno de esos bosques que allí sirven, invariablemente, de borde á los ríos. Unas lagunas, cuyas aguas tranquilas reflejan el azul del cielo, brillaban aca y acullá entre los pastos, ya algo amarillentos por los primeros calores del verano. Las cuevas de las viscachas se elevaban como pequeños montículos cubiertos de una hierba fina y horadados con hoyos regulares.

Grandes tropillas de caballos y de bueyes pastaban. Los peones que las cuidaban, de tez bronceada por el hálito de la Pampa, tenían el aire melancólico peculiar del hijo del desierto.

Hacia las doce meridiana, sir Henry y el baqueano llegaron á la primer parada del correo.

Esas paradas ó puestos no son, por lo común, más que miserables ranchos de tierra y adobes, con un galpón sostenido por tirantes y un corral para los animales. Los viajeros no deben esperar encontrar allí el menor *confort*. Deben procurarse por sí mismo víveres y cubiertos y acampar poéticamente al aire libre.

Pastor se apeó y vió á un rapazuelo de unos siete ú ocho años, el cual, con las piernas al aire y la cabeza en la arena, se entretenía en hacer piruetas, lo mismo que un monito.

—¿Hay alguien en la casa, muchacho? preguntóle.

—Nadie, señor.

El baqueano volvióse hacia sir Henry.

—Casi siempre ocurre lo propio en estas paradas, dijo; aquí debe servirse cada cual como pueda. Apéese, señor,

y descanse un poco mientras yo me ocupo de proporcionarle lo necesario.

Con ésto, dejó Pastor de interrogar al muchacho, el cual, hosco y soberbio, ya no le habría contestado. Volvió á montar y habiendo divisado á alguna distancia una manada de ovejas, se lanzó á todo correr por aquel lado, compró un cordero al cuidador y volvió con el animal, que al instante fué sacrificado, desollado y cortado en cuartos. Pastor reavivó un residuo de fuego que languidecía bajo el galpón, arrojando á él algunas brazadas de espinas secas arrancadas á un seto. En cuanto la leña se hizo áscuas ensartó los cuartos de cordero en dos asadores que estaban en un rincón, sacó de su bolsillo un poco de sal y luego de salarlos clavó los asadores entre las brasas. Sir Henry miraba curiosamente todos aquellos preparativos. La puer-del rancho estaba cerrada y el corral vacío.

—Mientras el cordero se asa, dijo Pastor, voy en busca de caballos. Veo allí algunos pastando.

Montó sobre su parejero, y sir Henry vióle imprimir al lazo, con la ra-

pidez del viento, un movimiento giratorio por encima de su cabeza, tirarlo con la maestría usual de los gauchos y enlazar dos de los mejores caballos, con los cuales regresó al lado de sir Henry.

El olor á cordero asado había sacado al pequeñuelo de su letargo. Levantóse y fuése á sentar al lado del fuego.

—Ah! ah! dijo Pastor. Cuando se trata de comer, el muchacho sabe caminar. Mira, si quieres cordero, tienes que traer agua.

El muchacho tomó un cántaro que estaba en un rincón cerca de la puerta, arregló su poncho con gravedad castellana y se encaminó hacia un arroyo cuyas aguas verdosas brillaban en el campo á poca distancia. Volvió en seguida, trayendo el cántaro al hombro con la seriedad de una estatua antigua. Sir Henry sacó de su bolsillo un estuche de bermellón que contenía tenedor y cuchillo; pero tuvo alguna vergüenza por haber mostrado dichos utensilios, cuando vió á Quiroga y al muchacho cortar del cordero unas tiras muy largas y muy finas, tomar una extremidad entre sus dientes incom-

parables y cortar cada vez con el cuchillo el pedazo que querían comer. El cordero fué devorado en un abrir y cerrar de ojos, con una destreza y un aseo perfectos y se volvió á emprender el camino.

El desierto se presentaba cada vez más salvaje. Grandes avestruces grises corrían de un lado para otro. Manadas de venados caminaban lentamente ó huían rápidos como el viento haciendo ondular las altas malezas. En las orillas de las lagunas y de los arroyos los teros, los patos, los íbis, los graciosos cisnes blancos con collar negro, paseábanse gravemente ó se bañaban en las aguas tranquilas. Un poco antes de la puesta del sol llegaron á orillas del Carcarañá, río ancho y profundo. Los peones de una estancia vecina estaban ocupados en hacerlo vadear á cuatro ó cinco mil novillos. Era un aspecto extraño el que presentaba aquella multitud de animales de todo pelaje que sus pastores á caballo trataban de arrear hacia el vado. Cuando un grupo de novillos y de terneros llegaba á la orilla los *picadores*, armados de sus lanzas, los aguijoneaban para forzar-

los á tirarse al agua y los remolones proporcionaban á sus conductores la ocasión de mostrar una destreza y una elegancia de movimientos verdaderamente admirables. A veces, alejándose un centenar de pasos, venían los *picadores* á caer lanza en ristre sobre los novillos para obligarlos á emprender la carrera por el lado del río; á veces, persiguiendo algún fugitivo que desaparecía en la pampa, obligábanle, por una serie de revueltas ejecutadas con pasmosa ligereza, á volver á tomar la dirección del Carcarañá. En la orilla misma la lucha volvía á comenzar; de cada lado del paso el lecho del río presentaba muchos pozos en los que desaparecía el mejor nadador. Cuando uno de los novillos se dirigía á uno de esos parajes peligrosos, conocidos por las burbujas formadas en la superficie de la corriente, algunos paísanos colocados en una especie de piragua atravesada á la corriente, cerrábanle el paso, como podían, mediante largas cañas.

Entretúvose de tal manera sir Henry con aquellas justas bizarras, que quedó sorprendido al ver como el sol,

que creía aun muy alto sobre el horizonte, desaparecía súbitamente en un océano de púrpura y de oro cuyos arreboles bañaron por un instante todo el desierto de un tinte rosado, esmaltado de viva brillantez y de rayos fugaces de una belleza incomparable. La noche llegó con brusca transición, cual si una mano invisible hubiese ocultado de un golpe, por medio de un telón, los resplandores del cielo. Bien pronto la obscuridad fué profunda; y no se marchó ya sino al paso por temor á caer en los hoyos de las vizcachas. A eso de las diez de la noche, Quiroga, que guardaba silencio desde algún tiempo, detuvo su caballo.

—Creo, señor, dijo, que nos hemos extraviado. Con el tiempo que hace que estamos marchando, deberíamos haber llegado ya á la parada; hemos de haberla dejado tal vez á nuestra izquierda. Voy á apearme y á probar el pasto para darme cuenta del sitio donde nos hallamos.

Pastor lo hizo así, y masticando unas hierbas, dijo al momento:

—Creo que estamos pisando un terreno cultivado por europeos, y no

lejos de una laguna, pues, aunque el pasto tiene el gusto del que crece en los surcos de trigo ó de maíz, es también algo salado, como él que está cerca del agua. En todo caso, nos hallamos próximos á una vivienda.

Pastor, por lo visto, era perito. Se volvió á cabalgar con precaución y al cabo de un rato percibióse en la obscuridad una masa confusa, mientras los ladridos de muchos perros se hicieron oir. Una luz se movía á lo lejos como una estrella errante.

—¡Amigo! gritó Pastor, ¿estamos muy distantes del correo?

—A muchos leguas, señor, contestó una voz.

La luz se acercó y los viajeros se hallaron frente al dueño de la casa; era un vasco francés en la plenitud de la vida. Llevaba vestimenta europea de color gris, una pistola á la cintura y una carabina á la espalda. Levantó la linterna que llevaba en la mano, dirigió sus rayos una vez hacia sir Henry y otra hacia Quiroga; tranquilizado por aquel reconocimiento, les invitó á que pasaran en su casa el resto de la noche.

—Es tan grande la cerrazón, dijo, que otros viajeros también se han extraviado; hallarán ustedes en la casa numerosa compañía.

Así hablando, conducía á sir Henry y al baqueano á través de una alameda que la noche había ocultado á sus miradas. Por el camino díjoles que él era Martín Valduque, cultivador y propietario del terreno en que se hallaban.

Pronto llegaron á un sólido cerco de postes de cuatro á cinco pies de alto, dentro del cual había muchos ranchos dispuestos de manera que formaban una plazoleta cuadrada. Un farol suspendido de un tirante del galpón iluminaba á una pequeña reunión en la que se hablaba animadamente.

Un tejado medio derruido resguardaba la cocina, donde la esposa de Martín Valduque, típicamente arreglada con el pañuelo encarnado de las mujeres vascas, sacaba del horno tortas y galletas cuyo olor excitaba el apetito, y hacía el café que dos mozos, hijos suyos, sirvieron á los viajeros.

Valduque se excusó con sus huéspedes por la imposibilidad en que se hallaba de alojarlos á todos y propuso á



los que temían pasar la noche á campo raso, que se cobijaran en una de las piezas de la casa; pero se prefirió unánimemente quedarse en medio del patio. Encendióse un buen fuego, para preservarse de los efectos del aire húmedo de la noche y todos se sentaron al rededor de él. Martín Valduque dió las buenas noches á los viajeros retirándose al rancho en que habitaba.

Sir Henry se instaló algo separado de los demás para gozar mejor del espectáculo original que tenía al alcance de su mirada. Se fijó desde luego en un hombre joven aún, muy negro, de estatura colosal, admirablemente proporcionado y con mucha elegancia en su talle; era *zambo* de raza, es decir, de sangre negra é india. Llevaba el traje de los gauchos y se envolvía con dignidad real en un magnífico poncho azul marino, á rayas encarnadas, entretejidas con extraños dibujos negros y blancos. Apoyado sobre su lanza, en actitud de un descanso marcial, aquel personaje hubiera podido servir de modelo á Fidias. Pastor, que le conocía, dijo á sir Henry que era el ma-

yor Dionisio, indio manso comandante en jefe de la caballería de los indios auxiliares.

A su lado estaba sentado un joven rubio, blanco y rosado como una mujer. Llevaba un elegante traje de corte parisiense, chaleco blanco, corbata de satín, guantes y lentes. Aquel señorito charlatán, que era un alemán corredor de una gran casa bancaria del Rosario, viajaba por los negocios de su patrón y facilitó algunos datos á sir Henry, agregando mil quejas sobre el detestable recorrido que acababa de hacer.

—Ah, señor, exclamó, ¡qué país tan salvaje! Se muere uno de hambre en medio de la abundancia. Es el país de las haciendas y no se encuentra carne, el país de las vacas y no hay leche, el país de las gallinas y no se ven huevos, el país de la uva y jamás se hace vino. ¡Demonio de país! Por ésto, continuó locuazmente, esta tierra no es abordable más que para los hombres de grandes negocios como mis patrones, señores Pícaro, Schelm y Compañía, del Rosario. Acabamos, y esto puede servir de ejemplo, de llevar á



feliz término un magnífico negocio. Mis patrones son los banqueros del gobierno nacional, quien les encargó la compra de unos vapores que serán armados en guerra para la escuadra del Paraná. Yo he ido á Río Janeiro, donde he adquirido cuatro *steamers* destinados antes al servicio de la bahía; los he hecho pintar de nuevo; he añadido á la popa esculturas de gran efecto, una sirena dorada haciendo muecas á las barbas del público con aire agradable, una gran águila con alas desplegadas, un sol rodeado de rayos deslumbradores, y luego les he puesto nombres sonoros, rimbonbantes: el *Vencedor*, el *Conquistador*, el *Peleador*, el 25 *de Mayo*. Esos pequeños barcos, así embadurnados, podrán valer cada uno de treinta á cuarenta mil francos; nosotros los hemos vendido al gobierno en veinticinco, treinta y cuarenta mil pesos.

Sir Henry prorrumpió en una exclamación de asombro.

—Ah! señor, continuó el alemán, el cual viéndose escuchado se hacía cada vez más comunicativo, el gobierno, la política, es acá el terreno verdadera-

mente productivo. Los que, como Valduque, trabajan y economizan, son unos imbéciles; pero usted comprenderá que hay que saber hacer las cosas. Vea como; supongamos que se le ocurre á usted la idea del ferrocarril de Rosario á Córdoba (1); lo primero que tiene que hacer es procurar que algunas damas hermosas (en este país es el femenino un elemento favorable que no hay que descuidar) hablen del plan de usted en los salones. Usted redacta una memoria presentada al ministro de Guerra. Aquí, como en todas partes, los diferentes ministros se detestan y viven en perpétua disensión. El ministro de Guerra no tiene fondos de reserva; él pide á grandes gritos, naturalmente, armamentos, artillería, etc., y por consiguiente desecha su propuesta. Usted se vuelve, entonces, hacia el lado del ministro de Obras Públicas, á quien, conocedor como es usted del terreno y por conveniencia propia, usted no se dirigirá desde el primer momento .El ministro le concede audiencia, usted se extiende lar-

(1) Recordamos al lector, que la acción de este libro pasa entre los años 1850-1860.

gamente sobre la negativa de su colega é intercala en su relato algunos detalles que halaguen el amor propio del ministro á quien usted habla: Es menester, dice usted, ordenar trabajos preliminares, examen de los terrenos, sondajes, etc., antes de buscar accionistas y capitales para esta gran empresa. El ministro está vencido.

—¿Cuánto costará todo?

—Diez mil pesos, excelencia.

—Señor, le dirá á usted mirándole fijamente, eso será veinte mil pesos, y yo lo haré entrar en el presupuesto; ¿me ha comprendido?

Algunas semanes después presenta usted la cuenta voluminosa de un ingeniero, que tal vez no ha dejado su gabinete, pero á quien se hace figurar como habiendo pasado todo ese tiempo entre Rosario y Córdoba. La cuenta de los gastos llega á veinte mil pesos: el tesoro se los paga; usted remite diez mil á su excelencia, y... punto concluido.

Un sentimiento de desprecio dejó traslucir la fisonomía ordinariamente tranquila de sir Henry. Su interlocutor se dió cuenta de ello.

—No se indigne usted, milord, dijo sonriendo con aire fino; usted cree quizás á los hombres de este país peores que los europeos. Eso es injusto: los hombres son en todas partes los mismos; desgraciadamente el teatro es á veces pequeño y la mirada penetra hasta por entre los bastidores.

Después de esta cruda peroración, sacó el señorito los cigarros, ofreció uno á sir Henry, tomó otro para sí, lo puso en una boquilla de ámbar y lo encendió en un áscua.

En estas y òtras conversaciones la noche tocó á su fin.

El alba, aclarando poco á poco las tinieblas del cielo, concluyó por disiparlas por completo. Un río de oro pareció inundar el Oriente y el sol se levantó del seno de ese océano de luz con su majestad incomparable. Sobre la superficie del desierto, algunos ligeros vapores que el día naciente atravesaba con sus rayos dorados, flotaban aún en el horizonte. Un abundante rocío humedecía todas las plantas y les daba por algunos instantes, bajo aquel clima ardoroso, el aspecto y la frescura que tienen los vegetales de los países

templados. Las anémonas rojas, los hermosos lirios blancos, la verbena lila, cubrían con sus flores extensas planicies y daban al campo los más variados y hermosos tintes.

De pie cerca del corral, sir Henry admiraba la naturaleza, mientras Pastor ensillaba los caballos. Poco á poco abandonaron la estancia los huéspedes de Martín Valduque. Sir Henry volvió á emprender su viaje con Pastor Quiroga. Las paradas del correo estaban todas en lugares poco más ó menos tan desiertos y tan áridos como los que ya hemos descripto, y, sin la inventiva del baqueano, sir Henry hubiera sufrido los rigores del hambre. Hacia la mitad del segundo día empezaron á encontrar de vez en cuando en su camino alguna chacra ó alguna pequeña finca cultivada, que venía á interrumpir aquella soledad. Vieron sembrados de maíz, trigo, tabaco, algodón, caña de azúcar, patatas y campos de sandías y melones. Muy cerca de las casas se elevaban encantadores bosquecillos de naranjos magníficos y de duraznos cargados de frutas, entremezclados con algunas her-

mosas palmeras. Las chacras cultivadas por europeos se distinguían por el orden y la simetría de sus cultivos, cosas que los gauchos desdeñaban ó ignoraban.

De trecho en trecho, un chirrido, casi diríamos melodioso, anunciaba la llegada de una alta carreta de inmensas ruedas. Seis ú ocho bueyes tiraban de aquellos vehículos primitivos, á cargo de mozos armados de una larga picana para aguijonear al ganado. A menudo esas carretas, cuyos lados están formados de cañas atadas por tiras de cuero, no contenían más que leña y carbón, pero á menudo, también, servían de medio de transporte para toda una familia en viaje hacia la pequeña ciudad de Córdoba. Esas familias de mulatos ó de criollos sobresalían todas por la elegancia del porte, la belleza plástica de los brazos, de las manos y de los pies, la nobleza de la cabeza y de los hombros. A veces, en la delantera de la carreta, unas jóvenes muy delgadas, pero graciosísimas, con sus pañuelo-rebozo alrededor del bello óvalo de su rostro, los brazos levantados en actitud de cariá-

tides, llevaban cántaros ó cestas llenas de frutas y de flores, ofrendas piadosas destinadas á los curas y á los altares. Gauchos elegantemente vestidos, con monturas ricamente adornadas de placas de plata labrada, pasaban al trote corto ó al sobrepaso, modo de caminar natural en algunos caballos del país. Sir Henry quedó impresionado por la seriedad llena de dignidad de sus fisonomías y por el aire de distinción propio de todos aquellos tipos de matices tan variados.

Por la tarde llegaron á Coronda, cuya blanca iglesia se destacaba entre el azul brillante del cielo. Esta ciudad tiene por puerto un lago majestuoso, unido al Paraná por un brazo de agua. Pastor condujo á sir Henry á la *Fonda Italiana*. Era una casa construída con rojos ladrillos, cuyo patio estaba sombreado por una parra magnífica. En la parte delantera del establecimiento había un pequeño almacén en el que se vendían zapatos, naranjas, ginebra, cerveza inglesa, frenos, riendas, pan criollo, tejidos de algodón, azúcar rubia del Brasil, orejones de durazno de Mendoza. Todas estas mercaderías,

amontonadas confusamente, producían un efecto pintoresco. La dueña del almacén era una mulata crespa con ojos de un negro azabache y tez verdosa. Tenía el cigarro en la boca, un chiquillo á horcajadas sobre la cadera y otros dos ó tres asidos á su falda. Servía caña á tres ó cuatro gauchos, los cuales, sentados sobre el mostrador y con las piernas caídas, jugaban á las cartas con el apasionamiento que aportan á todos los juegos.

La fonda hizo echar de menos á sir Henry las comidas del campo. Tuvo que conformarse para la cena con una sopa, porque el puchero lo habían acabado los viajeros que llegaron antes. El cocinero, un fornido mocetón mulato, tenía debajo del brazo su gallo de riña y declaró que por nada del mundo volvería á encender sus hornallas aquella noche, pues ya hacía tiempo que debía estar en el reñidero. Viéndolo tan decidido, sir Henry lo siguió, contentándose, á falta de cena, con presenciar aquella fiesta. El reñidero de gallos era una rotonda cubierta por un techo de cañas sostenido por unos cuantos postes. Los espectadores se

colocaban detras de la barandilla que cercaba el redondel y se estrujaban de lo lindo alrededor del reñidero. Los gallos iban armados con espolones de acero muy agudos, atados con ligas á sus patas. Cuando se anunciaban dos peleadores, igualmente valientes, se cruzaban apuestas en favor de uno y otro. Había gritos, silbidos y aplausos frenéticos. La indolencia criolla, tan completa en todo lo demás, parecía recibir allí el solo latigazo capaz de despertarla.

Sir Henry, á pesar de ser inglés, detestaba semejantes diversiones, y se alejó seguido de Pastor, que le acompañaba fielmente. Al pasar por una calle algo apartada, vió sir Henry una puerta abierta; oyó el sonido de una flauta, el rasgueo de dos ó tres guitarras y á varias parejas bailar alegremente. Una amplia ventana con rejas de madera, abierta también, permitía ver en la pieza inmediata, colocado sobre una mesa, un pequeño ataúd forrado de terciopelo rosa. Un hermoso niño de un año, poco más ó menos, yacía en medio de azahares, de tuberosas, de jazmines del Cabo.

Unos cirios ardían alrededor y su oscilante llama iluminaba el cadáver, cuya sonrisa llevaba el sello de una paz que no es de esta existencia. Al lado de la mesa, vió sir Henry en la penumbra á una mujer arrodillada, cuya cabeza estaba hundida en los pliegues de su chal, levantado de tiempo en tiempo por la convulsión de los sollozos. Con la frente apoyada en la mano, era la imagen viviente del dolor mudo y resignado. Aquella escena irritó á sir Henry, y, alejándose del lugar, dijo á Pastor:

—Pero, ¿esa gente no tiene piedad ninguna? ¿Cómo pueden bailar en una casa en que hay un muerto? No piensan que esa pobre madre, aniquilada por el dolor, oye su música y el ruido de sus danzas?

—Señor, respondió Quiroga, asombradísimo por aquel ímpetu de indignación, justamente porque el niño ha muerto es por lo que se baila. Toda la familia, los parientes, los vecinos, los amigos, se alegran de que Dios haya retirado esta pequeña criatura de este mundo cuando aún era un angelito. En las grandes ciudades,

añadió, ya no se hace esto; pero en las pequeñas localidades y en la campaña, continúa esta costumbre.

A sir Henry le extrañó esta rara manera de celebrar un suceso triste. Persuadido, por lo demás, de que la discusión era inútil, nada replicó y cansado de su jornada, volvió á la fonda.

A la mañana siguiente, lo despertó el baqueano, muy de madrugada.

—Temo que venga la tormenta, dijo; pongámonos en viaje en seguida. He preguntado por el camino de la Estancia de Santa Rosa y espero que llegaremos á ella á eso del medio día.

Así lo hicieron.

Un viento abrasador, semejante al vaho que despide un horno, parecía secar los árboles y las plantas.

Una especie de bruma roja envolvía el desierto. De trecho en trecho, se veían manadas de bueyes, caballos y novillos, que con la cabeza baja, inquietos y resoplando, dirigíanse hacia las líneas verdosas que marcan los bosques en el horizonte. Pastor lo hizo notar á sir Henry.

—Presienten la tormenta, díjole, y buscan un abrigo.

Los caballos de los dos viajeros, fatigados y rendidos, marchaban penosamente. El mismo sir Henry no se sentía bien; un aro de hierro oprimíale las sienes y un peso enorme aplastaba su pecho. Pastor, impasible, consultaba el sol para orientarse en aquellas soledades en que se metía por vez primera. Gruesas iguanas, semejantes á pequeños caimanes, se arrastraban por el pasto. Quiroga llamó la atención de sir Henry sobre ellas, diciéndole:

—Otro signo precursor de la tormenta.

Bandadas de cotorras verdes, de hermosas palomitas llamadas de la *Virgen*, y de colibrís de colores de esmeralda y rubí, revoloteaban ansiosas, bajaban sobre las zarzas y luego, levantando nuevamente el vuelo, posábanse atolondradas sobre el lomo de los bueyes inmóviles, los cuales, con las narices pegadas á la tierra, parecían resignados á morir, antes de hacer el menor movimiento.

A veces las orillas arenosas de las lagunas y de los arroyos, barridas por el viento, se levantaban en nubes de polvo á través de las cuales el sol pa-

recía un disco rojizo. Pastor comenzó á entrar en cuidado. Los caballos se rehusaban á adelantar y luchaban penosamente contra la asfixia. La vista no alcanzaba á ver ningún lugar habitado.

—Hay que ganar el bosque, dijo el baqueano á sir Henry, y esperar allí el fin de la tormenta. Si acaba por un aguacero, siempre estaremos menos expuestos bajo los árboles que en el campo y el viento no nos maltratará tanto.

Así lo hicieron los dos viajeros. Bien pronto alcanzaron el borde de un bosque de algarrobos en el que se apearon. Un pasto fresco y fino rodeaba los árboles y largas gramíneas cubrían el suelo. Los caballos, desensillados y atados al lazo, pastaban indiferentes á la tormenta. El baqueano se alejó algunos pasos, husmeó en varias direcciones, yendo y viniendo con ansiedad visible.

—¿Qué hay, Pastor?

—Hay, replicó éste, que no hemos de estar muy lejos de los indios.

Sir Henry, no viendo alrededor suyo más que árboles y pasto, se pregun-

tó á sí mismo si Quiroga soñaría despierto; pero el guía mostróle en el suelo unos pequeños hoyos redondos, distantes pocos pasos uno de otro.

—He aquí, dijo, la huella de los piquetes que sirven á los indios para extender y secar los cueros de los animales que cazan. El pasto conserva aún su olor; ¿no lo siente usted? Vea, señor, continuó el baqueano dando algunos pasos adelante, éstos son los restos de un fuego; tenían una mujer con ellos: veo en la ceniza la impresión de un pie muy pequeño y algunos mechones de pelos de un *kiapi*. ¡Caramba! con tal que esos caballeros estén ya lejos y no les dé la idea de rehacer el camino!...

—En ese caso, nos defenderemos.

—Ah, señor, bien se ve que usted no conoce á los indios. Son peores que los moros. Mientras quede uno en este país, nadie podrá vivir en paz.

Quiroga hablaba aún, cuando se oyó un ligero ruido detrás de sir Henry. Al volverse éste, vió una mujer de treinta y seis á treinta y ocho años, de alta estatura y rostro bronceado. Sus rasgos regulares tenían una expresión

dura y preocupada. Algunas mechas plateadas brillaban en medio de la espesa cabellera negra que le caía sobre los hombros. Estaba vestida con cuidado. Su camisa de percal blanco, bordada en las mangas y en las espaldas, estaba cubierta á medias por un chal á rayas brillantes; una pollera azul marino le llegaba hasta los pies. Su aparición fué tan inesperada que sir Henry se sobresaltó á pesar suyo. El baqueano la miraba con desconfianza altanera y sombría.

—Mujer, le dijo, ¿queda muy lejos de aquí la estancia de don Esteban González? Este caballero es esperado allá y el temor á la tormenta nos ha hecho tomar el camino del bosque.

—Yo me llamo Carmen, viuda del cacique Araya, dijo la india, con mezcla de tristeza y dignidad, y siendo así que yo pertenezco á don Esteban, me será fácil guiaros hasta su casa... Solamente, añadió, tengo que alejarme un instante para buscar mi caballo que está pastando allí lejos.

—De ningún modo, gritó Quiroga, que parecía temer alguna maniobra pérfida. Mi caballo es fuerte; mon-

tarás en ancas y de esta manera no perderemos tiempo. Si tu caballo pertenece á la estancia, hallará por sí solo la querencia.

Carmen hesitaba y parecía examinar con atención recogida la fisonomía del baqueano y de sir Henry. Al cabo de un momento, se decidió.

—Bueno, vamos! dijo, saltando con destreza sobre el caballo de Pastor, y desdeñando de asirse á la cintura de su compañero, dió á Quiroga las indicaciones más minuciosas para salir del bosque. Sir Henry seguía al paso, por ser los árboles bajos y muy tupidos. El camino que Carmen les hacía tomar parecía un laberinto y el baqueano, que no dispensaba á la viuda del cacique Araya más que una mediocre confianza, parecía estar muy preocupado.

Después de algunos instantes, el trueno retumbó con una fuerza extraordinaria y el suelo temblaba bajo los pies de los caballos. Al salir de la floresta, una vasta llanura, entrecortada por varios macizos de árboles, se extendía hasta el confín del horizonte. Carmen señaló á lo lejos un pun-

to blanco, visible solamente para ojos de gaucho y de indio.

—Aquella es Santa Rosa, dijo; para llegar, viniendo de Coronda, han dado ustedes un rodeo inmenso. Podían haber llegado en la mitad del tiempo.

Dicho esto se apeó ligeramente del caballo y, sin saludar á los dos viajeros, se volvió á la selva.

—¡Anda, bruja! murmuró Quiroga, apresurando el paso del caballo. ¿Estaremos ahora seguros de que no haya ido á llamar á los que deben perseguirnos?

Algunos momentos después comenzó á caer un gran aguacero con tanta abundancia y violencia como si las nubes fueran inmensas cataratas. A duras penas se veía la tierra que se pisaba.

Los caballos, con las orejas gachas, se habían detenido y esperaban pacientemente el momento de poder continuar su marcha.

Pastor, inquieto por la desaparición de Carmen, miraba hacia atrás á cada paso, tratando de cerciorarse, á través del tupido velo de la lluvia, de si alguien los perseguía. El turbión duró

próximamente una hora. El campo era una vasta superficie líquida en medio de la cual sobresalían los árboles y malezas en forma de islotes. Las lagunas y arroyuelos, súbitamente desbordados, aumentaban aquella inundación. Sin embargo, como la lluvia comenzó á disminuir y los caballos pudieron tomar el trote corto, al cabo de dos horas, poco más ó menos, llegaron los viajeros, penosamente, al término de su viaje y llamaron á la puerta de la Estancia de Santa Rosa.

Carmen pasó el aguacero agazapada bajo una tupida zarza. En cuanto se apaciguó el huracán, fué en busca de su caballo, que también se había refugiado en el bosque, y volvió á ponerse en camino con precaución. Los espesos y bajos matorrales la obligaron á apearse de su cabalgadura. En medio de aquella vegetación, que apenas si alcanzaba á más de diez ó doce pies, se elevaban árboles gigantescos, formando una segunda bóveda de verdor menos espesa que la primera, pero de un aspecto sombrío y majestuoso. Magníficas palmeras balanceaban al soplo del viento sus penachos de ra-

mas finas y abiertas. De vez en cuando el ruido de los pasos de Carmen, al aplastar el pasto y quebrar las ramas, hacía huir á alguna gacela espantada ó algún pájaro de color brillante que desaparecía en los aires lanzando gritos agudos, á los que otros mil gritos estridentes respondían como un eco. Luego todo volvía á quedar en silencio.

Se acercaba la noche cuando la viuda del cacique llegó á una encrucijada circular en que la vegetación era más rala. Una pequeña laguna, ordinariamente seca en verano, pero que el aguacero acababa de llenar, ocupaba el centro de dicha encrucijada. Carmen se detuvo, ató con el lazo su caballo á un matorral y, fatigada por su larga carrera, se sentó sobre la hierba. En el firmamento, de un azul sombrío, brillaban esplendentes estrellas. En los cañaverales que rodeaban el pequeño lago, miles de luciérnagas revoloteaban como otras tantas chispas vivientes. A veces se internaban, en grandes enjambres, en las profundidades del bosque, que parecía por un momento como inundado por una llu-

via de fuego; luego reuniéndose de nuevo en columnas cerradas, llevaban á otra parte los movibles resplandores de su fosforecencia.

Carmen prestaba poca atención á aquel fenómeno lumínico; con los codos sobre las rodillas y el rostro entre las manos, permanecía como sumida en un letargo sombrío. De repente levantó la cabeza para escuchar. Un europeo no habría oído más que los murmullos confusos de la floresta, los silbidos producidos por el viento y el ruido particular que hacen las palmeras al chocar entre sí sus ramas flexibles y sonoras. Carmen había sentido un ruido distinto entre aquellos sonidos tan poco perceptibles. Entreabrió los labios y, golpeándose la boca de una manera extraña, imitó el chillido de un ave nocturna, que fué contestado con otro, y algunos momentos después se presentó un hombre delante de ella. Carmen avanzó hacia él y le dijo:

—Hace mucho que te espero. No conozco este lugar; es la primera vez que vengo á él é ignoro por qué me has citado aquí y no á orillas del arroyo del Casero.



—Tengo mis razones para ello, contestó sentenciosamente el interlocutor de Carmen. Este era un anciano de elevada estatura; sus cabellos blancos caían á cada lado de su cara bronceada; sus ojos negros, llenos aún de fuego, brillaban bajo unas cejas canosas. Como indio de pura raza no tenía ni barba ni bigote. Aquel hombre era el brujo ó adivino de la tribu á la que pertenecía Carmen. Igual que todos sus colegas, ejercía de oráculo, sacerdote y médico. En calidad de tal, llevaba á la cintura un pequeño saco de cuero que contenía el botiquín obligado de un médico del desierto, una lanceta formada por una aguda y compacta espina de pescado, un pequeño cuchillo de hoja afiladísima y algunos puñados de hierbas secas, las que, masticadas por el brujo, eran aplicadas sobre las llagas y las heridas. Le seguía su caballo llevando la silla enfundada y adornada con barbillas de pluma de avestruz. Los estribos eran de plata así como los adornos de las riendas y, sin duda, procedían de algún pillaje. El brujo, apoyado en su lanza, arma inseparable

de los indios, miró un instante á la viuda del cacique, luego, tomándola de la mano, la llevó al pie de una palmera de doble cabeza que dominaba los árboles vecinos y le ordenó que se arrodillara. Carmen obedeció dócilmente. El brujo añadió:

—Aquí es donde nosotros le enterramos después de salvarle de manos de los españoles.

Carmen lanzó un grito doloroso.

—¡Aquí! gritó, ¡aquí! ¡y yo no lo sabía! ¿Por qué me lo habéis ocultado?

—Porque el momento de hablar no había llegado aún, continuó el adivino. Araya, nuestro más grande jefe, descansa bajo esa palmera, que el *Santo* (Dios) nos ha dado como algo raro y precioso. Aquí mismo van á venir nuestros jefes para jurar vengar su muerte.

Carmen no le escuchaba. Prosternada sobre el sitio que acababa de designársele como la tumba de su marido, parecía estar completamente absorta en los recuerdos del pasado. Bien pronto algunos hombres salieron de la espesura y aparecieron en el claro.

Eran los cuatro caciques principales de la tribu de Carmen, Zuriquín, Bonifacio, Pepe y Cristóbal. Llevaban, como el brujo, vestiduras de colores vivos y las cabezas cubiertas de una manera extraordinaria, con una especie de bonetes formados por cabezas de leopardos, la mandíbula levantada sobre la frente, las orejas salidas de cada lado y cascos de forma antigua forrados con piel de *aguará,* animal parecido al lobo amarillo con crines negras erizadas en la parte superior de tan raro casquete. Sus fisonomías eran duras, sombrías, melancólicas, su actitud grave y digna. Habiéndose detenido á alguna distancia del brujo, los indios parecían esperar una invitación de su parte para avanzar; éste hizo señas de que se acercaran y dirigiéndose á la viuda, el más viejo de los jefes tomó la palabra.

—Escucha, Carmen, dijo, ya van catorce años que nuestro cacique general, tu marido, ha fallecido. Tienes dos hijos y el brujo nos asegura que los crías para que sean jefes un día y sucedan á su padre. En la próxima luna menguante, nosotros saldremos para

Córdoba, donde haremos un gran malón; volveremos con cautivos, hacienda, alhajas y botín de todo género. Trae á tus hijos.

Escuchando aquel discurso, Carmen parecía vacilar.

—Mis hijos, dijo al fin, no me seguirán. Se han aficionado á don Estéban y no piensan ya en el desierto. Amarga mi existencia el pensar que aquí serían jefes, libres y felices y que yo no puedo decidirles á volver á nuestra tribu; pero hay un medio, arrebatadlos. Una vez entre nosotros, quedarán; estoy seguro de ello.

Los caciques reflexionaron y al fin uno de ellos preguntó:

—¿Salen á menudo solos?

—Jamás. Acompañan siempre á don Esteban ó á Demetrio, el mayordomo.

—Entonces, será menester atacar la estancia. Y don Esteban, ¿tiene armas de fuego?

—Sí, dijo Carmen, pero habéis de jurarme que á don Esteban ni á sus hijas no les haréis ningún daño.

Los indios no contestaron, y Carmen insistió.

—Juradme, dijo ella de nuevo, que

los respetaréis, pues don Esteban ha sido un padre para mí y para mis hijos.

—Nada podemos prometer, replicó Zuriquín. Si tenemos que atacar la estancia y se promueve un combate, ¿puede saberse lo que sucederá?

Carmen se sentía presa de una viva ansiedad. Uno de los caciques continuó sin cuidarse de ella.

—Quieres que arrebatemos á tus hijos... ¡Caramba! No es poca cosa lo que nos propones. Y por eso ¿qué nos darás?

Carmen se estremeció.

—Yo os daré, dijo, bastante oro para que cada uno de vosotros tenga estribos, riendas, cabestros, cinturones de cuero de potro con plata labrada y además pesos de reserva para comprar cuanta bebida blanca queráis.

Los caciques se echaron á reir.

—Nos tomas por zonzos, gritaron, ¿En dónde adquirirás todas esas riquezas?

—Ese es asunto mío, dijo Carmen con una especie de dignidad ofendida. Si no queréis, no hablemos más.

Los jefes dudaban.

—Convenimos, dijo uno de ellos, en que la víspera del día en que se ha de dar el asalto, nos traerás aquí mismo la plata prometida.

—Y ¿qué garantía me daréis vosotros? objetó Carmen, desconfiada á su vez.

—Nosotros te traeremos á nuestros hijos en rehenes y á la noche los llevarás á algún rancho dependiente de la estancia.

La viuda reflexionó un instante.

—Acepto, dijo. Dentro de quince días don Esteban debe ausentarse con sus hijas; el momento será favorable.

Durante esta conversación, encendió el adivino algunas velitas que sacó de su bolsa y las puso en el lugar designado á Carmen como tumba de Araya. Los caciques se acercaron y bajando la punta de sus lanzas hacia la tierra en que descansaba su jefe, renovaron el juramento de vengar su muerte.

La luna hacía reflejar en el pequeño y tranquilo lago, como si fuera un espejo, la sombra de la palmera de dos cabezas. Los jefes y el adivino se retiraron y Carmen quedó sola arrodillada cerca del montículo fúnebre, con la

frente entre sus manos, sobre las que caían los mechones de su espesa cabellera. Las lágrimas resbalaban silenciosamente sobre sus mejillas bronceadas y la expresión ordinariamente dura y sombría de sus rasgos, iluminada entonces por la luz azulada que caía de la bóveda celeste, había tomado un carácter insólito de sufrimiento dulce y resignado.

Cuando la marcha de la luna en el firmamento la advirtió de que el alba estaba cerca, se levantó, tomó el camino que le hemos visto tomar al principio de la noche y antes que la aurora hubiese aparecido, se había deslizado sin ruido en el pequeño rancho en que vivía en la Estancia de Santa Rosa.



IV

Dos días antes de que llegara Sir Henry á la estancia, tuvieron don Esteban y sus hijas, una conversación muy interesante. El correo había llevado del Rosario un paquetito con dos estuches: contenían aros de perlas y esmeraldas y alfileres surtidos para prender los velos. Don Esteban tomó los estuches, leyó con atención la carta que llegó con las alhajas y fuése en seguida en busca de sus hijas que estaban en el jardín, cercado como todos los del país, por paredes á cuyo

arrimo crecían miles de plantas trepadoras que las embellecían y alegraban, transformando la tierra y los ladrillos en un muro esmaltado lleno de gracia y de frescura. Allí crecía la madreselva de perfume penetrante, la pasiflora con sus bellas corolas estrelladas de un lila suave, jaspeado de blanco, convólvulos punzó con follaje delicado como una pluma, clemátidas blancas y rosas, cobeas violetas de reflejos purpurinos, glicinas cubiertas de racimos de flores de un azul pálido, asclepias con estrellas nacaradas, rosas de Banks de un rojo sombrío, el jazmín de Chile, y otras lianas encantadoras. En el centro del jardín un gran laurel protejía, con su verde ramaje, unos macizos de jazmines del Cabo y de camelias. En los ángulos había platabandas cuajadas de flores á las que mañana y noche acudían los brillantes é incansables colibrís á libar sus jugos perfumados. El susurro acelerado y alegre de estas hermosas joyas aladas acompañaba el canto de los *caseros*, cuyas jaulas, suspendidas de las ramas de los limoneros y laureles, parecían hacerles agradable el cautiverio.

Mercedes y Dolores, vestidas de muselina blanca, sentadas á la sombra, se ocupaban en bordar para su padre un hermoso recado en oro, plata y sedas, formando caprichosos arabescos de estilo oriental.

Mercedes, con el rostro apoyado en su mano delicada, contemplaba á Dolores ocupaba en devanar madejas de tintes variados.

A la entrada del jardín, don Esteban se detuvo un instante y á la vista de aquellos rostros sonrientes y tranquilos, de aquellas flores, de aquellas avecillas, de aquellos bordados, cuadro acabado de una vida de niña libre de todo cuidado, sintió como una aguda punzada en su corazón. Su educación no le permitía detenerse á reflexionar sobre las impresiones que le afectaban momentáneamente sin que le inquietaran los recuerdos del pasado y sin sobresaltarse por temor al porvenir. Con la paciencia digna y fuerte, característica de los españoles, había sufrido las grandes pruebas de su vida, el destierro de su familia, su ruina pasajera, las persecuciones políticas, la muerte de su mujer; pero después de quin-

ce años de haberse retirado á sus heredades, Mercedes y Dolores habían llegado á ser, sin que él se diera cuenta de ello, su pensamiento y alegría de todos los instantes. La idea de vivir sin ellas no se le había ocurrido jamás. Conocía, no obstante, que su edad avanzada le imponía el deber de asegurarlas una posición y dejarlas colocadas, habiéndose fijado al efecto en los hijos de su amigo, los jóvenes criollos catalanes que habían pasado algunos días en la estancia.

En el momento de comunicar la noticia á Mercedes y á Dolores, un profundo suspiro se escapó, á pesar suyo, de su corazón oprimido. Las dos hermanas levantaron los ojos.

—¿Es usted, *tatita*? dijeron.

—Sí, hijas mías, tengo una nueva que darles, contestó, mostrando la carta y los estuches.

Las jóvenes hiciéronle sentar á su lado y don Esteban, abriendo las cajitas, sacó de ellas las alhajas.

—¡Oh, exclamaron al mismo tiempo las dos hermanas, ¡qué hermosas son! ¡qué magníficas! ¿Es usted, *tatita,* quién nos regala esas lindas joyas?

—No palomitas mías, contestó el padre reprimiéndose, es mi antiguo amigo don Aniceto Cabral, del Rosario, quien se las ofrece.

Al oir este nombre, una nube pasó sobre la frente de Mercedes. Dolores, de una naturaleza más infantil, continuó admirándolas.

—Sí, dijo González, he aquí la carta que me escribe y que voy á leer.

La leyó, en efecto, con el detenimiento y énfasis habituales en las personas para quienes la lectura de un manuscrito es cosa inusitada ó poco menos. En ella, don Aniceto Cabral y Acosta, á nombre de sus hijos Caraciolo y Ezequiel, pedía á don Esteban las manos de Mercedes y Dolores. Concluida la lectura, dobló don Esteban la carta gravemente y miró á las dos hermanas.

Mercedes, apoyada la mejilla en la mano, escuchaba con recogimiento; Dolores estaba distraída, deshojando una rosa. Nadie decía una palabra, hasta que don Esteban pareció enfadarse.

—¿Y bien? preguntó.

Mercedes se sobresaltó como si hu-

biese salido de un ensueño. Un suave rubor coloreó su rostro y fijando en su padre los ojos brillantes y húmedos:

—Yo no sé lo que piensa Dolores, dijo; en cuanto á mí, yo no tengo ninguna gana de casarme; yo quería habérselo ya dicho, papá, y me apresuro á aprovechar esta ocasión...

—¡Que yo deje á Mercedes! gritó Dolores casi llorando. ¡Que yo lo deje á usted *tatita!* ¿Y lo piensa usted? No, no, Mercedes tiene razón.

Y, cerrando vivamente los estuches, añadió:

—Devuelva usted estas alhajas á su antiguo amigo é infórmele de nuestra resolución.

El rostro de González denotó su asombro.

—¡Cómo! dijo, ¿este rechazo es definitivo? Reflexionad, hijas mías; los hijos de mi amigo Cabral son jóvenes bien educados, ricos é inteligentes, en una palabra, unos cumplidos caballeros. ¿Qué más podéis desear vosotras?

Mercedes, quizás, se hubiera sentido incapaz para exponer sus deseos en vista de la serie de ventajas y bellas cualidades expuestas por don Esteban

para hacer más eficaz la recomendación de los hijos de su amigo. Comprendía Mercedes que faltaba la principal, la sola necesaria, la simpatía mútua é irresistible que atrae dos coranes uno hacia otro; pero, criadas en el desierto y poco acostumbradas á meditar sobre el pro y el contra de los impulsos é inclinaciones, dijo franca y noblemente lo que sentía, repitiendo á su padre lo que ya había dicho; pero con tanta firmeza y acento tan serio y firme que no dejaban lugar á duda alguna sobre la inutilidad de toda discusión.

Retiróse don Esteban á su aposento, reflexionó sobre la indicación de Dolores y la rotunda negativa de Mercedes, y decidió escribir á don Aniceto, diciéndole que las dos hermanas eran jóvenes, tímidas é irresolutas, que no se atrevían á tomar una resolución á cerca de un asunto tan grave como el del matrimonio; que ellas conocían aún muy poco á Caraciolo y á Ezequiel, y que sería mejor que repitieran su visita á la estancia. Concluía rogando á don Aniceto que acompañara él mismo á sus hijos en su segunda

visita, para que pudiera expresarle verbalmente la satisfacción que tendría en la unión de ambas familias por aquellos enlaces.

Esta carta la cerraría algunos días después, pero una vez escrita recobró don Esteban su tranquilidad y libre de toda preocupación acudió solícito á recibir amablemente á sir Henry, cuando éste, acompañado de Pastor Quiroga llegó al día siguiente á la estancia de Santa Rosa, completamente mojado por efecto de la lluvia torrencial que había descargado sobre ellos.

Un buen fuego, ropa seca, un aposento espacioso y convenientemente amueblado, café y vino pusiéronse inmediatamente á su disposición.

El mayordomo Demetrio dispensó iguales atenciones á Pastor, quien una vez confortado, fuése á la cocina, donde dijo muy afablemente á Eusebia que el *señor inglés,* á quien acababa de traer, siendo *gringo,* no podía vivir sin comer y que él se lo advertía para su gobierno. Eusebia contestó que bien sabía ella como había que tratar á los *gringos* á quienes no era la

primera vez que recibía y que en casa de don Esteban, su amo, nadie, jamás, pasó hambre. En apoyo de cuanto acababa de decir, puso á la vista del baqueano unas formidables raciones de puchero, asados, y lo que se llama en el país pastel ó empanadas, es decir una amalgama de pescado, huevos duros, aceitunas saladas, pollo, tomates, aceite, pimienta, hongos, hierbas de olor, envuelto todo en una pasta dulce cubierta de una capa de azúcar. Este plato, al cual sir Henry se acostumbró muy difícilmente, era uno de los más apreciados en el campo.

Desde el primer momento dispensó don Esteban á sir Henry toda la cortesía imaginable. En la mañana siguiente de su llegada, hizo traer del campo doce de sus mejores caballos y rogó á su huésped que eligiera, dejándolos en el corral al cuidado de dos peones que recibieron orden de permanecer en las cercanías de la casa á disposición *del señor inglés*. José y Manuel le fueron presentados como dos jóvenes que habían criado en casa de don Esteban, encargados de ayudar

á su padre adoptivo en hacer á sir Henry los honores del país. El inglés admiró mucho á los dos hermanos, José sobre todo, cuyos rasgos griegos, la hermosa estatura, el aire distinguido, el cabello sedoso, la barba y el bigote poblados, denotaban la sangre criolla española mezclada con la sangre india. En la madre de ellos reconoció sir Henry á la india del bosque y no pudo por menos de comunicar á don Esteban las observaciones de Pastor Quiroga en cuanto al campamento de indios. González se encogió de hombros.

—Abrigo mis dudas, replicó, de que Carmen continúe en relación con su tribu; sus ausencias, siempre misteriosas, me lo hicieron creer. Sin embargo, hace ya unos quince años que vive con nosotros, y siempre vuelve fielmente á la casa, sin que jamás los de su raza nos hayan hecho daño alguno. A la estancia de Santa Rosa siempre la han respetado más los matreros que á las otras.

En pocos días se familiarizó sir Henry con todos los habitantes de la estancia.

Llamábanle la atención la inteligencia de José, la dignidad de su carácter y los impulsos generosos de su corazón y, comprendiendo la amarga lucha que suscitaría en su interior el contraste entre sus sentimientos y su posición, se sintió atraído por aquel carácter franco, amable y valiente, cuyo apego á la vida civilizada veía Carmen con tétrica desconfianza.

Cierto día, que había sorprendido á José con un libro obsequio de sir Henry, le increpó vivamente, recordándole que era hijo de un jefe indio y que, por consiguiente, nada tenía que hacer con los libros que, á lo sumo, servían para los criollos ó para los *gringos*. José sonrió tristemente.

—*Mamita* Carmen, dijo, en mi posición, debo olvidar que he nacido hijo de un jefe; y usted no desperdicia ocasión de recordármelo!.. Por otra parte, continuó, don Esteban nos ha criado con la ternura de un padre y gracias á él nada nos ha faltado nunca.

Carmen iba á replicar, cuando la voz estridente de Eusebia, que reclamaba la ayuda de la india para coger naranjas, vino á interrumpir la con-

versación y á librar á José de las obsesiones maternas. Las reprimendas cesaban, para comenzar de nuevo tan pronto como era posible.

Sir Henry se hizo bien pronto odioso á Carmen por su insistencia en cultivar en José sus mejores gustos y esas mismas inclinaciones que ella desaprobaba tan enérgicamente. Manuel, dos años más joven y además más indolente y menos resuelto, respondía mejor á las exigencias de Carmen; pero repartiéndose entre su madre y su hermano, soportaba alternativamente la influencia del uno ó de la otra.

Mercedes y Dolores habían acogido á sir Henry con encantadora finura y con esa indefinible mezcla de gracia y de energía inherente á la raza andaluza. De vuelta de sus paseos con José, sir Henry hallaba en su aposento las flores más raras y las frutas más exquisitas.

El recado se reemplazó por un ancho cuadrado de paño azul con florones de oro, sujetado por una cincha igual, que las hábiles manos de las dos hermanas habían bordado á su gusto. Ha-

biendo alabado cierto día sir Henry el canto de los *caseros,* á la mañana siguiente halló dos en una jaula colgada de la baranda de su ventana y por la noche se apercibió de que dos pequeños huéspedes plumados faltaban en la prisión de verdor y de flores que Mercedes y Dolores les habían hecho en su jardín.

Sir Henry, por su parte, profesó desde luego á las dos hermanas un afecto paternal, secuela de esa admiración respetuosa y caballeresca que inspira á todo hombre bien nacido la belleza perfecta é inocente. En su presencia evitaba con cuidado en su lenguaje todo lo que pudiera ser para ellas una revelación, aún indirecta, del modo de exteriorizar los sentimientos en forma afectada y falaz, al que conduce la malicia y en el que degenera y viene á parar el exceso y abuso de la etiqueta y cortesía. Lamentaba que aquellas dos magníficas flores del desierto tuvieran que continuar viviendo en el medio ambiente en que se criaron.

Un día sir Henry dijo, involuntariamente, más de lo que quería. Un

álbum de diseños árabes hechos por él que trajo de España y su gran afición al dibujo, manifestaban el talento y las dotes artísticas que poseía, lo cual era tenido en la estancia por una especie de don maravilloso. Las dos hermanas no se cansaban de verle transformar instantáneamente una página blanca en un croquis que representaba la baranda, el algibe, el grupo de naranjos ó las palmeras del patio; á Ramona llenando una jarra al lado del pozo ó á Eusebia hilando en el umbral de su habitación... Para ellas eran aquellos dibujos como cosa de magia y pedían como una gracia especial se las dispensara el favor de hojear los álbums del viajero inglés. El de la Alhambra, sobre todo, donde no veían más que iglesias y capillas, les gustó infinitamente. Habiendo sir Henry escrito al pie de uno de aquellos dibujos algunas palabras tomadas de *El último de los Abencerrajes*, Mercedes le pidió que se las tradujera. El inglés contó en seguida, sin omitir ninguno de sus hermosos detalles, la admirable historia de doña Blanca y del moro Hassan. José y

Manuel, de pie contra los pilares de la baranda, escuchaban con todos sus sentidos.

—De modo, dijo Mercedes, con modesta gravedad, que doña Blanca juró no casarse nunca porque no podía tener por esposo á aquel á quien ella amaba?

—Sí, señorita.

—Yo pienso que obró bien.

Sir Henry mudó de conversación, temiendo haber ido demasiado lejos y eso le pesó, tanto más cuanto que dos ó tres días después, estando enseñando á Mercedes á injertar las rosas, vió llegar al jardín dos pequeñas gacelas, alegres y presurosas como niños detenidos á quienes se devuelve la libertad. Precipitáronse á los pies de la niña, quien lanzó un grito de sorpresa. Cada una de ellas llevaba á su cuello fino y gracioso un hermoso collar de cuero trenzado, adornado con rosetas de plata cincelada que sir Henry reconoció como de las riendas de José. Un rubor fugaz coloreó el rostro de Mercedes y un ligero temblor agitó sus manos. Sin embargo, se contuvo y llamando á Dolores, le

rogó que condujera las dos gacelas á su saloncito de trabajo.

Sir Henry se apercibió de todo y no pudo impedir que le dominara un vago presentimiento respecto del triste é incierto porvenir de aquella jovencita.

La carta de don Esteban González había salido hacía ya varios días y él esperaba recibir de un momento á otro la visita de su antiguo amigo y de sus dos hijos.

Esperando su llegada y á fin de distraer á sir Henry, organizó en el campo carreras, caza y excursiones de pesca. En una correría á uno de los puestos, se complació don Esteban en hacer brillar la destreza de sus peones en el manejo del lazo.

—Señor, dijo á sir Henry señalándole un potrillo que huía rápido como el viento á través de los llanos, ¿á qué pata quiere usted que se le enlace?

—A la derecha delantera, contestó sir Henry con una sonrisa incrédula.

La orden fué transmitida á un peón á caballo quien se lanzó en persecución del fugitivo y arrojando su lazo con una habilidad asombrosa, le en-

lazó por la pata designada. Este juego, renovado en varios miembros del animal, el cuello, la cabeza, el anca, á derecha é izquierda, atrás y adelante, probó á sir Henry que el acaso nada tenía que ver en el feliz acierto de esos ejercicios, sino que tales resultados se debían á la ligereza de los movimientos combinada con la exactitud del golpe de vista.

José y Manuel desplegaban en aquellas pruebas toda la destreza y la agilidad que la sangre india añade á la sangre criolla.

Los días pasaban, para sir Henry, con excesiva rapidez.

A menudo, por la noche, los peones bailaban el pericón, mientras Manuel y Demetrio tocaban con mucho brío la guitarra, acompañados por un par de castañetas que dos muchachos repiqueteaban cadenciosamente.

Los bailarines se colocaban en círculo agarrados de la mano, en rededor de un tercio de cuero, de los que están siempre bien repletos con la yerba del Paraguay y que al secarse conservan la forma redonda semejante á un cajón completamente destapa-

do por un solo lado. La danza empieza primeramente grave y lenta; los bailarines se limitan á dar vueltas llevando con los pies el compás; pero de repente el tercio parece moverse solo, entonces aceleran el paso y las guitarras y las castañetas tocan con aire más vivo y apresurado.

De pronto recibe el tercio desde su interior una vigorosa sacudida y sale de él un muchachuelo que da vueltas entre el corro buscando siempre el tercio por encima de las manos de los danzantes, hasta que se vuelve á meter dentro de él para salir nuevamente, demostrando así su agilidad, siendo llevado por fin en andas por la concurrencia.

A menudo salía sir Henry solo, á pie, con el fusil á la espalda. A un cuarto de legua apenas de Santa Rosa, las martinetas y las perdices huían ya delante de él y veía, no muy lejos, entre los altos pastizales, las cabezas de los gamos y de los ciervos que le miraban con recelosa prevención.

Eusebia aderezaba lo mejor que podía las piezas cobradas por sir Henry en sus correrías cinegéticas.

También se ocupaba en sus paseos de enriquecer su magnífico herbario, procedente de las orillas del Jordán y completado en las del Paraná.

Estando de exploración una tarde, recordó el viajero inglés haber visto cerca del bosque una planta que faltaba en su colección y se dirigió por aquel lado. De flor en flor y de mata en mata, llegó á la orilla de un bosque en el que creyó reconocer aquel en el cual encontró á Carmen de una manera tan extraña.

Detrás de los primeros árboles había una inmensa madriguera de vizcachas la que denunciaban sus montículos de tierra amarilla coronada de matas de hierba seca.

El sol estaba aún alto en el horizonte y el calor era asfixiante. Sir Henry vió detrás de un grueso árbol un lugar cubierto por espeso pasto y se tendió para descansar unos instantes; á poco le dominó el sueño y se durmió profundamente. Cuando despertó, la noche tendía ya su manto; pero el firmamento estaba tan diáfano que podían distinguirse los objetos con la luz de las estrellas.

Sir Henry se disponía á levantarse, cuando oyó cerca de él la voz de Carmen y la de José. Estaban al lado de la cueva y sir Henry no perdió ni una sola de sus palabras.

—*Mamita* Carmen, decíale José con voz casi suplicante, se lo ruego, no oculte eso á don Esteban, vaya y dígaselo todo.

—¿Yo? gritó Carmen casi con cólera, ¿y por qué?

—Porque guardar las cosas que no nos pertenecen es robar.

—¿Robar? replicó Carmen, largando una estrepitosa carcajada. ¿Tú llamas á eso robar? ¿No nos han quitado todo los españoles, tierra, caballos, haciendas? ¿No nos han echado constantemente hacia el Norte, en el Gran Chaco? Y cuando volvemos á tomar lo que nos pertenecía primitivamente, ¡se nos trata de ladrones!

—Pero, madre, replicó José, esas riquezas, ¿las ha amontonado usted? ¿Las ha adquirido por su trabajo? ¿Qué derechos tiene usted á ellas? Ninguno, me parece; y en pago de todas las bondades que don Esteban nos viene dispensando quince años ha,

quiere usted privarle de sus bienes! No, no, *mamita*, continuó con voz más dulce, usted no hará eso. Irá usted misma á decir á don Esteban que puede usted indicarle el escondrijo de los tesoros de Santa Rosa.

Hubo un momento de silencio; Carmen no contestaba.

—*Mamita*, continuó José, usted no me ha contado como ha descubierto el cofre de los tíos de don Esteban.

Carmen contestó de mal humor y como si la molestara.

—Una noche muy clara volvía yo del bosque. Ví una vizcacha que ahondaba su cueva y arrojaba la tierra á fuera; algo brillaba en medio de la arcilla; me bajé, ví un peso, luego dos, luego una onza de oro. A la mañana siguiente volví con una barra de hierro; y allá, en medio de la cueva, donde el pasto está algo amarillento y la tierra removida, descubrí un gran cofre de hierro y muchos tercios cosidos fuertemente.

—¿Y no ha dicho usted nada? gritó José.

—Tenía mis razones para callar, respondió Carmen secamente.



—Suplico á usted, madre, no me obligue á que vaya yo por usted á don Esteban..., repitió José con voz firme y cariñosa.

Los dos interlocutores se alejaron y sir Henry no oyó más que un murmullo confuso de voces, en que el nombre de González sonaba á menudo. Cuando le pareció que José y Carmen se habían alejado suficientemente, tomó el camino de Santa Rosa, ansioso de ver cuáles serían las consecuencias de aquellos sucesos extraordinarios.

A la mañana siguiente fué José á llamar á su puerta muy temprano.

—¿Ha visto usted á mi madre, señor? preguntó con inquietud. Anoche no ha estado en su habitación y *mamita* Carmen no está ya en la estancia. Acabo de venir del corral; Palomo y Corazón, dos de los mejores caballos faltan... No sé qué pensar de todo esto; temo alguna desgracia, señor. ¿Quisiera usted acompañarme á lo de don Esteban? Tengo algo importante que revelarle.

Sir Henry lo siguió apresuradamente. Don Esteban acababa de levantar-

se; tomaba mate con toda la gravedad despreocupada que las gentes del país ponen en esa operación y Mercedes, sentada al lado de un brasero de barro cocido sobre el que estaba depositada una pequeña pava de plata, preparaba la bebida nacional. Dolores, bajo la baranda, ocupábase del desayuno de las gacelas y de los pajaritos. Llegado á presencia de don Esteban, José le hizo el relato de lo que había pasado la víspera entre él y Carmen. Don Esteban escuchaba con atención solemne. Mercedes se volvía de vez en cuando hacia José y sir Henry creyó distinguir en su mirada una especie de admiración muda y orgullosa á la vez.

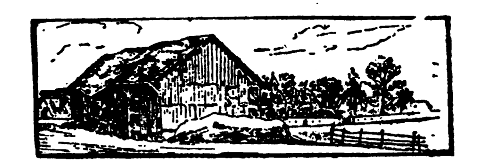
Por la tarde don Esteban, José, sir Henry, Mercedes, Dolores, Demetrio, el mayordomo y algunos capataces, se dirigieron á la cueva de las vizcachas. Cavando en el lugar indicado, se encontró bien pronto el cofre de hierro y los pesados tesoros que fueron cargados sobre una carreta. El cofre contenía todo el servicio de plata de que se componía antiguamente el menaje de una casa rica en la confederación argentina, á saber: un caldero y ollas

de plata para la cocina, platos, vajilla, copas, vasijas, jarras del mismo metal, así como candeleros, candelabros, lámparas, etc. Un viejo centro de mesa que representaba un pavo real, cuya cola se abría en abanico y estaba incrustada de lapizlázuli, topacios y amatistas. Había también una pequeña capilla de un pie de alto, poco más ó menos, toda labrada, con imágenes de *Nuestra Señora* y el *Niño*, en marfil cubierto de oro. La corona de la Virgen era de diamantes y á sus pies brillaba un jardincito de pequeñas plantas de filigranas de oro cuyas flores eran de perlas y de calcedonias.

Todas estas riquezas se hallaban en el gran cofre de hierro. José arrojó una mirada inquieta sobre los tercios. Parecían estar intactos: uno solo, cuyo cuero estaba rajado por la humedad del terreno, dejaba escapar algunos pesos, de donde habrían salido aquellos que la vizcacha había arrojado afuera trabajando su cueva.

La sospecha que había cruzado un breve instante la mente del joven al recapacitar sobre el misterio en que Carmen había envuelto su descubri-

miento, cesó en cuanto quedó asegurado de que muy poca cosa, en realidad, parecía faltar á aquellas riquezas tanto tiempo ocultas. Ignoraba que la víspera del día en que había sorprendido á Carmen escarbando en la cueva, ésta había retirado ya una bolsa llena de onzas de oro y la había ocultado en el claro del bosque de Tacurú, la cual contenía más de lo necesario para saciar la codicia de los caciques y decidirlos á llevar á cabo el ataque á la Estancia de Santa Rosa.



V

En el mismo momento en que se detenía á la puerta de la estancia la carreta portadora del tesoro, rodeada de don Esteban y familia, llegaron también don Aniceto Cabral y sus hijos. A su vista, Mercedes se puso palidísima, Dolores sonrió y se ruborizó y una nube sombría pasó sobre la frente de José. Sir Henry penetró con una mirada el misterio que se encerraba en aquella escena. Los dos Cabral se inclinaron respetuosamente ante las niñas, mientras don Aniceto

les besaba la mano. González, después de los primeros cumplidos de la bienvenida, relató brevemente á su amigo el descubrimiento que acababa de hacer de los tesoros ya legendarios de Santa Rosa y rindiendo homenaje al leal afecto de José, se volvió para presentarle á don Aniceto; pero el joven había desaparecido.

Aquel día, por la tarde, don Esteban llamó á su habitación á José y le entregó un sobre cerrado.

—Gracias á tí, le dijo, he recuperado la fortuna de mis tíos y he decidido que tengas la parte que te mereces. Esto, dijo mostrándole el papel, es una donación en forma que yo te hago de mi estancia de Romero, perfectamente situada, rica en buenos pastos, agua, parajes sombreados y tiene ya de cinco á seis mil cabezas de ganado. La habitación está en buen estado; durante otros cinco años, yo me encargo de pagar peones y capataces y al cabo de unos diez ó quince años, serás uno de los estancieros más ricos del país.

José sorprendido, inmóvil, no dijo ni una palabra, hasta que se arrojó á

los pies de don Esteban besándole la mano.

—¡Señor, padre mío! gritó con voz ahogada, guárdese usted sus riquezas y déjeme á su lado!

Don Esteban quedó conmovido.

—Hijo mío, contestó, regalándote Romero, yo no pretendo separarte de mí y mucho menos, añadió con triste sonrisa, ahora, cuando dentro de poco estaré probablemente solo en Santa Rosa.

Esta alusión, que José comprendió, y que le atravesó el corazón como aguda lima de acero, acabó de quebrantarle. Apoyó su frente cubierta de sudor frío sobre la mano de don Esteban.

—¡Gracias, gracias, señor! dijo con esfuerzo, que Dios os pague todas vuestras bondades.

Y salió del aposento.

Don Esteban lo llamó de nuevo.

—José, le dijo. Al no haber llegado don Aniceto, nosotros habríamos partido ya para Santa Fe, donde el gobernador da un baile. Pensamos ponernos en camino mañana muy de madrugada para evitar el calor, ¿vendrás con nosotros?

—No, señor, respondió José, quien sentía una gran necesidad de aislamiento. Demetrio tiene á su hermano enfermo en Coronda; desea ir á verle y me ha pedido que lo reemplace.

González pareció contrariado.

—Quería presentarte al gobernador, dijo. En fin, ésto será en otra ocasión.

La tarde pasó tranquilamente. Reunidos todos en el gran salón de la estancia, se hablaba de caballos y de política. Sobre la mesa de mármol blanco que ocupaba el centro de la pieza, había colocado Eusebia un sahumador de plata en el que se quemaba un pequeño palo de resina olorosa del Perú. Las puertas que daban al patio estaban abiertas. A través de la nube perfumada que llenaba la sala, sir Henry podía observar, bajo la baranda opuesta, á las dos hermanas en su saloncito.

El aposento de las niñas estaba iluminado por una lámpara de vidrio de color, colgada del techo. Mercedes y Dolores se probaban sus vestidos de baile que habían de lucir en la fiesta del gobernador. Eran de gasa blanca con viso de satín del mismo color.

Mercedes había ideado el tocado que pensaba ponerse al día siguiente: era un magnífico aderezo de perlas finas, rodeado en sus gruesas y relucientes trenzas negras y colocado en forma de diadema sobre su frente. También estaba discurriendo de que manera peinaría la hermosa cabellera de Dolores que estaba sentada delante de ella en una sillita.

Mercedes, doblada sobre su hermana, tenía un aire triste y fatigado que contrastaba con aquellos preparativos de fiesta. En la sombra de los pilares de la baranda, sir Henry creyó distinguir á José, de pie, con la cabeza inclinada, los ojos clavados en Mercedes, cuyos movimientos seguía abstraído y melancólico, como dando un sentido adiós.

En el salón, don Esteban refería á su amigo como su caballo Corazón le había salvado la vida en tiempo de revolución, franqueando siempre al galope, en una sola noche, las cuarenta y cinco leguas que separan al Rosario de Santa Fe.

—Semejantes caballos, añadió, son muy raros; sin embargo, tengo ahora

uno que no le vá en zaga á Corazón.

Hablaba aún, cuando un largo relincho resonó cerca de la estancia. Todo el mundo escuchó; un segundo relincho se hizo oir; José atravesó rápidamente el patio.

—Es Palomo, gritó don Esteban; lo reconozco.

Corrió hacia la puerta de entrada, todos lo siguieron. Palomo se había desplomado cerca del umbral. Parecía estar sin aliento y como espantado. Eusebia, con una luz en la mano, examinábale con mucha atención. Don Esteban, del que Palomo era el caballo favorito, no comprendía lo que había pasado; le hablaba, le acariciaba; el animal no se levantaba. Pasándole la mano alrededor del cuello, sintió algo duro colgado á su crin. Era un trozo de corteza de árbol sobre el que alguien, con la punta de un cuchillo, había escrito: *Cuidado, Santa Rosa*.

—Es una advertencia dada por un amigo desconocido, dijo sir Henry, pienso que sería prudente tomar alguna medida de defensa.

El capataz y los peones, reunidos cerca de la puerta, estaban amedrenta-

dos; las criadas, que llegaron también, empezaron á lanzar gritos de terror. Don Esteban parecía tranquilo, pero indeciso; José presa de una desesperación sombría y reservada, los Cabral afectando indiferencia. Todos se dirigieron á sir Henry.

—Señor, aconséjenos usted; ¿qué tenemos que hacer?

Sir Henry comenzó por meter en el tercer patio á las mulatas y negras, imponiéndolas severamente el silencio; después reunió todas las armas de la casa, las cargó con cuidado y enseñó á dos mocetones á hacer cartuchos.

A la media noche, poco más ó menos, dejó cerrada la puerta sólo con el picaporte.

Se sacó de la cochera, para ponerlo atravesado detrás de la puerta, al antiguo y pesado coche que debía conducir á don Esteban y á su familia al baile. Entre las ruedas, hizo colocar sir Henry viejas barricas llenas de cascotes y de otros materiales inservibles. Concluidos estos preparativos, sir Henry dispuso á su gente detrás de aquella barricada improvisada; las ventanas y los postigos se cerraron

herméticamente y se apagaron las luces, excepto la de la capilla.

Subió entonces á la azotea y tendió la vista por el espacio. La luna había salido; su claridad blanca, luminosa, transparente, permitía ver á lo lejos. La llanura parecía solitaria y silenciosa.

Así pasó una media hora. Por fin sir Henry divisó algunos puntos negros que se movían en las líneas vaporosas del horizonte; luego, rapidísimamente, los puntos se agrandaron, se acercaron; distinguió caballos, hombres, lanzas... No cabía ya duda, ¡eran los indios! Serían, en aquel momento, las dos de la madrugada. La claridad de la luna y la vibrante luz de las estrellas permitieron á sir Henry ver á los hijos del desierto, montados en sus flacos y veloces caballos, con las crines erizadas con fragmentos de huesos, que los golpean á medida que marchan y aceleran todos sus movimientos. Eran unos treinta, pocos más ó menos. Armados de lanzas y boleadoras, tenían el aspecto siniestro y feroz de las hordas indisciplinadas.

Se detuvieron breve rato á un tiro de fusil de la estancia y se consultaron entre sí. Algunos se apearon, abrieron muy quedito las puertas de los ranchos dependientes de Santa Rosa y se alegraron de hallarlos vacíos; pero una voz, que sir Henry creyó haber oído ya, hízoles presente que nada de extraño había en ello, estando el amo ausente. Los mismos hombres dieron una vuelta al rededor de la casa, que parecía estar sepultada en la sombra y en el silencio. Una vez practicados todos esos reconocimientos, los vió sir Henry avanzar hacia la entrada principal.

En aquel momento una figura se destacó de las filas y se adelantó á los demás. Sir Henry creyó reconocer en ella á Carmen, pero esa suposición le pareció tan odiosa que se esforzó en rechazarla. En seguida se retiró de la azotea y bajó al patio donde vió á su pequeño ejército en buen orden ocupando cada cual su lugar; el se colocó al lado de José, cuyo abatimiento le llamó la atención. Sir Henry debía ordenar el fuego. El silencio era absoluto. De afuera no se oía más que el

ruido sordo de los pasos de los caballos de los indios que marchaban sobre el pasto. Por fin franquearon la puerta que, por estar solo con el picaporte, se abrió fácil y ruidosamente y en el acto se precipitaron simultáneamente por la alameda, sin darse cuenta de los obstáculos que obstruían la entrada del patio. Sir Henry levantó la mano; era la señal convenida para romper el fuego. Una descarga cerrada y casi á quema ropa introdujo el desorden en la tropa asaltante; dos ó tres cayeron de sus monturas gravemente heridos, algunos caballos se desplomaron. Los indios llevaron sus heridos y, furiosos, desesperados, dando grandes alaridos, volvieron sobre la barricada que intentaban tomar. Aprovechando el momento en que se replegaban, sir Henry había mandado cargar nuevamente las carabinas; él mismo armaba su revólver y preparábase á tirar, cuando José le detuvo el brazo:

—¡Mi madre!... gritó con acento desgarrador.

Sir Henry, en efecto, vió entonces á Carmen, una pica en la mano, como una pantera herida, esforzarse por es-

calar la barricada. Ya estaba para llegar frente á frente con su hijo, cuando éste lanzó un débil grito y se dobló sobre sí mismo.

Una flecha lanzada por mano invisible le había penetrado en el pecho, cerca del corazón. Sir Henry lo llevó en sus brazos y lo depositó en el umbral de la capilla de Santa Rosa, donde Mercedes y Dolores estaban refugiadas como en un asilo inviolable.

Viendo que José se debilitaba rápidamente, sir Henry llamó á Mercedes.

—Venga pronto, le dijo.

La joven, ataviada aún con su vestido de baile, porque su terror no le permitió pensar en nada, se adelantó hacia la puerta de la capilla. Al ver á José agonizando, no profirió ningún grito, pero, acongojada, se arrodilló cerca de él, asiéndole de la mano. Los ojos del moribundo iban alternativamente de Mercedes al grupo de los combatientes, en el que los Cabral se defendían con coraje y sangre fría. Mercedes comprendió aquella lucha silenciosa, é inclinándose hacia el joven:

—José, le dijo en voz baja, pero

firme, yo no perteneceré nunca más que á Dios.

Una expresión de feliz serenidad tomó el lugar de la agitación que habían contraído los rasgos del moribundo. Sus labios se movieron como si hubiese querido hablar; pero no pudo articular ningũn sonido y Mercedes vió una serena y última sonrisa alegrar su rostro... Se quitó el chal de seda blanca, lo tendió sobre el cuerpo frío é inanimado del joven; volvió á la capilla, se arrodilló delante del viejo crucifijo que estaba en el altar y quedó inmóvil y absorta en dolorosa meditación. La lámpara de la capilla iluminaba de lleno su hermoso rostro, encima del cual brillaba aún la diadema de perlas que se había puesto unas horas antes. Dolores lloraba silenciosamente en un rincón, pero su hermana parecía no verla. Sir Henry no osaba hablar y con el corazón oprimido volvió hacia la barricada.

Los indios, desanimados por la manera con que habían sido recibidos, espantados por los efectos mortíferos de las armas de fuego, que tanto temían, habían concluido por alejar-

se. Sir Henry quería perseguirlos; pero don Esteban se opuso á ello.

—En campo raso, dijo, ó en los bosques, podrían tomar su desquite. Por lo demás, nuestro triunfo es completo y le aseguro que no volverán en mucho tiempo.

Preocupado don Esteban con las peripecias de la defensa, no había visto caer á José. Al saber su muerte, abundantes lágrimas cayeron por sus mejillas. Sentía instintivamente que este fin trágico y prematuro amargaría el resto de su existencia. El dolor de Mercedes, profundo y reservado como lo había sido su afecto, pero en el que se había podido percibir el duelo de toda una vida, fué para don Esteban una penosa revelación. No obstante, respetando el velo de piadosa serenidad y de dulce tristeza en el que su hija envolvía su pena silenciosa, no le habló nunca de José.

Muy poco tiempo después, sir Henry recibió una carta que le llamaba á Londres. Con verdadero pesar se separó de sus amigos de Santa Rosa, en cuya compañía había desaparecido, al menos por algún tiempo, su melanco-

lía y de cuyas penas y alegrías había participado.

Don Esteban González le escribió unos meses después de su partida. Decíale que no se tenía noticia alguna de Carmen ni de su hijo Manuel. No se dudaba que había sido este último quien, arrastrado por su madre y arrepintiéndose acaso de su debilidad, había enviado á Palomo á la estancia con la palabra de alerta que los había salvado; mas, cosa extraña, ni los indios mansos ni los del Chaco podían dar noticias de Carmen ni de Manuel. El parecer de Eusebia era que el demonio se los había llevado en castigo de su ingratitud.

Acerca del fin trágico de José, diferían también las opiniones. Algunos pensaban que los caciques, temiendo en el fondo el ascendiente de un jefe joven, instruído é inteligente, habían aprovechado el tumulto del ataque para herirle á traición. Otros creían que José, colocado en la más cruel de las alternativas, se había él mismo dado la muerte.

Don Esteban añadía que Mercedes le había manifestado formalmente su

intención de permanecer con él y que Dolores decía que jamás dejaría á su hermana.

Diez años después de los acontecimientos que acabamos de relatar, un amigo de sir Henry, teniente en la marina real, se encontraba con la fragata de guerra de Su Majestad, la *Oberón*, en las aguas del río Paraná. Cierto día halló en su cartera una carta en la que ya no pensaba y que sir Henry le había dado para sus antiguos amigos del desierto. El oficial tomó al instante su resolución; pidió caballos y un guía y salió para Santa Rosa. Llegó á la puesta del sol. Á la puerta de la casa halló á un anciano ciego, sentado en un sillón entre dos personas jóvenes aún y de notable belleza, las cuales vestían el hábito de religiosas profesas, habiendo hecho todos los votos, salvo el de clausura, cuya circunstancia permite á las profesas el quedar con sus familias. Sobre sus hábitos de merino blanco descendía por delante una ancha faja de tafetán negro que formaba una cruz sobre el pecho. Un peto de batista plegado rodeaba el óvalo perfecto de su rostro y un largo ve-

lo de muselina blanca, cubierto de crespón negro, encuadrando su frente, descendía hasta el borde de sus ropas largas y caídas. Aquella severa vestimenta, no destituída de gracia y de poesía, daba un nuevo encanto á las dos hermanas que aún se encontraban en el apogeo de su belleza.

Al extranjero se le recibió como en otro tiempo á sir Henry. Don Esteban le hizo mil preguntas sobre su amigo de antaño y sonreía pensando que no había olvidado á Santa Rosa ni á sus habitantes.

En el desierto, las costumbres no cambian. El oficial de marina halló las cosas exactamente como sir Henry se las había descrito: las flores, las avecillas, los bordados, el jardín, á Eusebia diez años más vieja, es verdad y muy parecida á una momia ambulante, pero llena aún de actividad é iniciativa; solamente faltaban las gacelas, y el oficial iba á pedir nuevas de ellas, cuando al pasar frente á la capilla, cuya puerta estaba abierta, entró y vió depositado sobre la primer grada del altar, un pequeño collar de cuero trenzado guarnecido de rosetas

de plata cincelada. Aquel recuerdo, que Mercedes había confiado á un asilo inviolable como la fidelidad de su afecto, le recordó lo que sir Henry le había referido, y calló, sabiendo que, sobre todo en la vida de las mujeres, los recuerdos que más las embargan son aquellos de los que menos hablan y de los que nunca hay que hablarles. Sin embargo, no podía dejar de deplorar la vida solitaria de las dos hermanas; y cierto día, que hacía alusión á eso en presencia de ellas, Mercedes respondió con sencillez:

—Tuve que sufrir, siendo muy joven, una gran prueba. Me resigné, porque Dios lo quiso así. ¿Por qué he de tener otra voluntad distinta de la suya?

FIN

INDICE

INDICE

Impreso en los
Talleres de la Biblioteca
en Junio de 1914

